

Ética y responsabilidad en la crisis

(cómo pensar este tiempo de pandemia)

Adriana Boria - Alicia Servetto
(coordinadoras)

Colección Libros
Debates, pensadores y problemas socioculturales



**Ética y responsabilidad en la crisis
(cómo pensar este tiempo de pandemia)**

Colección Libros

Debates, pensadores y problemas socioculturales



Universidad
Nacional
de Córdoba

Ética y responsabilidad en la crisis: cómo pensar este tiempo de pandemia /
Waldo Ansaldi ... [et al.]; compilación de Adriana Boria; Alicia Servetto. - 1ª ed.
- Córdoba: Centro de Estudios Avanzados.

Centro de Estudios Avanzados, 2021.

Libro digital, PDF - (Libros - Debates, pensadores y problemas socioculturales)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-1751-97-6

1. Ética. 2. Pandemias. 3. Ciencias Sociales y Humanidades. I. Ansaldi, Waldo.
II. Boria, Adriana, comp. III. Servetto, Alicia, comp.
CDD 303.401

Universidad Nacional de Córdoba

Rector: Dr. Hugo Oscar Juri

Vicerrector: Dr. Ramón Pedro Yanzi Ferreira

Decana de Facultad de Ciencias Sociales: Mgter. María Inés Peralta

Editorial del Centro de Estudios Avanzados

Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad
Nacional de Córdoba, Av. Vélez Sarsfield 153, 5000, Córdoba, Argentina

Directora: Adriana Boria

Coordinación Ejecutiva: Alicia Servetto

Coordinación Editorial: Mariú Biain

Comité Académico de la Editorial

M. Mónica Ghirardi

Daniela Monje

Alicia Servetto

Alicia Vaggione

Juan José Vagni

Coordinador Académico del CEA-FCS: Alejandra Martin

Coordinador de Investigación del CEA-FCS: Marcelo Casarin

Asesora externa: Pampa Arán

Diagramación de Libro: Fernando Félix Ferreyra

Corrección: Simón Juan

Responsable de contenido web: Diego Solís



Atribución-NoComercial-
SinDerivadas 2.5 Argentina

© Centro de Estudios Avanzados, 2021

**Ética y responsabilidad en la crisis
(cómo pensar este tiempo de pandemia)**

**Adriana Boria - Alicia Servetto
(coordinadoras)**

Índice

Introducción. Ética y responsabilidad en la crisis (cómo pensar este tiempo de pandemia) <i>Adriana Boria y Alicia Servetto</i>	9
Volveré y seré millones abriendo las grandes alamedas <i>Waldo Ansaldi</i>	15
Pandemias de ayer y hoy. Reflexiones histórico-demográficas <i>Cecilia Moreyra, Leandro M. González, Adrián Carbonetti y Bruno Ribotta</i>	37
La post pandemia y los posibles escenarios globales <i>Carlos Juárez Centeno y Gonzalo Ghiggino</i>	53
Pensar la teoría política en contexto de pandemia: discutir el significado del poder del Estado y sus efectos políticos <i>María Teresa Piñero</i>	67
Opinodemia: ¿discursos del saber o del creer? <i>María Teresa Dalmasso</i>	79
Cuidar, cocinar, limpiar. Transitar hacia la muerte en tiempos de covid-19 <i>Alejandra Ciriza</i>	95
Tiempos de destiempos: Experiencias, reflexiones y desafíos sobre la educación en pandemia <i>Silvia Servetto</i>	101

Prevención, promoción y protocolos: reflexiones éticas sobre estrategias médicas <i>Darío Sandrone</i>	113
Retrososos ante la pandemia del coronavirus. Supervivencia y justicia. Ecofeminismo como ética del cuidado <i>Patricia Morey</i>	129
El covid-19 y la sociedad mundial: aproximación a un cambio de paradigma en las ciencias sociales <i>Esteban Torres</i>	151
Pensar la crisis desde la comunicación, la cultura y la ciudadanía: agenda académica y política para la acción <i>Daniela Monje, Liliana Córdoba, Valeria Meirovich, Susana Morales, Magdalena Doyle y Santiago Martínez Luque</i>	167
De los autores	185

Introducción. Ética y responsabilidad en la crisis (cómo pensar este tiempo de pandemia)

Adriana Boria
Alicia Servetto

Este libro pretende ser un modesto aporte a la situación de la pandemia pensada ya como una categoría sociohistórica. Con ello buscamos aglutinar a un conjunto de colegas investigadores y docentes de las universidades que intentan ensayar una mirada local, tanto desde su lugar de investigación como de su lugar de experiencia vital. La idea es tratar de observar y observarnos en una diferencia respecto de lecturas sociales que, si bien poseen un alto valor reflexivo, se circunscriben desde el punto de vista de su producción a otros territorios.

Los trabajos que integran este volumen fueron solicitados en el año 2020 y su escritura atravesó todo ese primer año de la pandemia. Sin embargo, toda esta escritura posee una actualidad que solo puede ser explicada en el marco de continuidad de un proceso, o mejor, de un tiempo que mantiene sus tensiones y sus irresoluciones.

En marzo de 2020 el término «pandemia» apareció como una novedad en los medios y en los discursos institucionales y políticos de todo el mundo. No es que «pandemia» fuera un neologismo –el término posee su recorrido histórico– pero hay palabras que permanecen semiocultas en el tesoro del lenguaje y ante un acontecimiento fortuito, los hablantes las vuelven a la superficie para circular nuevamente señalando entonces los aspectos del acontecer histórico particular. Sabemos que su significado varía de acuerdo a ese acontecer y de acuerdo al alcance que las evaluaciones sociales, siempre dinámicas, operan y oficializan.

Pensando en este carácter social del lenguaje hoy podríamos decir que el término pandemia se ha resignificado y señala sobre

todo el engranaje multidimensional que alguien llamó «la aldea global». Ha habido, como se dice en uno de los trabajos de este libro, otros contagios y otras pandemias, pero nunca como hoy la extensión y la cantidad de muertes y contagios. Pero pandemia también hace ostensible la escena de desigualdades e injusticias presentes en este siglo XXI. También señala un límite: el juego/manipulación de hombres y naturaleza. Todos estos sentidos se actualizaron a lo largo del 2020 y se difundieron, como menciona otro trabajo del libro, en infinidad de artículos sobre el tema. Allí hubo predicciones y proyecciones diversas, positivas o negativas respecto de los efectos en el mundo social. Hoy, el término se ha tornado popular y nadie duda de sus alcances ni de su capacidad de amenaza constante. Por eso tal vez no sea posible hablar de post pandemia puesto que —más allá de lo equívoco del concepto— hoy los casos y los contagios siguen. Pero además el «pos» siempre adquiere un tono no definido y en algunos casos devaluante por lo repetitivo y temporal: posmodernismo, posfeminismo, poscrítica, pospandemia, etc.

Por eso hemos preferido una reflexión cuyo encuadre sea la crisis y no la pandemia, puesto que esta solo se enmarca en aquella.

El punto de partida de estas breves reflexiones es la sensación de total agotamiento del sistema mundo, tanto en sus aspectos políticos y sociales como en su condensación material: el planeta Tierra. O sea estamos en riesgo de exterminio y no sabemos cómo controlar, evitar este camino sin regreso.

Este diagnóstico que no pretende ser alarmista sino en todo caso sujetarse a la realidad concreta en la que vivimos, nos permitirá continuar con esto que llamamos pensamiento crítico y que tal vez sea hora ya de nombrarlo de otra manera.

Es sabido que una de las principales dificultades del pensar es la reflexión sobre los problemas y situaciones en la contemporaneidad. En ello intervienen diferentes cuestiones, que van desde el tipo de personalidad y afección respecto de la realidad hasta la percepción o el punto de vista que tengan los involucrados de los fenómenos que suceden en su pasar existencial.

Quizás ello implica un trabajo de distanciamiento sobre la problemática en cuestión, pero al mismo tiempo nos señala un límite que nos interroga sobre cuáles son nuestras posibilidades de inci-

dir en este drama que hoy aqueja a la humanidad. Este último punto es complicado y difícil de responder. Es una vieja polémica que señala en una situación concreta la moderna figura del intelectual y sus roles y la importancia o no de su trabajo concreto. La pandemia cuestiona al escritorio y a la escritura, porque se siente que esa acción no cambia nada los hechos inmediatos.

Ello explica tal vez esta falta de ganas de escribir y de concentrarse que experimentábamos varios de los colegas compañeros en estos días de pandemia.

Así que parece que esta pandemia ha hecho ostensible, por un lado, una crisis global que difícilmente pueda esconderse, pueda no verse, pero también, a aquellxs que desarrollamos un trabajo intelectual nos hace preguntarnos, nuevamente sobre nuestro rol, y sobre una ética que implica necesariamente un trabajo de responsabilidad.

Por otro lado, las crisis ponen al descubierto aspectos ocultos de la realidad social, o mecanismos opacos, no visibles, en épocas de «normalidad». Eso es tal vez uno de los aspectos positivos de la crisis que revela esos mecanismos que el sistema guarda celosamente.

En este marco, intentábamos algunas preguntas, muchas de las cuales han sido respondidas en este libro. Otras en cambio quedarán en suspenso, y servirán para señalar rumbos diversos.

¿Y cuál es nuestra responsabilidad social en estas épocas?

¿Y cómo podemos sentirnos implicados y corresponsables de situaciones remotas, pero presentes, que afectan la vida de todxs?

Lxs autorxs intentan responder a estas preguntas sin pretensiones universalistas, pero señalando aspectos centrales de esta etapa histórica que seguramente será nombrada como un acontecimiento en el sentido de un cambio de orientación para los seres humanos.

Ansaldi realiza un análisis de un breve tiempo histórico en donde se condensan sucesos particulares, pero que a la vez suenan repetidos, a modo de situaciones modélicas, para el entorno latinoamericano. En tiempo de pandemia, Ansaldi descubre acontecimientos políticos que se presentan como un modo de descubrir procesos más amplios y generales. Su reflexión funciona entonces, a modo de los panoramas del siglo XIX, como un indicador de que lo político y la política mantienen su dinámica aún y a pesar del contexto.

Se podría sintetizar el artículo de Juárez Centeno y Ghigginio en la siguiente pregunta: ¿cuáles son los cambios en este proceso de globalización liberal? Desde una perspectiva internacionalista, los autores proponen, la continuidad –más allá del orden liberal global– del multilateralismo y la cooperación. Este es el marco desde el cual analizan los aspectos positivos de las políticas sanitarias en Argentina actual.

Alejandra Ciriza escenifica la relación entre lo privado y lo público en el momento de la pandemia. El texto es la expresión de una pérdida y su proyección en un entorno de dolor y de crisis. Se borran las líneas que en general dibujan estos espacios como separados y no coordinados. Esta perspectiva se sitúa (y a la vez es lo que posibilita este análisis) en el feminismo crítico.

Desde la sociosemiótica y con una exhaustiva consulta de diferentes discursos y géneros discursivos del momento (revistas y periódicos), Dalmasso sitúa esta multiplicidad de producciones en formas doxológicas persuasivas, propias del ensayo. Esta calificación deviene en valores críticos, que permite comprender el discurso social del momento. Constituye un esfuerzo para realizar una analítica de los discursos contemporáneos.

Por su parte, los especialistas del área de población del CEA (González, Carbonetti, Ribotta, Moreyra) se reúnen en este artículo para analizar desde una perspectiva histórico demográfica otras pandemias y sus efectos. En particular señalan «la gripe española». Se interrogan sobre cómo este acontecimiento ha modificado las prácticas cotidianas. Al mismo tiempo se preguntan qué actualidad tiene ese pasado y cómo actúan las experiencias de pandemias en los saberes contemporáneos.

Desde el área de comunicación del CEA se ha presentado un trabajo colectivo, lo que permite dibujar una reflexión desde aristas diversas. Hay una pregunta central en esta reflexión de conjunto: ¿cómo es el tránsito de la ciudadanía en tanto público en el contexto de la pandemia? Desde allí se derivan interrogantes que intentan develar el accionar de los medios tradicionales y digitales, señalando la incertidumbre, pero también la desconexión, y con ella la falta de derechos de una gran mayoría de la población.

Desde una perspectiva feminista (con la heterogeneidad que ella supone, por ello se habla de «feminismos» en plural), Morey propone un camino de sobrevivencia que implica una transformación económica política, un cambio en los paradigmas conceptuales que tengan en cuenta el cuidado de la naturaleza. Así desarrolla un ecofeminismo no esencialista que detenga la destrucción del planeta. Realiza un análisis exhaustivo basado en investigaciones recientes respecto de los efectos de la pandemia en las mujeres y grupos excluidos.

Piñero señala a la pandemia como «un hecho social total de dimensión global» y subraya el carácter precario del sujeto humano que se hace ostensible en la época de la pandemia. Recata esta idea para la teoría política, ahondando en la discusión clásica sobre el poder del estado. Destaca cómo la pandemia posibilita la apertura de espacios para que la teoría resigne su función.

La autora Silvia Servetto aclara que su punto de vista será «microscópico» tratando de compartir experiencias educativas en este contexto de pandemia. Describe las diversas competencias relativas a la virtualidad que los docentes tuvieron que incorporar y la recepción de esta modalidad virtual en estudiantes de la universidad. Servetto problematiza la trasmisión de conocimiento y la instalación de las nuevas tecnologías, al preguntarse cuánto cambiarán aquellas las formas de socialización y de interacción social. En ese sentido señala posibles pérdidas relativas a la subjetividad, en particular la presencia del otro como experiencia humana central.

Sandrone parte de un texto que parodia la moral de la época (*Erewhon*, 1872, S. Butler) pero que señala un proceso que marca a la modernidad: la ampliación y la legalización del campo de la medicina. Este punto de partida le permite pensar una breve historia de la medicina proyectándola a la problemática actual de la pandemia 2020, en especial las tensiones entre lo individual y lo colectivo. El autor realiza una brevísima genealogía de conceptos de la medicina tales como el cuerpo, la prevención, los protocolos, etc. Todo ello para subrayar las relaciones de salud y enfermedad, o sea entre la complejidad de ética y condición humana.

Finalmente, Torres analiza las transformaciones sociales, en especial la crisis de covid-19 y observa el debilitamiento de los dos

paradigmas que predominaron en la sociología: el moderno y el posmoderno. Según el autor, su caducidad es irreversible y por ello propone una «revolución paradigmática de la sociología». La alternativa es la de la sociología regional que haga foco en la política del cambio social del movimiento latinoamericano. La política entendida aquí como una teoría del cambio social.

Seguramente estas descripciones han dejado fuera aspectos de los artículos que unx lectorx avezadx señalará como línea de mayor de interés o tal vez lamentará su falta de mención. Pero la justificación de esta visión parcial proviene del mismo género discursivo que estamos practicando. Es solo una pálida descripción del trabajo de lxs autorxs, quienes son lxs que poseen todos los méritos.

Volveré y seré millones abriendo las grandes alamedas

Waldo Ansaldi

A Rebeca Ávila, garota das cores.

A mí sólo me matareis, pero mañana volveré y seré millones.

Julián Apaza (Túpac Katari), 15 de noviembre de 1781

*Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde,
se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre
para construir una sociedad mejor.*

Salvador Allende, 11 de septiembre de 1973

Este breve análisis de coyuntura en curso comprende las seis semanas que van desde el domingo 18 de octubre al lunes 30 de noviembre de 2020. La primera fecha es insoslayable, obligada; la segunda, arbitraria, definida por el límite para concluir la redacción del artículo y enviarlo a la editora. En ese lapso se produjeron algunos hechos que pueden ser orgánicos, o solo ocasionales, para emplear la distinción gramsciana. Como es obvio, se trata de un análisis incompleto, pues el proceso está en curso. Adicionalmente, lo que no es un dato menor, entre la finalización del artículo y su publicación mediará un tiempo que puede –o no– dar respuesta a algunos de los interrogantes planteados en la coyuntura.

En esos 43 días se produjeron varios acontecimientos destacados en América Latina, de los cuales, por razones de espacio, analizaré someramente solo cinco.

Volveré y seré millones

Lo proclamó primero Túpac Katari en el entonces Alto Perú. Alrededor de un siglo y medio después, en Argentina lo repitieron José María Castiñeira de Dios y Eva Duarte, Evita. Recientemente, con más legitimidad, fue reiterado por Evo Morales. Como pocos, él sí puede hacer alarde de semejante retorno.

El domingo 18 de octubre, con una participación superior al 88 % del padrón (similar al de 2019) la ciudadanía boliviana se expidió de manera contundente: el Movimiento al Socialismo (MAS) obtuvo en primera vuelta 55 % (3.400.000, en números redondos) de votos que consagraron la elección de Luis Arce y David Choquehuanca como presidente y vice para el quinquenio 2020-2025. Triunfo rotundo –mayor que el obtenido un año antes–, como derrota rotunda de la burguesía y sus opciones de derechas golpistas y antidemocráticas.

Dentro del reducido margen espacial concedido para esta colaboración, sintetizar los aspectos nodales de ese triunfo electoral no es sencillo, corriéndose el riesgo de soslayar cuestiones importantes. Asumo el riesgo y señalo tres aspectos que me parecen relevantes.

Primero: el Movimiento al Socialismo (MAS) supo crear hegemonía, en el estricto sentido conceptual gramsciano. No es un dato menor. Brevemente dicho: cuando el Gobierno perdió el referéndum del 21 de febrero de 2016 –en el cual el 51 % de la ciudadanía votó «No» a la reelección de Evo Morales-Álvaro García Linera–, dos posiciones se desplegaron en la política boliviana: la convicción de la burguesía y las derechas del ocaso del masismo, y el desarrollo del error estratégico del Gobierno de forzar la voluntad popular mediante la disposición del Tribunal Constitucional, que a fines de 2017 habilitó la posibilidad de una nueva reelección. El resultado del referéndum fue una derrota del Gobierno y un triunfo del proyecto democratizador que el MAS había impulsado desde sus inicios. Al parecer muy pocos –si no nadie–, supieron leerlo así y al hacerlo al revés creyeron y actuaron en consecuencia. La vigencia del proyecto transformador y el apoyo que tiene de la mayoría de la población, básicamente indígena, tuvo una ratificación contundente.

Empero, frente al avance de las derechas, las elecciones de 2019 no dejaban margen de dudas para las clases populares y el binomio Morales-García Linera obtuvo, legítimamente (como se probó luego) 47% de los votos, superando por el ajustado 10,5% la diferencia que, al no haber superado el 50%, lo habilitaba constitucionalmente. La burguesía y las derechas, con el apoyo del imperialismo norteamericano y el vergonzoso accionar del Secretario General de la OEA, Luis Almagro, un renegado del Frente Amplio uruguayo, apelaron al procedimiento históricamente preferido: el golpe de Estado. Fracasaron estrepitosamente con la gestión gubernamental corrupta y represora de Jeanine Áñez, con el adicional de un pésimo manejo de la estrategia de combate al covid-19. Justamente, en esa batalla se produjo un hecho significativo: la compra, a cuatro veces su precio de lista, de cien respiradores españoles inservibles para terapia intensiva. Hubo muchos que tomaron debida nota.

Porque supo crear hegemonía, pese a todos los reparos que puedan hacerse a su gestión y al abandono de las posiciones más progresistas cuando no radicales, el MAS logró que la evidente movilidad social ascendente no ocluyera las conciencias de clase, de pertenencia étnica y de género. Pero ello debe tomarse con cuidado, pues es evidente que aquellos que habían ascendido socialmente bajo el gobierno masista a lo largo de 14 años, descendieron, se reempobrecieron abruptamente por efecto del covid-19 y el mal manejo que de la pandemia hizo la gestión usurpadora de Áñez, y aspiran a recuperar posiciones.

Segundo: históricamente, Bolivia se ha caracterizado por tener un Estado débil y una sociedad civil fuerte, relación asimétrica que se afianzó desde la Guerra del Chaco (1932-1935), clave para entender la Revolución Nacional de 1952. Dentro de esa fortaleza, dos «casamatas» han sido decisivas: la Confederación Obrera Boliviana (COB) y muy particularmente la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB). No por azar, una patota asesino a Orlando Gutiérrez, joven dirigente de esta, pocos días después del triunfo electoral. Según algunos, podría haber sido el ministro de Trabajo del Gobierno de Arce, pero el dato, incluso siendo cierto, pierde contundencia frente al significado simbólico del asesinato, del asesinato y de los asesinatos.

Organizaciones clave de la sociedad civil boliviana lo han sido nuevamente, en primer lugar las sindicales y las campesinas. Ellas resistieron y sortearon al menos tres violencias que la usurpación de derecha les descargó a lo largo de un año: la económica, que golpeó duramente a las clases populares (unos 3200000 de bolivianas y bolivianos no tenían recursos suficientes para reproducir la vida material); la material o física, ejercida por la policía y el Ejército, como en los casos de Sacaba y Senkata, y la simbólica, dentro de la cual la más agresiva fue la quema de la wiphala. El sociólogo Julio Córdova Villazón añade una cuarta: la electoral, expresada en el escamoteo del triunfo del MAS en las elecciones de 2019.

Tercero: la burguesía y sus expresiones políticas de derecha han sido vencidas electoralmente, pero conservan harto poder económico, cultural (impregnado del tradicional racismo de las clases dominantes del país) y uno político no desdeñable en el Oriente, donde se ha hecho fuerte Luis Fernando Camacho, un fundamentalista religioso que jugó un papel clave en el golpe de Estado. Líder en el departamento de Santa Cruz de la Sierra, se postuló para presidente, obteniendo solo 14 % de los votos a nivel nacional, pero claro ganador en su departamento, único presidenciable de las derechas con poder territorial y un político decidido a seguir dando batalla contra las clases populares. Convendría no subestimarlos. Ya dio muestras de lo que está dispuesto a hacer.

Contra viento y covid, Chile decidió acabar con el legado del dictador

La imagen del joven chileno enarbolando en las calles de Santiago un cartel de factura casera con ese texto me parece una excelente síntesis de lo que posiblemente ocurrirá en 2021-2022, de no mediar algún artilugio de la derecha.

El domingo 18 de octubre la ciudadanía chilena se manifestó de manera contundente en el plebiscito que el Gobierno de Sebastián Piñera demoró largamente so pretexto de la pandemia del covid-19. El 78 % de la ciudadanía votó por la reforma de la Constitución pinochetista y el 79 % lo hizo por el mecanismo de una Convención

Constituyente integrada exclusivamente por el voto de la ciudadanía. Ese demoledor resultado –derrota fenomenal de la derecha– ha generado exultantes comentarios y manifestaciones, celebración merecida, sin duda, pero que conviene matizar (y no poco). Más significativo que los guarismos del triunfo democrático-popular es el nivel de participación ciudadana.

Por la ley 20.568, de enero de 2012, el voto dejó de ser obligatorio y pasó a ser optativo. Desde entonces, los niveles de abstención han sido elevados (alrededor del 50 %). En el plebiscito reciente, la participación ascendió a casi el 51%, la más alta desde aquella ley. Aunque se la ha argüido, la pandemia del covid no es responsable de la inasistencia del 49%. Tampoco los Carabineros en las calles por disposición gubernamental. En las elecciones de 2017, la participación llegó al 47 % en la primera vuelta y al 49 % en la segunda (exactamente a la inversa del 25 de octubre). Convengamos que no hay mucha diferencia. Se ha alegado, con razón, que tan elevado nivel de abstenciones en sucesivas elecciones da cuenta del rechazo a la política o, al menos, a una forma de hacer política y a los propios partidos tal como hoy existen y actúan. Un éxito del llamado neoliberalismo fue licuar la condición de ciudadano en la de mero elector y más puntualmente en la de elector abstencionista. Las derechas, los neoliberales y similares odian la política y prefieren la «meritocracia». La odian porque, para decirlo una vez más, ella es un ámbito de libertad por excelencia: la de elegir seguir viviendo como vivimos, o cambiar las condiciones de vida. El abstencionismo a menudo solo es dejar las cosas como están, cualquiera sea la excusa o el «argumento» para justificarlo.

Los resultados del plebiscito permiten algunas primeras conclusiones significativas. La primera es el contenido de clase de la votación. Chile tiene 346 comunas: el Rechazo ganó en solo 5, pero estas lo dicen todo: Vitacura, Las Condes, Lo Barnechea, Antártida y Colchane. Las tres primeras corresponden a Santiago y son el *locus* de burgueses y ricos; la Antártida es una base militar, pero para quebradero de cabeza de nuestros colegas trasandinos, en la comuna de Colchane, en Tarapacá, mayoritariamente aymara, el Rechazo fue abrumador, llegando ¡al 74 %! En las comunas predominantemente obreras, el porcentaje de Apruebo osciló entre 80 y 90. No extraña

en las regiones del norte, con su larga historia sindical y política (¡cómo olvidar Santa María de Iquique!). Sorprendió Chiloé, tradicionalmente de derecha, votando Apruebo. Un dato relevante es el acrecentamiento de la combatividad obrera, acentuada desde 2019, año en el que las huelgas se incrementaron 68 % respecto de las de 2018.

La segunda conclusión es que el resultado es una consecuencia de las movilizaciones populares de 2019, particularmente, dentro de ellas, la de los jóvenes y la de la clase obrera, con su rica y larga historia combativa. Las lolas (diferente significado que en Argentina) y los lolos, como llaman a les adolescentes –los *pingüinos*– se rebelaron en 2006 contra el sistema educativo pergeñado por la dictadura (Ley Orgánica Constitucional de Educación), rebeldía reavivada en 2011 con la lucha en favor de «una educación pública, libre y gratuita». En 2017 surgió el movimiento No Más AFP (los fondos privados de pensión, que sirvieron de modelo al menemismo en la Argentina de los 90), en 2018, la Rebelión Feminista contra el patriarcado. En 2019, dentro de las masivas movilizaciones de ese año –particularmente la muy decisiva del 18 de octubre–, se produjo el ya señalado repunte de las luchas obreras. Aunque de incidencia tal vez menor, no deben olvidarse las protestas ambientalistas contra mega proyectos energéticos, ni las reivindicaciones de algunas regiones del país frente al tradicional centralismo del mismo. No son datos menores, pues es sabido que cuando una protesta social interpela, demanda al Estado, ella se torna política.

La tercera conclusión significativa es la incógnita del qué hacer. El proceso que culminará con la sanción de una nueva Constitución Política del Estado chileno es largo. Lo ha sido hasta aquí y continuará siéndolo hasta su conclusión formal. He aquí sus hitos. Los pasados son: 15 de noviembre de 2019: Acuerdo por la Paz y la Nueva Constitución. 24 de diciembre de 2019: reforma constitucional que modifica la Constitución vigente para incorporar el itinerario y reglas del proceso constituyente. 29 de marzo de 2020: el presidente convoca, vía decreto, al plebiscito a realizarse el 25 de octubre de 2020. Este día, como se ha dicho, se decidió aprobar la propuesta de nueva Constitución y el órgano encargado de redactarla. Los futuros son: 11 de abril de 2021: elección de convencionales

constituyentes; mayo o junio de 2021: instalación de la Convención Constituyente, cuyo plazo para aprobar el nuevo texto puede llegar a 9 meses, pasibles de extenderse hasta 12; aproximadamente 60 días después (agosto de 2022): plebiscito para aprobar o rechazar la nueva Constitución. Es decir, alrededor de 21 meses, casi dos años. Otro dato no menor. En el ínterin, el 21 de noviembre de 2021 se realizarán las elecciones presidenciales.

Conforme el resultado de octubre, el 11 de abril de 2021 se decidirá la composición de la Asamblea Constituyente, por primera vez igualitaria en cuanto a género y con representación de los pueblos originarios. Al menos, sí tiene aprobación la resolución de la correspondiente Comisión del Senado que, a instancias de la oposición, dispone adicionar, a los 155 originalmente previstos, 24 convencionales (con paridad de género) representantes de los pueblos originarios, conforme la proporción censal de la población, de donde 14 de ellos deberían ser mapuches, distribuyéndose el resto entre aymaras, rapa nui, kawésqar, yagán, quechua, kolla, atacameña y diaguita. Otro escaño será para un afrodescendiente.

Ahora bien, y esto es lo más importante de la tercera conclusión, en lo que vendrá sabremos si el resultado de octubre puede convertirse en un movimiento orgánico o ser solo un acontecimiento accidental. Una nueva Constitución, por democrática y de avanzada que sea, no será la panacea. Las Constituciones son como los planos de los arquitectos: diseñan lo que se quiere construir, pero, a diferencia de estos, el resultado no es necesariamente el mismo. Claro, una Constitución democrática (y hay que discutir qué se entiende por tal) es preferible a una totalitaria o incluso solo autoritaria, pero no es un demiurgo. En el mejor de los casos, cambia la *forma* del Estado, pero importa más si ella da cuenta, o no, de cambios reales, efectivos en la matriz societal.

Se ha abierto un tiempo de confrontación. El resultado de octubre es para celebrar, pero lo importante está por venir y ahí está la cuestión principal para las clases subalternas, para las clases populares, para las fuerzas y los proyectos transformadores. La derecha burguesa chilena, históricamente fuerte, fue derrotada en el plebiscito, pero no debe olvidarse que retuvo un 21-22 % de apoyos electorales sólidos (digamos, la derecha más dura), que se suman a más o

menos otros tantos que esta vez votaron por la reforma de la Constitución, pero que siguen pensando un país para pocos. Desde la caída de la dictadura, las posiciones de la derecha no han sido menores al 40 % en términos electorales. No es una cifra para desestimar. Más importante es tener presente el poder que detenta en los planos económico, político, financiero, militar y de los medios de comunicación. Cuando Sebastián Piñera, expresó, al comentar el resultado que le fue adverso, que «la Constitución nunca parte de cero, porque representa el encuentro de las generaciones», estaba diciendo que harán todo cuanto les sea posible para impedir una auténtica transformación en la organización política –no en la social– del país. Pinochet está muerto, pero sus ideas siguen gozando de muy buena salud.

A diferencia de Bolivia, la organización y la fortaleza políticas de las fuerzas populares, particularmente las de izquierda, que parecen renacer, son hoy débiles o, en el mejor de los casos, no suficientemente sólidas. Construir una y otra no será fácil. Es deseable y, sobre todo, esperable, que les dé la talla.

Perú: se metieron con la generación equivocada

En las manifestaciones de noviembre de 2020 en las calles limeñas, una joven portaba un cartel proclamando «¡Se metieron con la generación equivocada!» La generación en cuestión está siendo llamada «la del Bicentenario», en alusión al de la declaración de la independencia.

En breve: el 9 de noviembre, el Congreso destituyó al presidente Martín Vizcarra, de derecha, bajo el cargo de «incapacidad moral permanente», resultante de su aceptación de sobornos. Dato no menor: 68 de los 130 diputados están procesados, cuando no acusados, de hechos de corrupción. No extraña que, como en Argentina en 2001 y en Ecuador en 2005, se levantara la consigna «¡Que se vayan todos!».

El 10, el presidente del Legislativo, Manuel Merino, de Acción Popular, el partido fundado por Fernando Belaunde Terry en

1956, fue designado en reemplazo de Vizcarra, mientras en las calles crecían y ganaban fuerza las movilizaciones contra el «golpe institucional» –mas no en favor del mandatario depuesto–, demandando convocatoria a elecciones y a un proceso constituyente para reemplazar la Constitución de 1993, bajo el gobierno neoliberal de Alberto Fujimori. Las protestas continuaron durante varios días, siendo brutalmente reprimidas, de donde el saldo de dos jóvenes (24 y 22 años) asesinados, 94 heridos (de los cuales 63 fueron hospitalizados), detenciones arbitrarias, desaparición de 42 personas y agresiones a periodistas nacionales y extranjeros, todo por acción de la Policía Nacional del Perú (PNP). La imagen de dos muchachas marchando en una de las movilizaciones con las tetas al aire y pintadas en sus torsos las leyendas «PNP tortura» y «PNP violadora» en gruesas y negras letras mayúsculas es de una elocuencia simbólica notable, tanto del empoderamiento de las mujeres cuanto de los jóvenes en la coyuntura.

El 15, esas manifestaciones callejeras y la presión de grupos de interés llevaron, tras un frustrado intento de designar Presidenta de la República a Verónica Mendoza –del movimiento Nuevo Perú, candidata a ese máximo cargo por la coalición Frente Amplio en las elecciones de 2016 y nuevamente, por la reciente del Frente Político Juntos por el Cambio para las de abril de 2021– a la renuncia de Merino y a su reemplazo por Francisco Rafael Sagasti, un ingeniero industrial de 76 años, parlamentario por el Partido Morado, una novel organización política (2017) que se autodenomina «centro republicano radical» (*¡sí!*). En 1996 Sagasti fue una de las personas que se encontraban en la embajada de Japón cuando esta fue tomada por un comando del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). Cuando se terminan de escribir estas líneas, está formando su gabinete.

Toda coyuntura, para decirlo una vez más, solo se explica en la mediana y en la larga duración, a la que no es ajeno el coeficiente histórico de una sociedad. La peruana está fragmentada, históricamente, en tres grandes regiones la Costa (dominante), la Sierra (las montañas andinas, *locus* del sistema de haciendas) y la Selva amazónica (área de extractivismo minero y petrolero, vendida en más de 70 % a empresas multinacionales). En esas regiones, usualmente

ocupadas militarmente, los pueblos originarios son objeto de sistemáticas persecuciones, acentuadas bajo el gobierno de Vizcarra aprovechando la pandemia del covid-19.

En la mediana duración –unos 30 años, en este caso–, la actual crisis política encuentra claves explicativas desplegadas a partir del autogolpe de Alberto Fujimori en 1992 y el consiguiente ejercicio del poder de manera abusiva, incluyendo altos niveles de corrupción y la persistencia del terrorismo de Estado, a cuya cabeza se encontraba Vladimiro Ilich Lenin Montesinos Torres, jefe del Servicio de Inteligencia Nacional, Consejero de Seguridad del Gobierno y principal asesor presidencial entre 1990 y 2000. Fue pieza fundamental en la ejecución del terrorismo de Estado en la lucha contra Sendero Luminoso y el MRTA. Va de suyo que su posicionamiento político fue la negación absoluta del significado de los nombres que le pusieron sus padres.

En 1993, la dictadura fujimorista promulgó una nueva Constitución, hecha a la medida de las políticas del Consenso de Washington, permisiva del saqueo de los recursos naturales y atentatoria de los derechos. En noviembre de 2000, en un contexto de escándalos de corrupción que involucraban a funcionarios de su gobierno y encontrándose de gira en Japón (país del cual tiene nacionalidad) envió su renuncia, la cual fue rechazada por el Congreso que, en cambio, lo destituyó bajo el cargo de «incapacidad moral». En noviembre de 2005 fue detenido en Chile y extraditado a Perú en septiembre de 2007, siendo condenado por una serie de delitos que le fueron imputados –entre ellos el de responsabilidad intelectual en el asesinato con alevosía, secuestro agravado y lesiones graves en las matanzas de Barrios Altos (1991) y La Cantuta (1992), crímenes ejecutados por el llamado Grupo Colina, un escuadrón del Ejército– con suma de penas de prisión. El presidente Pedro Pablo Kuczynski lo indultó en diciembre de 2017, pero en octubre de 2018 el Poder Judicial ordenó al presidente Vizcarra anular dicho indulto, por lo cual volvió a prisión. No obstante, el movimiento político que inspiró, el llamado fujimorismo, continúa siendo una fuerza política importante bajo la conducción de la hija del dictador, Keiko, jefa de Fuerza Popular, el último nombre de esa agrupación política de derecha autoritaria.

Tras la deposición de Fujimori, Perú vivió una secuencia de presidentes que debieron enfrentar cargos por hechos de corrupción, a pesar de la complacencia del sistema judicial: Alejandro Toledo (2001-2005, actualmente en libertad bajo fianza en Estados Unidos), Alan García (2006-2011, suicidado en abril de 2019 cuando iba a ser detenido por vinculaciones con el denominado caso Odebrecht), Ollanta Humala (2011-2016, detenido preventivamente en 2017 acusado de lavado de activos en detrimento del Estado y de asociación ilícita para delinquir en el Caso *Lava Jato*: actualmente está siendo investigado bajo comparecencia restringida), Pedro Pablo Kuczynski (2016-marzo 2018, fecha ésta en la que renunció acusado de corrupción, actualmente en espera de juzgamiento). Martín Vizcarra, su sucesor, asumió el cargo proclamando su intención de luchar contra la corrupción, aunque terminó envuelto en acusaciones de practicarla. Es un dato relevante: en todos los países, las fuerzas de derecha acusan a sus oponentes, sobre todo si están ejerciendo el gobierno y son más o menos «progresistas», de corruptas, acusaciones que a veces tienen algún componente de verdad, pero que todas las veces terminan siendo práctica de esas derechas, a menudo más intensamente.

Vizcarra gobernó desde el comienzo de su gestión en favor del gran capital. La pandemia del covid-19 le vino como anillo al dedo para llevar adelante una política aún más favorable al mismo y más brutalmente antipopular, como lo prueban las medidas tomadas para satisfacer las demandas de la Confederación Nacional de Instituciones Empresariales Privadas (CONFIEP), una organización de la gran burguesía creada en 1984, destinando a ella el 70 % de la ayuda gubernamental, autorizando la suspensión sin pago de sueldos de trabajadores, a los cuales, por añadidura, se les recortó el derecho a destajo (se paga según lo producido, no según las horas trabajadas). Todo ello mientras se disparaban el desempleo y las muertes por covid-19. Acotación al margen, pero significativa: en 2019 la CONFIEP estuvo involucrada, junto a Fuerza Popular en un controversial caso de aporte económico por más de 3 millones de dólares para apoyar la campaña electoral de Keiko Fujimori.

Adicionalmente, y ello explica el accionar policial, Vizcarra dispuso en abril pasado, con el «argumento» de la «paz social» y la

posibilidad de rebeldía popular, garantías de impunidad policial por el uso en servicio de armas de fuego en ocasión de «disturbios». *Ergo*: la policía reprimió como lo hizo porque una disposición presidencial le autorizaba hacerlo. Todo eso bajo la vigencia del estado de excepción, la militarización del país y la suspensión de las garantías constitucionales so pretexto de combatir a la pandemia. El decreto del Estado de Emergencia y cuarentena a nivel nacional, dado a conocer el 15 de marzo, y el toque de queda dispuesto tres días después obraron en esa dirección.

La política sanitaria llevada adelante por el gobierno de Vizcarra fue un fracaso monumental. El sistema hospitalario colapsó y las cifras de afectados son aterradoras. Perú tiene una población de 32.625.948. Al 31 de octubre, según el Ministerio de Salud, se habían registrado 902.503 casos, con 34.474 fallecidos, esto es, 27,66 casos por cada 1.000 habitantes y un índice de letalidad de 3,8 %. Pero según las cifras de las Direcciones y Gerencias Regionales de Salud, los casos eran 1.414.762, las muertes, 45.894, 4.339 casos por mil habitantes y un índice de letalidad de 3,24 %. Incluso tomando las cifras menores, el impacto ha sido, es, terrible.

La apretadísima síntesis precedente explica la más que justificada demanda «¡Que se vayan todos!». Un ejercicio comparativo, que no podemos realizar aquí, pondría de manifiesto que tiene mayor fundamento y causa que en Argentina 2001 y Ecuador 2005. Extraña sí, y será necesario explicarlo, que haya demorado tanto en ser formulada.

Está claro que la crisis peruana se suelda, como en todas partes, con la crisis mundial del capitalismo potenciada por la pandemia, pero le añade un proceso treintañal de degradación de la política, que no es un fenómeno exclusivamente peruano y remite, para decirlo otra vez, a la concepción neoliberal de negar –bajo la expresión antipolítica– la función liberadora que potencialmente tiene la política. Por cierto, los partidos no han hecho mucho, cuando lo han hecho, para devolverle a la política su grandeza y su dignidad.

Es claro que Perú vive una crisis de Estado, que las movilizaciones, espontáneas y masivas, se iniciaron contra el golpe de Estado parlamentario, no en defensa del presidente destituido, y por los derechos democráticos, y que en ellas el protagonismo fundamental

ha sido el de la juventud, que en menos de una semana alteraron el orden político de una manera todavía difícil de mensurar y cuya resolución dependerá de muchos factores, entre los cuales la organización de las clases populares no es el menor. También en Perú, la protesta social devino política al interpelar al Estado. La resolución política dependerá, en buena medida, de si dichas clases construyen la organización capaz de liderar el proceso. La demanda de convocatoria a una Asamblea Constituyente que derogue la Carta fujimorista de 1993 y promulgue una que dé cuenta de las demandas democráticas y elimine las casamatas neoliberales, puede encauzar el proceso, pero siempre y cuando se tenga claro que la letra de una Constitución no alcanza, menos aun no existiendo una situación pre revolucionaria como en la Rusia zarista de 1917. En Perú, como en Chile, las fuerzas populares deberían estar atentas y vigilantes, pues también en el país andino la burguesía y sus expresiones políticas de derecha son fuertes y no van a resignar sus privilegios fácilmente ante las demandas de lo que la esposa de Sebastián Piñera calificó de alienígenas.

La «generación del bicentenario» o, si se prefiere, los jóvenes de la generación Z o posmilénica o centúrica (*centennial*), autoconvocados, salieron a las calles enarbolando su indignación ante tanta corrupción, ante la captura del Estado por una clase rapaz y por ende ausencia de democracia participativa y contra la represión. Lo hicieron utilizando algunas de las nuevas formas de hacer política: empleo de los celulares, convocatoria a través de las redes sociales, utilización de aplicaciones como Instagram, TikTok, Twitter, WhatsApp. Pero también, por ejemplo, organizando brigadas para dar atención médica a los heridos y legal a los detenidos. Las cámaras de los celulares permitieron registrar visualmente tanto las manifestaciones como la represión y se viralizaron en vivo y directo unas y otra. Para algunos analistas, como Omar Coronel, un científico social de la Pontificia Universidad Católica, se trata de «la campaña de protesta más grande en la historia del Perú». No estuvieron solos: la mayoría de la población, parte de la cual –especialmente de la clase de ingresos medios– se sumó a las movilizaciones y/o las apoyan. Una encuesta de Ipsos le atribuye un 86 % de adhesión.

Brasileños: no sean maricas

El *Partido dos Trabalhadores* (PT) ganó sucesivas elecciones hasta 2018, pero no pudo y/o no supo –tal vez incluso no quiso– construir hegemonía. La manifestación más visible de esa ausencia fueron las elecciones que ganó el ultraderechista Jair Bolsonaro aquel año, como los pobres resultados en las recientes elecciones municipales. Los que, en una gran encuesta, reconocieron que su condición de vida había mejorado ostensiblemente durante los gobiernos petistas, al responder a la pregunta explicativa de tal ascenso, la respuesta abrumadoramente mayoritaria fue: *Graças a Deus*. La religiosidad popular es y ha sido históricamente un núcleo duro de las culturas políticas del país, pero siendo una clave explicativa importante, lo es menos que la constatación de un enunciado sociológico revalidado con frecuencia: la movilidad social ascendente ocluye la conciencia de clase. Pero no siempre es así, como lo demuestra el caso de Bolivia arriba señalado.

El 15 (aniversario de la proclamación de la República) y el 29 de noviembre de 2020 tuvieron lugar las elecciones municipales en todo el país, obviamente en el contexto de la pandemia del covid-19, con un dato agravante: Brasil es el tercer país del mundo con mayor número de afectados (6.314.740) y el segundo en el de muertos (más de 172.833), en momentos de las elecciones. El presidente Bolsonaro, que minimizó la gravedad de la pandemia y llamó maricas a quienes tomaron cuenta de ella, se resistió a llevar adelante una campaña sanitaria efectiva y cuando el Supremo Tribunal Federal –equivalente en Argentina a la Corte Suprema de Justicia de la Nación– delegó en los prefectos las decisiones en la materia, su reacción fue que al país «no le faltó un líder, sino que le faltó dejar a un líder trabajar». Incluso, contra su intención, la justicia electoral debió obligarlo a usar barbijo para poder sufragar.

En Brasil el voto es obligatorio y se emite de manera electrónica. En la ocasión, 147.625.767 electores/as debían designar *prefeitos* (prefectos, alcaldes, intendentes) *viceprefeitos* y *vereadores* (concejales) en los 5.560 municipios del país. Pretendientes no faltaban: 518.300 para concejales, 19.300 para prefectos. Otro dato no me-

nor: 6.700 militares activos o retirados y policías se postularon como candidatos.

El nivel de abstención fue considerable: 23 % en la primera vuelta, 29,5 % en la segunda, con picos muy altos en las ciudades más importantes, tales como en la segunda vuelta en Río de Janeiro (35,5 %) y São Paulo (31 %). En los comicios de 2014, 2016 y 2018, en los que no había pandemia, la abstención a nivel nacional estuvo alrededor del 21 %, de manera que allí el impacto de la pandemia parece haber sido menor de lo supuesto, no así en ciudades como las citadas, que tienen, efectivamente, números elevados de contagios, los que explican el elevado abstencionismo, el mayor históricamente.

Un indicador de la importancia de la abstención ha sido los casos carioca y paulista. En Río de Janeiro, el vencedor, Eduardo Paes, de derecha, fue superado en la segunda vuelta por el número de electores que no fueron a votar, mientras su oponente, el pastor evangélico bolsonarista Marcelo Crivella, obtuvo casi la mitad de la abstención. Un dato significativo, que puede explicar la magnitud de esta, es que uno y otro de dichos candidatos están señalados como partícipes de hechos de corrupción. En São Paulo, Bruno Covas, de derecha, reelegido como alcalde, venció a la abstención, pero esta superó al candidato oponente, Guilherme Boulos, del nuevo Partido de izquierda Socialismo y Libertad (PSOL).

En apretadísima síntesis: la derecha moderada –lo que en Brasil llaman *centrão*– ha sido la gran vencedora; la extrema derecha bolsonarista (y Jair Bolsonaro en primer lugar), la gran derrotada; la izquierda, en declive respecto del pasado cercano, tuvo altibajos, siendo notable la caída del PT, quizás compensable con las expectativas que abre el PSOL.

Para algunos, la burguesía brasileña ya no necesita a Bolsonaro. Es una posibilidad, pero lo que puede llamarse bolsonarismo está lejos de una situación de debilidad. En opinión de João Paulo Rodrigues, miembro de la Coordinación Nacional del Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), no se puede subestimar la fuerza del bolsonarismo, oculto en los otros partidos derechistas. A su juicio, «no se puede subestimar la fuerza del bolsonarismo. Las elecciones demostraron la fuerza del agronegocio en las candidaturas

del centro-oeste de Brasil, incluso en los partidos de centro, pero con un discurso bolsonarista. Hasta 2022, vamos a ver una migración de Bolsonaro hacia los partidos del *centrão*, su reserva política para llegar a un segundo mandato y agredirnos».

Rodrigues fue incisivo en sus declaraciones: «En el contexto de la pandemia, la gente quiere solucionar el problema del hambre y del desempleo. Veo que la izquierda metida en su burbuja de la agenda contra Bolsonaro no logró dialogar acerca de los problemas centrales para el pueblo brasileño». A su juicio, «el debate de un frente amplio [de izquierdas] no puede ocurrir sólo en la segunda vuelta. Donde hubo unidad en la primera vuelta, llegamos con más fuerza en la recta final».

A las 11.58 p.m. del 15 de noviembre, Jair Bolsonaro tuiteó desde su iPhone: «*A esquerda sofreu uma histórica derrota nessas eleições, numa clara sinalização de que a onda conservadora chegou em 2018 para ficar. Para 2022 a certeza de que, nas urnas, consolidaremos nossa democracia com um sistema eleitoral aperfeiçoado. DEUS, PÁTRIA e FAMÍLIA*». Mirando para otro lado, Bolsonaro no dijo nada de su monumental derrota.

Guatemala: ¿el retorno de la pirolatría maya?

La civilización maya le había asignado al fuego un poderoso valor simbólico: representaba el principio masculino y fecundador del mundo. Era indicador de fin de un ciclo y comienzo de uno nuevo, por lo tanto, articulado con la temporalidad. Cuando se encendía ritualmente renovaba el tiempo, consagraba, purificaba y dotaba de existencia al espacio en el cual se encendía. Esto es: el fuego iniciaba una nueva temporalidad.

Traigo a colación este simbolismo del fuego entre los antiguos mayas –muy bien estudiada por Martha Nájera Coronado– a propósito del incendio parcial del Congreso guatemalteco en la noche del 21 de noviembre en el contexto de las masivas movilizaciones populares antigubernamentales que reclamaban la renuncia del presidente Alejandro Giammattei tras la aprobación parlamentaria del presupuesto para el año 2021, el cual, pese a ser el mayor de la historia del

país (25 % superior al de 2020), no atiende de manera suficiente los gastos en salud, educación, combate a la pobreza y desnutrición infantil, priorizando las partidas destinadas a infraestructura con el sector privado. No pocos analistas habían señalado antes que el mismo agudizará los problemas de una población golpeada por la pérdida de empleos generada por la pandemia».

Según *El Periódico*, «los 18.000 millones de dólares contemplados en los gastos del 2021 están destinados especialmente a financiar el aparato estatal y emprendimientos con el sector privado. El presupuesto no contempla, sin embargo, mejoras para el sistema sanitario ni educativo. Tampoco dedica esfuerzo económico a mitigar los efectos de una desnutrición infantil que azota al 50 % de los niños menores de cinco años».

Por añadidura, el presupuesto aprobado no establece mecanismos de control del uso correcto de los recursos, un dato no menor en un país donde la corrupción está arraigada, y privilegia a ministerios que, como los de Comunicaciones, Infraestructura y Vivienda, han recibido denuncias por manejos irregulares de los fondos asignados, es decir, sospecha de hechos de corrupción.

Dos de las objeciones de los manifestantes apuntaban al recorte de los fondos para atender a los enfermos de covid-19 y a las agencias de derechos humanos. Por añadidura, el Congreso votó asignar alrededor de 65000 dólares para comidas de los diputados, al mismo tiempo que recortó 25 millones de dólares para combatir la desnutrición, justo cuando el huracán Iota llegaba al país causando enormes destrozos, entre los cuales inundaciones, deslizamientos de tierras (algunos de los cuales causaron la muerte de 100 indígenas), bloqueos de los caminos, caída de árboles, destrucción de cultivos, corte del suministro de energía eléctrica, incomunicación y desabastecimiento alimentario en las comunidades pobres, ya golpeadas, dos semanas antes, por el precedente huracán Eta, ambos con la secuela de muertos y desaparecidos. Iota (categoría 5) y Eta han sido los dos huracanes atlánticos más fuertes de todo 2020.

El impacto de ambos huracanes ha sido aún mayor por el covid-19, la carencia de medicamentos en los hospitales, el no pago de los salarios de los médicos, el incremento del desempleo y la inflación (sobre todo en alimentos).

En Guatemala, la pandemia registraba, al 29 de noviembre, según las cifras del Ministerio de Salud, 125.352 contagiados y 4.239 muertos. Si bien el Congreso aprobó en su momento partidas para atender la pandemia superiores a 3.800.000.000 de dólares, se estima que apenas el 15 % llegó a quienes necesitaban atención. Se comprende la obviedad de la sospecha de corrupción, o bien de incapacidad de administrarla, si no ambas.

Guatemala es un país con una población estimada en 17.263.000 personas, de las cuales el 60 % vive en la pobreza, siendo la desnutrición de los menores de cinco años del orden del 50 %. La combinación de altos niveles de pobreza, indigencia y ausencia estatal en la atención de los derechos básicos (salud, educación, empleo digno, seguridad) es letal.

Se registra un importante nivel de violencia sexual contra mujeres y niñas, parte de la cual se expresa bajo la forma de prostitución juvenil (se estima en unas 15.000 las menores que la ejercen). Un dato desactualizado, pero no carente de valor, fue el dado a conocer en 2009 por la Asociación para la Eliminación de la Prostitución, Pornografía y Tráfico Sexual de Niños, Niñas y Adolescentes: 70 % de las mujeres en prostíbulos tenía entre 13 y 25 años de edad.

La lucha contra la guerrilla llevada adelante por el Ejército en el período de la dictadura institucional de las Fuerzas Armadas y el terrorismo de Estado, el más brutal del continente, incluyó un fuerte componente de violencia sexual. Así, por ejemplo, entre 1982 y 1986 15 mujeres de la etnia Q'eqchi fueron convertidas por los militares en esclavas sexuales y obligadas a tener sexo con cinco soldados diariamente.

Étnicamente, la sociedad guatemalteca está conformada, según el Instituto Nacional de Estadística, por los siguientes porcentajes: mestizos, 40; indígenas, 40; blancos, 18; garífunas, 2. La lengua oficial es el castellano, pero el país es multilingüe, pues existen 22 lenguas mayas habladas por un alto porcentaje de la población. Los Acuerdos de Paz firmados en diciembre de 1996 establecieron la traducción de documentos oficiales y los insumos para las votaciones a varias lenguas mayas.

Lo precedente es una parte del contexto en el cual se desarrollaron las movilizaciones de noviembre, tanto en la capital, Ciudad

de Guatemala, como en otras del país. Las mismas fueron encabezadas, como en Chile y Perú, por jóvenes, mayoritariamente de la Asociación de Estudiantes Universitarios, de la Universidad de San Carlos. Salieron a las calles con la bandera nacional y pancartas que pedían «No más corrupción», «Fuera Giammattei» y proclamaban, como en Perú, «Se metieron con la generación equivocada». Le reclamaban también al presidente que vetara la ley de presupuesto 2021 y solicitaban la renuncia de 125 de los 160 legisladores, al tiempo que miles de carteles reclamaban una Asamblea Constituyente.

La tarde del sábado 21 hubo, dentro de una gran movilización y protesta masiva y pacífica, un incidente no del todo claro (al menos al cierre de este artículo). Un número indeterminado de personas, vestidas de negro, encapuchadas y portando palos, rompió ventanas del edificio del Congreso y arrojó elementos incendiarios ante la presencia de policías uniformados, que solo comenzaron a actuar cuando el incendio ya estaba declarado. Para algunos, se trató de una típica acción policial: provocar destrozos y acciones violentas para deslegitimar la protesta. Si ello fue así, es obvio que se sospeche que el propio gobierno estuvo detrás.

El vicepresidente Guillermo Castillo señaló posteriormente sus dudas sobre «el incendio y lo sucedido a su alrededor», según informó la prensa, y reclamó una «investigación seria» para esclarecer el hecho, tanto como el «uso excesivo de la fuerza» empleada por la policía para reprimir a los manifestantes pacíficos, no a los incendiarios. Él y Giammattei— un ultraconservador, ex jefe del servicio penitenciario y acérrimo defensor de la pena de muerte— asumieron en enero pasado, y las manifestaciones abrieron una brecha entre ambos, sobre todo cuando Castillo ofreció su renuncia, a condición de que también la presentara el presidente. Al cierre de este artículo (30 de noviembre), no estaba claro qué ocurrirá con ese distanciamiento.

El presidente, por su parte, prefirió enfatizar la defensa de la propiedad pública y privada, la que no debe ser «objeto de vandalismo». Por cierto, nada original. Para defender la propiedad privada, además de apelar a la brutalidad de la violencia policial, se ha criminalizado a defensoras y defensores de derechos humanos en las co-

munidades indígenas y rurales, y obstaculizado, para decir lo menos, el trabajo de periodistas y comunicadores.

Por otra parte, Giammattei ha pedido la intervención de la Organización de Estados Americanos para establecer un diálogo y abrir una negociación inclusiva que lleve a un entendimiento de la sociedad. En principio, Castillo se opuso a la misma.

Final allegro (es decir, de prisa)

El tiempo y el espacio concedidos se han agotado. Quedan fuera de consideración al menos cuatro procesos en curso en la región, a saber: 1) Colombia, donde las fuerzas de derecha persisten en su histórica costumbre de masacrar a quienes disienten; 2) Venezuela, donde habrá elecciones legislativas el domingo 6 de diciembre; 3) Ecuador, en proceso electoral hacia la elección de Presidente y Vicepresidente el 7 de febrero próximo; 4) Argentina, donde la muerte de «D10S» Maradona ha tenido un fuerte impacto político (merecedor de una nota puntual) y donde la pandemia ha acallado lo que el periodista Walter Medina ha llamado el «genocidio silencioso» del pueblo wichi. También, dos procesos en curso producidos fuera de América Latina, pero que incidirán en ella: 1) el triunfo de Joseph Biden-Kamala Harris en las presidenciales de Estados Unidos, que puede resumirse diciendo tiene otro plumaje, pero sigue siendo águila, y en las que la doble condición de la vicepresidenta electa, afrodescendiente y mujer, queda opacada por su acendrado neoliberalismo; 2) las deliberaciones y resoluciones del 19º Pleno del Comité Central del Partido Comunista Chino (26-29 de octubre), entre las cuales el 14º Plan Quinquenal (2021-2025), que la Asamblea Popular Nacional aprobará formalmente en marzo de 2021, que definen la opción del país por la estrategia de doble circulación.

En un apretado final diré: 1) en Bolivia, Brasil, Chile y Perú, donde hubo elecciones, perdieron las fuerzas políticas de los gobiernos que trataron mal la pandemia del covid-19. Y donde no hubo, pero sí movilizaciones de masas, como en Guatemala, la estrategia sanitaria gubernamental equivocada también fue rechazada; 2) las movilizaciones y las elecciones han mostrado el empoderamiento de

las mujeres y de los jóvenes, y en cierta medida también el de los pueblos originarios (no solo en Bolivia), aun cuando el machismo en política sigue siendo dominante, especialmente en Brasil, donde es difícil ser mujer y política. 3) Nuevos liderazgos parecen proyectarse en el corto plazo; cuatro de ellos son femeninos: Verónica Mendoza (nacida en 1980) en Perú, Manuel d'Avila (1981) y Marília Arraes (1984) en Brasil, y Beatriz Sánchez (la mayor, 1970), en Chile. Entre los varones, Guilherme Boulos (1982), la esperanza de buena parte de la izquierda brasileña, así como Daniel Jadue (1967) en Chile.

Pandemias de ayer y hoy. Reflexiones histórico-demográficas

Cecilia Moreyra
Leandro M. González
Adrián Carbonetti
Bruno Ribotta

Interpelaciones

El escenario que transitamos nos encuentra inscribiendo en nuestro léxico un repertorio de palabras que hace menos de un año estaba fuera de nuestro universo discursivo. Pensamos, hablamos y leemos sobre virus y pandemias –más precisamente, sobre «coronavirus» o «covid-19»– con una naturalidad estremecedora que resulta aún más inquietante cuando esas palabras se traducen, por miles, en personas enfermas y en vidas perdidas. Claro que no es esta la primera pandemia de enfermedades respiratorias contagiosas en azotar varias partes del globo con efectos devastadores, pues sabemos de cuatro episodios de este orden acaecidos durante el siglo XX y primera década del XXI: la «gripe española» en 1918 y 1919, la «asiática» en 1957, la de Hong Kong en 1968 y la denominada «gripe A» en 2009. Las tres primeras contribuyen a perpetuar en los imaginarios la poco feliz asociación de la enfermedad con su geolocalización. Aunque podemos suponer que cada uno de estos capítulos en la larga historia de pandemias produce saberes –científicos y no científicos– y prácticas sociales y políticas que se irán acumulando para constituirse en un conjunto de herramientas que permitan enfrentar la pandemia siguiente; lo cierto es que cada una reviste el carácter de inesperada, de efectos desconocidos y por ello, vehículo de temores colectivos. El covid-19 no escapa a lo dicho.

La actual coyuntura epidemiológica también produjo y produce experiencias duales y superpuestas. Si por un lado vemos ascender con celeridad el número de contagiados y fallecidos en el mundo a la par que crece una incertidumbre generalizada, por otro, la experiencia del «encierro» (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio) propuso un tiempo pausado, en suspenso, donde muchas actividades del cotidiano quedaron detenidas, adquiriendo el propio espacio doméstico nuevos sentidos que tensionaron las fronteras entre lo público y lo privado, entre el trabajo y la casa. Tales vivencias disparan multiplicidad de reflexiones que siguen diversos derroteros y procuran interpelar las propias lecturas y escrituras, así como las prácticas de lo colectivo y las políticas públicas. Muchos interrogantes se orientan a atender lo urgente, o bien a plantear hipótesis sobre lo por venir, ya fuera éste un futuro próximo o lejano. Entre lo inmediato, lo que apremia, ya se sabe, está lo vinculado a políticas sanitarias; a las medidas más o menos restrictivas respecto a la movilidad de los cuerpos y las cosas; al impacto económico y material que este escenario comporta para familias y pequeños negocios y a la forma de llevar a cabo, desde el aislamiento, las actividades cotidianas habituales. Pongamos por caso la práctica docente: ¿cómo desarrollar, en este insólito contexto, los procesos educativos que por lo común transcurren de manera presencial no-virtual? Hay, en síntesis, una atención dirigida hacia el cómo resolver tamaña problemática global que excede pronósticos y requiere tomar en cuenta infinidad de frentes. El otro conjunto de preguntas, por su parte, procura interpelar(nos) sobre un futuro que se proyecta, como mínimo, incierto. Lo inquietante del contexto venidero se expresa en las inéditas formas que van emergiendo para denominarlo, tal como «nueva normalidad». Manera esta de nombrar un mundo pospandemia donde según se sentencia: «nada será como antes», afirmación que remite a infinidad de factores, por ejemplo, a los gestos adquiridos durante este tiempo que, todo indica, pasarán a formar parte del universo habitual. Esas nuevas «maneras de hacer» comprenderían, entre muchas otras, el uso de barbijos o tapabocas y la habituación a mirar medios rostros; las restricciones en las proximidades de los cuerpos y posibles cambios en las formas de habitar lo urbano, en un contexto donde las hacinadas metrópolis fueron protagonistas clave

en el devenir pandémico pues favorecieron las ascendentes curvas de contagios.

Ahora bien, entre urgencias y porvenires, hay un abanico de preguntas posibles que se dirigen hacia el pasado, trasladando el foco de atención de «lo actual» para producir lecturas que yuxtaponen diferentes procesos y temporalidades enfatizando el diálogo pasado-presente. De esto se trata el pensamiento histórico y en él subyace una potencia reflexiva. Seremos deudores, entonces, de lo propuesto por los primeros *Annales*, esto es romper con la concepción centrada puramente en el pasado y situarlo en correlación con el presente y, de ese modo, construir una historia que tiene como campo de conocimiento también la sociedad contemporánea. Si todo conocimiento histórico parte del presente es este el que plantea las preguntas, lo que contribuye, de este modo, a la construcción de una historia-problema que adquiera sentido para el hoy. Que explique, que comprenda. Tal perspectiva no busca, cabe señalar, la obtención de «lecciones del pasado», donde este estaría en el puesto mando, juzgando (Chesneau, 1985) como si la historia fuera una repetición *ad infinitum* de las mismas experiencias. Antes bien, pretende proporcionar algunas claves que permitan pensar y entender el devenir pandémico vigente pues advierte la condición de proceso amplio y global que suponen las epidemias.

Epidemias de otros tiempos: la gripe española

Diversas miradas históricas partieron de la presente crisis sanitaria para tomar en consideración epidemias de otros tiempos, buscando interpretar planos pasibles de análisis que encuentran puntos de contacto con el fenómeno contemporáneo. Así, se ha indagado sobre el carácter estacional que pudiera tener esta y otras pandemias, ello relacionado, sobre todo, con las condiciones climáticas (Bueno Vergara, 2020). Otras indagaciones se orientaron a los casos históricos de transmisión de enfermedades por parte de personas asintomáticas (Arrizabalaga, 2020), o bien, hacia la dimensión histórica de las desigualdades sociales en el marco de pandemias globales (Bernabeu-Mestre y Galiana Sánchez, 2020). Entre los diferentes procesos pre-

términos que comparten uno o más rasgos con la actual crisis sanitaria están las pandemias que azotaron nuestro país (y el mundo) en otros tiempos. Así, una vía para «pensar históricamente» (Villar, 1997) el fenómeno pandémico es reflexionar sobre afección que sacudiera al mundo entero hacia 1918 y 1919: la denominada «gripe española» que dejó a su paso entre 30 y 50 millones de muertos, con algunas estimaciones que alcanzan cifras escandalosamente superiores que rondan los 100 millones.

Hace más de un siglo, a comienzos de 1918, se desató en Estados Unidos un brote de gripe que presentó altos niveles de contagio al diseminarse, con celeridad, por Europa y América Latina. Contribuyó a ello el particular contexto de época: la Primera Guerra Mundial. En dicho escenario la movilización de las tropas norteamericanas, entre las que ya se habían detectado casos de influenza, llevaron esta enfermedad al otro lado del océano. El nombre que adquirió la afección se vincula también al escenario bélico pues fue España, neutral como era dentro del conflicto, el único país europeo que publicó, a través de la prensa, información sobre lo que estaba ocurriendo. En el mes de octubre del mismo año se detecta en Argentina el primer caso de la afección. El enfermo había arribado a Buenos Aires en el vapor Demerara, embarcación que tuvo contacto con un puerto español situado en Barcelona, una de las zonas más afectadas por la epidemia. Desde ese momento la gripe se diseminó por todo el país en dos oleadas que dejaron un saldo de, aproximadamente, 24 000 muertos (Carbonetti y Rivero, 2020).

A pesar del impacto que tuvo la «gripe española» al provocar una alta mortalidad a escala global, fue, por largo tiempo, un tema poco investigado desde la disciplina histórica, especialmente en lo atinente a la historiografía argentina. Una verdadera «epidemia olvidada» (Carbonetti, 2010a). No obstante, suscribiendo a la idea del presente como terreno de la historia que interroga al pasado a partir de los fenómenos contemporáneos, fue durante la pandemia de gripe A H1N1 de 2009 que la gripe española despertó renovado interés en la agenda de investigación en ciencias sociales. De ello da cuenta la fértil producción sobre las múltiples aristas que presentara el fenómeno en Argentina, ya de corte socio-demográfico (Carbonetti, Gómez y Torres, 2013; Carbonetti y Álvarez, 2017, entre otros) como

social y cultural (Carbonetti, 2010b; Carbonetti, Rivero y Herrero, 2014; Rivero y Carbonetti, 2016, entre otros).

De la revisita a pandemias pretéritas surge la posibilidad de un ejercicio comparativo con el fenómeno vigente. Proceder que tiene sus limitaciones pues uno de los procesos a contrastar es, por cierto, un fenómeno vivo, está en curso y, por ello, no solo se nos escapan datos, sino que la vorágine informativa en que estamos sumergidos solo admite reflexiones provisionarias. Por otra parte los eventos como pandemias son únicos e irrepetibles por el momento histórico, la sociedad en que se desarrolla, el marco político, económico y cultural. Según plantea Rivero (2020), en una lúcida lectura comparada de ambos eventos epidemiológicos, existen semejanzas y diferencias. Entre las primeras están algunas reacciones y sentires de sujetos individuales y colectivos. Tal, por ejemplo, las críticas que porciones del conjunto social y sectores de la oposición política expresan contra los gobiernos nacionales. A su vez, algunos comportamientos sociales responden –así antes como ahora– a un «miedo relativo», según señala Rivero, frente a la posibilidad del contagio. Las actuales movilizaciones «anti-cuarentena» tienen parangón con las expresiones públicas que se manifestaban en contra del cierre de bares y cafés y las procesiones religiosas, allá por 1918 y 1919.

Respecto de las discrepancias hay un factor que responde a las materialidades de la comunicación y el transporte. Sobre este último, sobran las explicaciones respecto de los cambios acaecidos en esta materia a lo largo del siglo que transcurre entre una y otra epidemia. Lo importante es, en definitiva, que los medios de transporte que hoy acortan distancias espaciales y temporales favorecieron la veloz diseminación del virus entre puntos extremos del globo. Y no solo el desplazamiento de la enfermedad es más rápido, también lo es el recorrido de la información de diversa índole. Bien lo sabemos, se mueven con velocidad datos e informes provechosos a la hora de producir conocimiento y tomar acciones y también, viajan con celeridad las *fake news*.

A la hora de buscar explicaciones sobre el porqué de estas enfermedades algunas miradas se dirigen a la búsqueda de culpables de tamaños flagelos. Si durante la «gripe española» ciertos discursos atribuían al fenómeno el carácter de castigo divino a propósito de lo

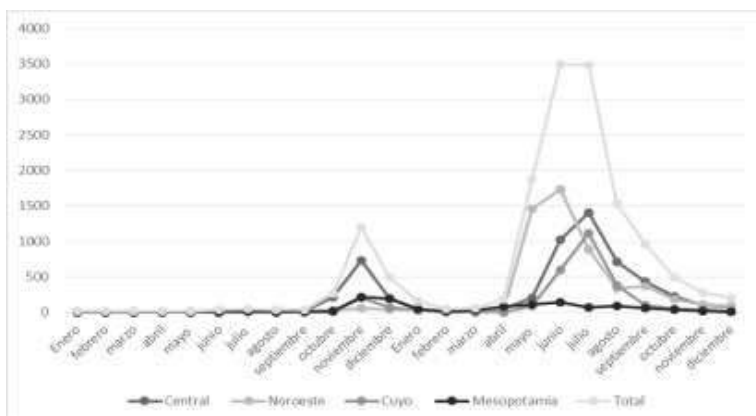
que estas narrativas consideraban comportamientos inmorales y reprecensibles, en la actualidad encontraron mayor arraigo teorías conspirativas de todo orden siempre dirigidas a la construcción de uno o más «enemigos» a quienes culpar y odiar, encarnados en los más diversos sujetos: extranjeros, pobres, lo exótico, la ciencia, la geopolítica, el comunismo, etc. Rivero también sitúa en esta línea a las teorías que atribuyen la responsabilidad del actual escenario a la conducta destructiva del ser humano para con el planeta. Esta lectura encuentra, antes que discrepancias, puntos de contacto con la idea de «castigo divino» que circulara hace más de un siglo. Pero quien castiga, ahora, es la propia naturaleza.

Si hay algo evidente en lo que a epidemias respecta es «el peso del número» (Braudel, 1984), esto es, los efectos demográficos que todas arrastran, es por ello que es ese un punto clave en el análisis de estos procesos. Así pues, si pensamos en las tasas de mortalidad de la «gripe española» y las del actual contexto, es viable, también, un ejercicio comparativo que, como bien señalamos, tendrá que vérselas con un fenómeno en curso cuyos datos son parciales y están en constante cambio. Una primera lectura a nivel global arroja cifras dispares. Frente a un total de entre 30 y 50 millones de muertos por «gripe española» en una población mundial cercana a 1800 millones, los decesos por covid-19 suman, al momento de la redacción de este texto, un millón y medio en una población de 7800 millones. El impacto en la tasa de mortalidad viene siendo, en este último caso, bastante menor que lo observado para comienzos del siglo XX. Pero caben mayores precisiones si tomamos por caso lo experimentado en Argentina, vastamente analizado por Carbonetti y Rivero (2020).

El Gráfico 1 revela los dos brotes de gripe española: el primero, entre octubre y diciembre de 1918, dejó como saldo unas 4197 muertes, siendo la región central la más afectada. La segunda oleada, en cambio, se extendió entre abril y diciembre de 1919 damnificando con intensidad a la región noroeste del país. El total de decesos entre ambos estadios llega a 20 700. Cifra que solo incluye datos de las provincias, no así los territorios nacionales. Una estimación para toda Argentina arroja la cantidad de 24 000 muertes. La variación en el impacto en la mortalidad entre ambos brotes radica, probablemente, en el factor climático-estacional: mientras la primera oleada

transcurre durante primavera y verano, la segunda se desarrolla, con vigor, durante el otoño e invierno, temporalidad más propicia para la circulación de la gripe y demás enfermedades respiratorias.

Gráfico 1: Muertes por gripe española en Argentina.
Total por regiones por mes. Valores absolutos, 1918-1919



Fuente: Elaboración de Adrián Carbonetti sobre la base de datos de Anales del Departamento Nacional de Higiene de la República Argentina. Buenos Aires, 1921.

El interrogante más acuciante que emerge de la lectura del gráfico radica en la heterogeneidad territorial. La diferencia entre la cantidad de muertes que se cuentan para la región del noroeste, por un lado, y la central, por otro, se ancla en las dispares condiciones socio-sanitarias entre ambas regiones. A partir de datos del censo de 1914 se constató el abismo que separó a estos dos espacios en lo concerniente a la cantidad de médicos, farmacéuticos, enfermeros y el número de salas hospitalarias por cada mil habitantes. Otro factor que acentúa las disparidades en las condiciones sociales es el porcentaje de población alfabetizada, contando Buenos Aires con mayor número de personas alfabetizadas, contrario al escenario observado para provincias como Salta.

El segundo elemento que coadyuva en la explicación de las variaciones espaciales es de carácter político-institucional. El de comienzos del siglo XX era un sistema fracturado, pues el Departamento Nacional de Higiene que actuó a nivel nacional no coordinaba con los Consejos Provinciales de Higiene que contaban, en el caso de la región Noroeste, con presupuestos escasos e insuficiente infraestructura. Este quiebre entre las escalas nacionales y locales se traduce, a su vez, en la problemática y limitada circulación de información entre el centro administrativo nacional y las provincias, haciendo que toda notificación relativa a las medidas a tomar para combatir la epidemia llegara con mucho retraso a las provincias más alejadas.

Lo anterior nos conduce a sopesar algunos factores que devienen fundamentales en esta mirada que transita diferentes temporalidades, pues manifiestan signos de continuidad a lo largo del tiempo. Por un lado, resulta evidente que los efectos de las epidemias de ayer y de hoy se acentúan en forma devastadora en poblaciones vulnerables, que habitan deficientes condiciones materiales y sanitarias. En el caso de la gripe española y su impacto en la región noroeste de Argentina se advirtió que no solo era precario el acceso a algún tipo de tratamiento médico profesional (expresado en la limitada presencia de médicos, enfermeros y farmacéuticos), sino también, dados los bajos niveles de alfabetización y la fractura político-institucional, era incierto el alcance de la información necesaria para poner en marcha medidas tendientes a evitar contagios. Si algo puede concluirse de esta experiencia pretérita es la importancia nodal de un sistema integrado de salud que coordine los medios materiales y causal informativo para luchar contra este tipo de flagelos.

Visto el impacto de la gripe española en las tasas de mortalidad y puestos a confrontar escenarios, nos preguntamos ahora sobre la incidencia del covid-19 en la mortalidad en Argentina.

Nuevo siglo, nueva epidemia

El inicio del año 2020 era esperado con optimismo, propio del cierre de una década que invitaba a comenzar un nuevo ciclo, más

próspero y prometedor. Argentina venía de un decenio marcado por el estancamiento económico, a pesar de los gobiernos de distintos signos políticos. La pobreza estructural, la informalidad laboral y el creciente endeudamiento externo del Estado se mantenían como lastres obstinados, difíciles de superar en un plazo previsible.

El año 2019 terminaba con indicadores socioeconómicos críticos: 9 % de desempleo, 13 % de subocupación, 36 % de la población urbana bajo la línea de la pobreza (48 % entre los niños), 54 % de inflación anual (INDEC, 2020), caída del Producto Bruto Interno del 3 % (CEPAL, 2019). En este contexto de fragilidad social y recesión económica llegó al país esta enfermedad «china», que parecía tan lejana como la prosperidad de algunas regiones del hemisferio norte.

El primer infectado por covid-19 fue detectado en el país el 3 de marzo, un turista que regresó de Europa y se encontraba en la Ciudad de Buenos Aires (CABA). Cinco días después se produjo la primera muerte por covid-19 en un paciente con enfermedades crónicas previas.

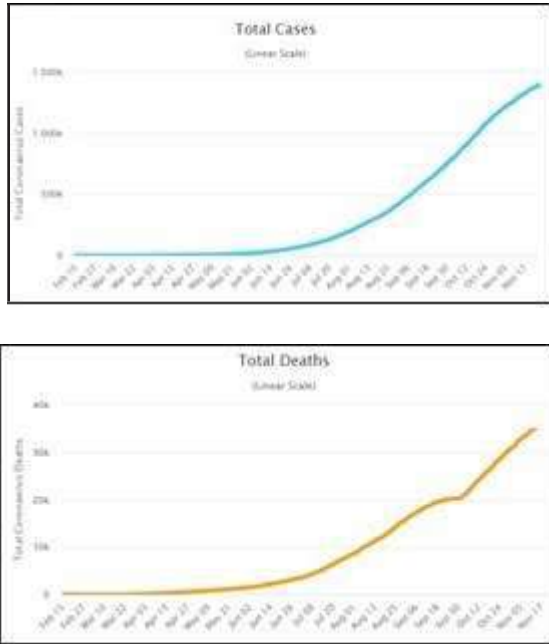
En la primera etapa (marzo 2020) la enfermedad se concentró en la CABA, los Partidos del Gran Buenos Aires y las ciudades más pobladas como Córdoba y Rosario. En las semanas iniciales el número de infectados comenzó a crecer lentamente (algunas decenas por día), y los fallecidos eran escasos.

El 20 de marzo el gobierno nacional dispuso el comienzo de la cuarentena estricta para todo el país por 14 días, con la suspensión de todas las actividades escolares y laborales y restricción de la circulación. Se trató de una medida inédita en la historia sanitaria argentina, no exenta de críticas ya que al momento de comunicarse la decisión el país registraba 158 contagios confirmados y 3 muertos en total.

Esta primera cuarentena fue prorrogada en varias oportunidades y gradualmente fue cambiada por la estrategia del «distanciamiento social preventivo y obligatorio», con apertura gradual de actividades laborales y comerciales, aunque con suspensión completa de actividades educativas presenciales. El resultado logrado por estas restricciones fue un incremento lento aunque persistente de los in-

fectados y fallecidos, gracias al alto acatamiento que tuvo la sociedad en las primeras etapas (Gráfico 2).

Gráfico 2: Contagios y defunciones totales acumuladas. Argentina, marzo-noviembre de 2020

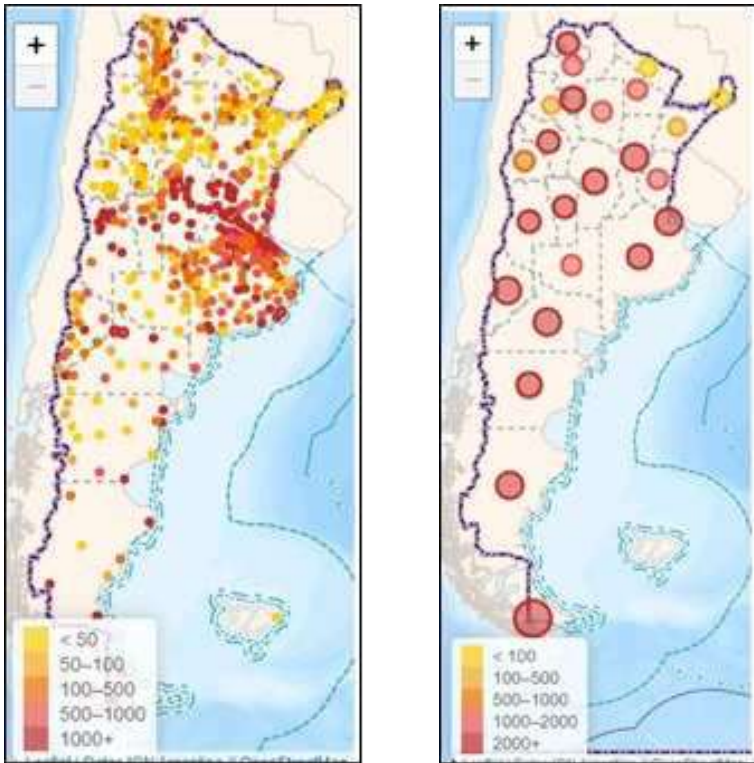


Fuente: <https://www.worldometers.info/coronavirus/country/argentina/>

En los meses siguientes la epidemia comenzó a difundirse por el interior del país, primero a las grandes ciudades y de allí a las localidades menores (Gráfico 3). En términos regionales se observó un brote temprano en la ciudad de Resistencia, que se extendió a distintos puntos de la provincia de Chaco. También fue evidente la diferencia social de las distintas jurisdicciones: mientras los fallecimientos en la CABA se observaban a edades avanzadas, en las áreas más pobres del Gran Buenos Aires, Chaco y Jujuy se registraron muertes a edades más tempranas.

El patrón demográfico de los infectados era diferente de los fallecidos: mientras las personas infectadas eran mayormente adultos jóvenes entre los 30 y 50 años, los fallecidos se concentraron en los adultos mayores. En ambos casos se observó una preponderancia masculina en la enfermedad; no solo los varones fueron la mayoría infectada, sino también los fallecimientos se produjeron a edades más jóvenes que las mujeres.

Gráfico 3: Infectados por covid-19 confirmados por Departamento y cada 100000 habitantes por provincia. Argentina, marzo-noviembre de 2020



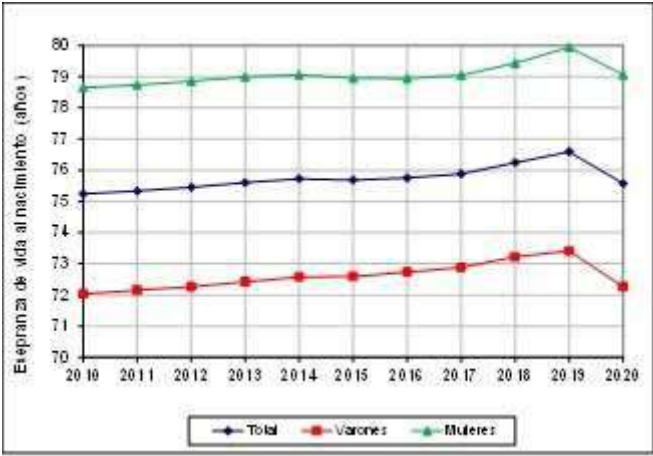
Fuente: Ministerio de Salud de la Nación, Sala de Situación Coronavirus online, <https://www.argentina.gob.ar/salud/coronavirus-COVID-19/sala-situacion>, 28/11/20.

Al cierre de este capítulo, Argentina contaba con un millón y medio de infectados y alrededor de 40 000 muertos por covid-19. La gradual apertura de las actividades laborales y sociales produjo un incremento más acelerado de la epidemia desde mitad de año. Si bien la letalidad de la enfermedad (porcentaje de infectados que fallecen) no superó el 3 %, las tasas de mortalidad continúan creciendo y el sistema sanitario está comprometido por la demanda de pacientes. A pesar que el 80 % de las muertes se concentraron en las provincias de Buenos Aires, CABA, Santa Fe, Córdoba y Mendoza, el impacto en otras puede ser significativo como en los casos de Tucumán, Salta, Jujuy y Río Negro.

Con los decesos registrados al 23 de noviembre la esperanza de vida al nacimiento en 2020 ya descendería 1 año respecto al valor esperado en condiciones sanitarias normales. Si se diferencia por sexos, el descenso sería de 0,9 año para las mujeres y 1,1 para los varones; representarían un retroceso a valores cercanos a los años 2017 y 2012 respectivamente (Gráfico 4).

Entre las mujeres las edades más vulnerables a la mortalidad por covid-19 se registran entre los 25-74 años de edad; en cambio entre los varones se ubican en los grupos de 35-74 años. Las mujeres menores de 24 años muestran niveles de mortalidad levemente superiores a los varones de las mismas edades (González, 2020).

Gráfico 4: Esperanzas de vida por total y por sexo proyectadas con estadísticas vitales y defunciones por covid-19 registradas. Argentina, 2010-2020



Fuente: Elaboración propia a partir de informes de estadísticas vitales 2009-18 y bases de datos del Ministerio de Salud de la Nación.

Hacia el mes de octubre el número diario de nuevos infectados y fallecidos comenzó a descender, especialmente en el área metropolitana. Se estaría entrando en un período de meseta semejante al observado en el hemisferio norte durante su temporada estival. Asimismo se estima que también podría producirse una segunda ola de contagios luego del verano austral, siguiendo el patrón septentrional, aunque la esperanza de la aplicación de las primeras vacunas augura un escenario epidemiológico más acotado para el año 2021.

Los interrogantes quedan abiertos; el fenómeno observado y vivido sigue en marcha. Continuaremos atestiguando esta coyuntura histórica que nos ha tocado vivir con el compromiso de pensar-nos como sociedad, local y global, buscando nuevos compromisos colectivos a partir de las fragilidades aprendidas en estos meses.

Bibliografía

- Arrizabalaga, J. (2020). «El “portador asintomático” en perspectiva histórica: el caso de Typhoid Mary». *Epidemias y salud global. Reflexiones desde la Historia*. [En línea] sehmepidemias.saludglobal.wordpress.com [Consulta: 26/06/2020].
- Bernabeu-Mestre, J. y Galiana Sánchez, M.E. (2020). «La perspectiva histórica de la dimensión social de las epidemias en la lucha contra la COVID-19». *Epidemias y salud global. Reflexiones desde la Historia*. [En línea] sehmepidemiassaludglobal.wordpress.com [Consulta: 26/06/2020].
- Braudel, F. (1984). *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XXVIII. 1. Las estructuras de lo cotidiano*. Madrid: Alianza.
- Bueno Vergara, E. (2020). «Del siglo de las fiebres a los tiempos de la covid-19: clima, enfermedad y estacionalidad». *Epidemias y salud global. Reflexiones desde la Historia*. [En línea] sehmepidemiassaludglobal.wordpress.com [Consulta: 26/06/2020].
- Carbonetti, A. (2010a). «Historia de una epidemia olvidada La pandemia de gripe española en la argentina, 1918-1919». *Desacatos*, N° 32, pp. 159-174.
- Carbonetti, A. (2010b). «Política en época de epidemia: La pandemia de gripe en Argentina (1918-1919)». *Espaço Plural*, Vol. XI, N° 22, pp. 57-64.
- Carbonetti, A.; Rivero, D. y Herrero, M. B. (2014). «Políticas de salud frente a la gripe española y respuestas sociales. Una aproximación a los casos de Buenos Aires, Córdoba y Salta a través de la prensa (1918-1919)». *Astrolabio*, Nueva Época, N° 13, pp. 66-96.
- Carbonetti, A. y Álvarez, A. (2017). «La gripe española en el interior de la Argentina (1918-1919)». *Americanía. Revista de Estudios Latinoamericanos* N° 6, pp. 207-299.
- Carbonetti, A. y Rivero, M.D. (2020). *Argentina en tiempos de pandemia: la gripe española de 1918-1919*. Córdoba: Editorial de la UNC.

- Carbonetti, A; Gómez, N. y Torres, V. (2013). «La gripe española y crisis de mortalidad en Salta, Argentina. A principios del siglo XX». *Historiolo*, Vol. 5, N° 10, pp. 269-300.
- CEPAL (2019). *Balance Preliminar de las Economías de América Latina y el Caribe. 2019*. Santiago: CEPAL. [En línea] http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/45000/124/BPE2019_Argentina_es.pdf
- Chesneaux, J. (1985). *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y los historiadores*. México: Siglo XXI Editores.
- González, L. M. (2020). Escenarios de mortalidad por COVID-19 estimados para Argentina en 2020 (actualizado al 23/11/20). Córdoba, inédito.
- INDEC (2020a). «Mercado de trabajo. Tasas e indicadores socioeconómicos (EPH). Cuarto trimestre de 2019». Buenos Aires: INDEC, Trabajo e ingresos Vol. 4, N° 1.
- INDEC (2020b). «Incidencia de la pobreza y la indigencia en 31 aglomerados urbanos. Segundo semestre de 2019». Buenos Aires: INDEC, Condiciones de vida, Vol. 4, N° 4.
- INDEC (2020c). «Índice de precios al consumidor (IPC). Diciembre de 2019». Buenos Aires: INDEC, Índices de precios, Vol. 34, N° 1.
- Rivero, M. D. y Carbonetti, A. (2016). «La “gripe española” en perspectiva médica: los brotes de 1918-1919 en la escena científica argentina». *Rev. Cienc. Salud*, 14 (2), pp. 283-295.
- Rivero, M.D. (2020). «Reflexiones en torno a pandemias de ayer y hoy. Revisitando el caso de la gripe española a propósito del coronavirus». *Claves*, Revista de Historia, Vol. 6, N° 10, pp. 309-316.
- Villar, P. (1997). *Pensar históricamente. Reflexiones y recuerdos*. Barcelona: Crítica.

La post pandemia y los posibles escenarios globales

Carlos Juárez Centeno
Gonzalo Ghiggino

Introducción

Richard Haas en su reciente artículo publicado en *Foreign Affairs* y que titula «*The pandemic will accelerate history rather than reshape it*» [La pandemia acelerará la historia en lugar de moldearla], sostiene que la pandemia y las respuestas a la misma revelaron y reforzaron las características fundamentales de la geopolítica de hoy, y que como resultado esta crisis no será un punto de inflexión sino más bien una situación más dentro las que hemos vivido durante las últimas décadas¹. Para Haas, «el mundo que emergerá de la crisis será reconocible. La disminución del liderazgo de los Estados Unidos, la vacilante cooperación global, la gran discordia de poder en todo el mundo, caracterizó el entorno internacional antes de la aparición de covid-19... y es probable que sean incluso características más destacadas del mundo que sigue»².

El autor en el mismo artículo argumenta que el mundo posterior a la crisis será uno en el que Estados Unidos dominará cada vez menos, precisando que poco más de una década antes de la aparición del virus se observaba la declinación del modelo norteamericano, y que, producto de las trabas políticas, la violencia y la responsabilidad en la crisis financiera de 2008, Estados Unidos se volvió menos atractivo alrededor del mundo³.

Vale enfatizar que el liderazgo norteamericano se basó en la idea neoliberal de la globalización. Esta es entendida por algunos

académicos como la fase más desarrollada del capitalismo, y deviene, según las palabras de Álvaro García Linera, en «el desenfreno por un inminente mundo sin fronteras, la algarabía por la constante jibarización de los Estados-nacionales en nombre de la libertad de empresa y la cuasi religiosa certidumbre de que la sociedad mundial terminaría de cohesionarse como un único espacio económico, financiero y cultural integrado, acaban de derrumbarse ante el enmudecido estupor de las élites globalófilas del planeta»⁴.

De ello dan cuenta, a modo ejemplar, los acontecimientos relevantes a nivel mundial, tales como el proceso de Gran Bretaña de salida de la Unión Europea (el denominado Brexit), la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca, la controvertida guerra en Siria, el estancamiento de las economías de países emergentes, las consecuencias de las graves crisis de refugiados que atraviesan a toda Europa, y el ascenso de fuerzas políticas de extrema derecha y del neofascismo, entre otros.

La catástrofe de la pandemia, causada por un nuevo coronavirus ha exacerbado estas tendencias de la globalización neoliberal, generado un replanteamiento del rol de los Estados Unidos y su capacidad por rehacer el sistema internacional. ¿Significa entonces que el fin del unipolarismo norteamericano y las consecuentes fricciones con China generará un cambio en la globalización neoliberal tal como la conocemos? Esta será la pregunta nodal que trataremos de responder en el presente artículo teniendo en cuenta la situación y las implicancias para la Argentina.

La crisis de la gobernanza global

Ignacio Ramonet en su detallado artículo «Coronavirus: la pandemia y el sistema mundo», expresa que la pandemia nos obliga a interrogarnos sobre el modelo económico social dominante y sostiene que «desde hace cuarenta años, la globalización neoliberal ha espoleado los intercambios, y desarrollado cadenas de suministro transnacionales. La crisis sanitaria ha demostrado que las líneas logísticas de aprovisionamiento son demasiado largas y frágiles. Y que, en caso de emergencia como ahora, los proveedores remotos son incapaces de

responder a la urgencia. Todo ello ha demostrado que, en muchos casos, la soberanía de los Estados es muy relativa»⁵.

Para Ramonet a las fuerzas antiglobalizadoras altermundistas existentes desde fines de los 90 que venían criticando a la globalización desde el humanismo y la izquierda, junto a los grupos nacionalistas de derecha surgidos en los últimos años, se les unirán las masas de personas descontentas por la dependencia de sus países a la hora de enfrentar el cataclismo del covid-19. Según el autor, «las presiones antiglobalizadoras van a ser muy fuertes después de la pandemia. En muchas capitales se cuestiona el principio de una economía basada en las importaciones. Diversos sectores industriales serán sin duda repatriados, relocalizados. Regresa también la idea de planificar. Ya no escandaliza el recurso a cierta dosis de proteccionismo»⁶.

No obstante, si bien es de esperar una fragmentación de la globalización y una búsqueda de mayor autonomía de los países, al menos en sectores considerados claves de la economía, se presenta difícil percibir cuán profunda será esa fragmentación y cuánta autonomía podrán adquirir los países. La economía mundial dividida entre sectores económicos beneficiarios de la globalización y los sectores perjudicados por la misma entrará probablemente en un período de tensión que no solo se dará entre Estados sino también fronteras adentro.

Aunque esto traiga tensiones, no parece una opción superadora reconstruir el *statu quo* de este orden global que tuvo como protagonista a los países desarrollados. En este punto el académico Amitav Akavia hace una interesante aclaración, en su artículo «*After liberal hegemony: the advent of a multiplex order*» [Después de la hegemonía liberal: el advenimiento de un orden múltiple], donde argumenta que el orden liberal fue, apenas beneficioso para muchos países en el mundo en desarrollo, y sostiene que debe ser visto como un orden internacional limitado en lugar de un orden internacional inclusivo⁷.

Pero a su vez, ser parte del orden imperante también trajo consecuencias funestas hacia el interior de los países desarrollados. Para el autor, el triunfo de Trump y el BREXIT sugieren que el desafío actual para el orden liberal es más interno que externo, y «la crisis del orden liberal tiene raíces más profundas debido a los cambios estructurales a largo plazo en la comunidad global y la política. El

ascenso de Trump al poder es consecuencia, no causa, del declive del orden liberal, especialmente de su incapacidad para abordar la preocupación de los constituyentes nacionales que quedaron atrás por los cambios de poder globales»⁸.

Según este autor, los pilares del orden liberal se sostuvieron en cuatro elementos: 1) el libre comercio, 2) las instituciones multilaterales creadas en la posguerra, 3) la expansión de la democracia a través del mundo, y 4) los valores liberales. Estos han sido cuestionados⁹ no solo por potencias, como China o Rusia, que en realidad nunca formaron parte de este orden, sino también en los países tradicionalmente liberales como los Estados Unidos y el Reino Unido.

Siendo el sistema cuestionado por sus principales e históricos impulsores, difícilmente se recupere o vuelva a tener la jerarquía que tuvo. Como argumentamos, reconstruir el sistema internacional basándose en uno que ya estaba en crisis por falencias propias parece una opción poco tentadora para países que han sido testigos de la falta de cooperación y de multilateralismo. Quien ha promovido estos principios para hacer frente a la crisis, paradójicamente, ha sido China.

De esto se desprende que, más allá del orden liberal, el multilateralismo y la cooperación serán esenciales en el sistema internacional futuro. Esto deja claro que el orden imperante desde la Segunda Guerra Mundial y consolidado tras el fin de la Guerra Fría, no es imprescindible para un mayor equilibrio global. Por lo tanto, puede suponerse que la crisis del sistema y la solución al problema de la pandemia podrán dar como resultado un mundo más diverso donde los distintos actores tengan un mayor margen de acción y no estén tan subyugados a un polo dominante. No obstante en este orden múltiple, tal como lo denomina Acharya, será necesario redefinir las prioridades globales y reconstruir las instituciones internacionales para dar lugar a un sistema más inclusivo y más diverso.

Esta redefinición dependerá, en gran medida, de las prioridades de los gobiernos que lideren el mundo post pandemia. Tanto en países periféricos como centrales se han producido cambios en la concepción del mundo y el rol que cada uno juega dentro del sistema, la crisis generada por el coronavirus puso en evidencia no solo la vulnerabilidad de los Estados sino también las capacidades producti-

vas locales. La reorientación productiva hacia el mercado interno y la desvinculación de la producción local de las cadenas globales cobran vigencia en la mayoría de los países.

La coyuntura del momento actual ofrece posibilidades de cambio que son para el intelectual filipino Walden Bello producto tanto de la crisis objetiva del sistema como de la fuerza subjetiva que puede actuar sobre la crisis. El riesgo está en la posibilidad que tiene cada fuerza político-ideológica de capitalizar lo que ofrece esta coyuntura. Para el filipino, la derecha nacionalista corre con ventaja dado que ha podido homogenizar las demandas de manera poli clasista, donde la identidad étnica y nacional en contra del otro y el inmigrante juegan un rol muy fuerte como canalizador de esas demandas¹⁰. Mientras que la izquierda por su parte se encuentra más dividida —y sin un liderazgo claro y homogeneizador—, entre aquellos que proponen un cambio más radical y entre quienes promueven las ideas de la socialdemocracia, desprestigiados por su pasividad y complicidad ante la globalización neoliberal que afectó duramente a los sectores sociales más vulnerables¹¹.

El contexto indica, como venimos sosteniendo, que el cambio en el sistema internacional presentará indefectiblemente grandes desafíos. En este sentido, tal vez estará determinado no solo por las fricciones entre países que avanzan y países que retroceden, sino también, y fundamentalmente, lo estará por gobiernos que entenderán las oportunidades de cambio en el sistema internacional para generar políticas inclusivas como por otros que buscarán promover políticas exclusivas, profundizando la división y la confrontación lo que, sin dudas, redundará en un mayor caos en el sistema internacional.

Estado y pandemia

Ciertamente, la pandemia también puso en evidencia la importancia del rol del Estado, ya sea hacia adentro para atender las demandas de la ciudadanía como hacia afuera para apostar a la cooperación para encontrar una solución global. En definitiva, la pandemia demuestra que es el Estado el único actor del sistema internacional que puede

afrontar el problema exitosamente. Inclusive los máximos defensores del liberalismo asienten en este punto, y para el caso podemos citar a Francis Fukuyama quien en una reciente publicación (también) en *Foreign Affairs* no solo justificó al rol del Estado sino que también fustigó al neoliberalismo.

En su artículo titulado «*The Pandemic and Political Order It Takes a State*» [La pandemia y el orden político necesita al Estado] el académico norteamericano afirmó:

Ya está claro por qué algunos países lo han hecho mejor que otros al enfrentar la crisis hasta ahora, y hay muchas razones para pensar que esas tendencias continuarán. No es una cuestión de tipo de régimen. Algunas democracias han funcionado bien, pero otras no, y lo mismo es cierto para las autocracias. Los factores responsables de las respuestas exitosas a la pandemia han sido la capacidad del Estado, la confianza social y el liderazgo. Los países con los tres —un aparato estatal competente, un gobierno en el que los ciudadanos confían y escuchan, y líderes efectivos— han tenido un desempeño impresionante, limitando el daño que han sufrido. Los países con estados disfuncionales, sociedades polarizadas o liderazgo pobre han tenido un mal desempeño, dejando a sus ciudadanos y economías expuestas y vulnerables¹².

El autor no solo pone énfasis en la relevancia del Estado, sino que se pregunta también cuál será la tendencia política que regirá estos Estados en el futuro ya que en esta situación claramente puede resurgir el fascismo o cuanto menos democracias mucho más vigiladas, lo que en cierta medida ya se observa en muchas de ellas. El punto nodal de lo que se plantea es que, en este contexto actual pandémico, podría ponerse fin a las formas extremas de neoliberalismo, la ideología de libre mercado promovida por economistas de la Universidad de Chicago como Gary Becker, Milton Friedman y George Stigler¹³.

Para el caso de la Argentina la pandemia demostró, por un lado, que el Estado está menos desarticulado de lo que se podía suponer, y esto le permitió al Gobierno Nacional aplicar políticas de prevención que resultaron positivas, en tanto que por el otro reflejó

cuán informal es la economía. Para ambos casos debemos considerar el grado de alcance de las instituciones, principalmente nacionales.

Desde la OMS destacaron, a comienzos de marzo de 2020, que la Argentina está llevando adelante medidas de manera rápida, audaz y con firme decisión que pueden cambiar esta curva de contagios de coronavirus a algo más plana y lenta. Tal es el grado de confianza generado por las instituciones locales que la misma institución seleccionó a la Argentina como uno de los diez países para participar del estudio «Solidaridad 1». Se trata de un programa coordinado por la OMS que contempla el estudio a nivel mundial diseñado con el fin de generar los datos sólidos que se necesitan saber para evaluar cuáles son los tratamientos más eficaces contra este virus¹⁴.

Históricamente, incluso con políticas de desmantelamiento de instituciones estatales, la Argentina ha tenido una articulación pública mucho más sólida comparada con los demás países latinoamericanos. La supervivencia a los años 90, se explica con las políticas expansivas implementadas por los gobiernos post 2003 que entendieron necesaria la recuperación del aparato estatal como salida a la crisis. Es así que tanto instituciones como las científicas y técnicas, así como las de asistencia social e incluso hasta las Fuerzas Armadas fueron fortalecidas y reconfiguradas con este fin¹⁵.

De esta manera tanto la investigación científica para detectar el virus, así también como la llegada de ayuda a los distintos sectores de la población en regiones del país a través de los diferentes niveles de gobierno (principalmente a través de la asistencia social) como de las mismas Fuerzas Armadas, fueron exitosas. No obstante el éxito, el funcionamiento institucional de la Argentina dista de ser ideal y quedan cuestiones a resolver en el futuro.

Esto abre el debate, tal como venimos analizando y que ya sucede en el resto del mundo, de qué Estado es el que se viene o más bien cuál es el que se impondrá. En este sentido, los cambios generados por la pandemia demuestran lo imprescindible de contar con un aparato estatal presente y con políticas públicas para el conjunto de la población. Pero esta discusión no puede darse si no se discute desde la política y sobre todo desde la economía, ya que será el

modelo económico que se encare en el futuro el que garantizará el alcance de las políticas gubernamentales de manera efectiva.

Para este punto la discusión dada sobre la relocalización productiva es clave, y no es algo propio de la Argentina sino de una tendencia global que fue puesta en cuestión a partir de la crisis financiera internacional del 2008/2009, pero en especial con la llegada a la presidencia de Donald Trump y el crecimiento de opciones políticas euroescépticas en la comunidad europea, Brexit incluido. En este escenario, el proteccionismo mundial y el nuevo rol que parecen estar tomando nuevamente los Estados nacionales como garantes de la generación de empleo y de estabilidad social vuelve a reflotar la idea de una mayor participación de las políticas públicas en la economía como forma de evitar las consecuencias más nefastas de la economía de libre mercado¹⁶.

A modo de conclusión: los posibles escenarios

La fallida política exterior norteamericana a partir de 2001, sumada a la crisis de 2008 así como la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca, afectaron el *statu quo* norteamericano tanto a nivel internacional como doméstico. La pésima respuesta al problema del covid-19 y los profundos problemas sociales demuestran cuán profunda es la crisis de los Estados Unidos. A esto se le suma la falta de liderazgo en política exterior, tanto para combatir a la pandemia como para solucionar otros problemas de índole geopolíticos, que sin dudas dejan el espacio para que las potencias ascendentes ocupen este lugar.

Sin ir más lejos, se observa la respuesta China a nivel global al problema de la pandemia, y el desarrollo ruso de la vacuna¹⁷. En este aspecto el experto en relaciones internacionales, Graham Allison, argumenta que el unipolarismo ya no existe y que los Estados Unidos debe redefinir su política exterior y promover nuevas esferas de influencias en lo que llama la «nueva era de la gran competencia» y así compartir el poder global tanto con Rusia como con China¹⁸. Por su parte, Joseph Nye también asume el fin del unipolarismo norteamericano y argumenta que, para restablecer el multilateralismo y el equi-

librio global, Washington debe pensar y actuar en términos de ejercer el poder «con» otros y no «sobre» otros¹⁹.

El punto esencial se encuentra en descifrar, por un lado, la respuesta norteamericana, que en el caso de Trump ha sido bastante cambiante y poco ortodoxa, respuesta que se hace aún más compleja o incierta dado que en 2021 puede haber otro inquilino en la Casa Blanca. Mientras que, por otro lado, lo importante es poder interpretar los intereses comunes entre las dos potencias emergentes, Rusia y China. Estas dos potencias, protagonistas en el nuevo escenario, generan un equilibrio de poder, que si bien no es absoluto como el de los Estados Unidos, le compiten económica y militarmente.

Antonio Guterres, Secretario General de las Naciones Unidas, admitió en este punto la dificultad de lograr una transformación significativa en los mecanismos de la gobernanza mundial²⁰. Para el funcionario sin la participación de ellas es imposible alcanzar cualquier consenso, y lamenta que las relaciones entre las potencias mundiales nunca fueron tan disfuncionales, y explica que hoy en día hay claramente dos potencias nucleares (EE. UU. y Rusia) y dos económicas (EE. UU. y China)²¹. Estos tres competidores, indudablemente tienen alcance global y son capaces de sostener y propagar proyectos estratégicos a nivel global, lo que a su vez, les permite forjar normas.

Pero estas normas, a diferencia del momento unipolar, se entrelazan generando un nudo de intereses en el que muchas veces compiten, pero en otros comparten. Sin ir más lejos, tanto los Estados Unidos como China tuvieron una relación simbiótica hasta hace unos años atrás, si bien la llegada de Trump y sus políticas generaron un quiebre en esta relación, no obstante, ello no implica que los intereses entre ambos se definan únicamente en términos de competencia. El nuevo escenario plantea un reacomodamiento donde, de ahora en más, los intereses chinos pasan a estar más en línea con los intereses rusos. La enemistad norteamericana con ambos solo profundiza la alianza entre Rusia y China, al tiempo que incrementa las tensiones en distintas partes del globo en especial en el este de Europa, como en el sur y este asiático.

Por otra parte, el continuo tironeo entre Estados Unidos y estas dos potencias sumado al cambio en el sistema internacional,

que implica un giro en las prioridades externas, pueden llevar a que estos vínculos se fortalezcan aún más en la década que comienza. Ya las implicancias del crecimiento económico chino, el creciente peso militar ruso, así como el avance científico demostrado por ambos países en medio de la pandemia, evidencian una dura competencia para Washington como sus tradicionales aliados.

El desafío pasa por definir el modelo de gobernanza global planteado tanto por Rusia como China, donde inevitablemente el Estado tendrá un rol clave. Por ello, es fundamental entender que hay nuevos jugadores a nivel global y que el mundo unipolar, liberal y Atlántico-céntrico está en franco declive. Visualizar el mundo tripolar o multipolar y descifrar cuáles serán los nuevos polos de poder es una tarea que tanto los países de la región como Argentina están obligados a hacer.

Nuestro pronóstico y respondiendo a la pregunta inicial es que, en los años venideros tanto las fricciones entre Estados Unidos y China, como el resurgir de Rusia, generarán un cambio en el sistema internacional y por añadidura en la globalización tal como la conocemos. Para el caso de la Argentina, la pandemia nos da la chance de discutir el modelo de Estado y de país, y de promover políticas públicas que apuntalen una mayor autonomía, sustentada en una política exterior que procure integrarse globalmente defendiendo los intereses nacionales.

Por lo que una anhelada salida para la post pandemia: en el ámbito de la política interna de cada nación, sea el fortalecimiento de un nuevo Estado, una versión actualizada del Estado benefactor, que articule políticas de desarrollo económico y social que se base en una ética de la solidaridad y el valor de la comunidad. En tanto que, a nivel internacional, un nuevo multilateralismo que, como en la post Segunda Guerra, refunde una sociedad internacional globalizada más democrática y promoviendo la cooperación internacional, que plasme el imperativo categórico de fundarse en valores que preserven la existencia humana y el planeta que nos cobija, respetuosa del Derecho Internacional de los Derechos Humanos. Se necesita un nuevo 10 de diciembre de 1948²².

Notas

¹ Richard Haas (2020). «*The Pandemic Will Accelerate History Rather Than Reshape It. Not Every Crisis Is a Turning Point.*» *Foreign Affairs*, Vol. 99 N° 2, p. 4.

² *Idem* 6.

³ *Idem* 7.

⁴ Álvaro García Linera, «La globalización ha muerto», *Página 12*, Diciembre 31, 2016. Recuperado 30 de abril 2020, <https://www.pagina12.com.ar/11761-la-globalizacion-ha-muerto>

⁵ Ignacio Ramonet, «Coronavirus: La pandemia y el sistema-mundo», *Página 12*, abril 29, 2020. Recuperado 30 de abril 2020, <https://www.pagina12.com.ar/262989-coronavirus-la-pandemia-y-el-sistema-mundo>

⁶ *Idem*.

⁷ Amitav Akaria (2017) «After Liberal Hegemony: The Advent of a Multiplex World Order», *Ethics & International Affairs*, 31 N° 3. 271–285, p. 272.

⁸ *Idem* p. 273.

⁹ *Idem* p. 274.

¹⁰ Walden Bello, «El mundo después del coronavirus: El impulso es hacia un sistema postcapitalista», *Página 12*, abril 29, 2020. Recuperado 1° de mayo 2020, <https://www.pagina12.com.ar/264898-el-mundo-despues-del-coronavirus-el-impulso-es-hacia-un-sist>

¹¹ *Idem*.

¹² Francis Fukuyama. (2020). «The Pandemic and Political Order. It Takes a State», *Foreign Affairs* Volume 99, N° 4, pp. 26-32, 26.

¹³ *Idem*, p. 30.

¹⁴ *Infobae*, «Para la OMS, «Argentina tomó medidas rápidas y audaces que pueden cambiar la curva del coronavirus», recuperado 28 de junio de 2020 <https://www.infobae.com/coronavirus/2020/03/21/para-la-oms-argentina-tomo-medidas-rapidas-y-audaces-que-pueden-cambiar-la-curva-del-coronavirus/>

¹⁵ *Infobae*, «COVID-19 y globalización: perspectivas a corto y largo plazo para el mundo pospandemia», recuperado 28 de junio de 2020 <https://www.infobae.com/def/defensa-y-seguridad/2020/06/27/covid-19-y-globalizacion-perspectivas-a-corto-y-largo-plazo-para-el-mundo-pospandemia/>

¹⁶ *Página 12*, «La crisis laboral marcha sobre ruedas», recuperado 28 de junio de 2020 <https://www.pagina12.com.ar/223309-la-crisis-laboral-marcha-sobre-ruedas>

¹⁷ Gonzalo Ghigginio y Carlos Juárez Centeno, «Rusia, definitivamente está de vuelta», *La voz del Interior*, miércoles 12 de Agosto de 2020, p.18. Recuperado 17 de agosto de 2020 [enhttps://www.lavoz.com.ar/mundo/definitivamente-rusia-esta-de-vuelta](https://www.lavoz.com.ar/mundo/definitivamente-rusia-esta-de-vuelta)

¹⁸ Graham Allison (2020). «The new spheres of influence», *Foreign Affairs*, Vol. 99, N° 2 (March-April), p 31.

¹⁹ Joseph Nye (2020). «After the Liberal International Order», Project Syndicate, p. 2.

²⁰ Noticias ONU, 25 de junio de 2020, «Guterres: Las relaciones entre las tres grandes potencias, Estados Unidos, China y Rusia, nunca han sido más disfuncionales». Recuperado 10 de agosto de 2020 <https://news.un.org/es/story/2020/06/1476602>

²¹ *Idem*.

²² Fecha en que se firma la Declaración Universal de los Derechos Humanos en el *Palais Chaillot* de París, adoptada por Resolución 217 de la Asamblea General de las Naciones Unidas (ONU).

Bibliografía

Akaria, Amitav (2017). «After Liberal Hegemony: The Advent of a Multiplex World Order». *Ethics & International Affairs*, 31 N° 3.

Allison, Graham (2020). «The new spheres of influence». *Foreign Affairs*, Vol. 99, N° 2 (March-April).

Bello, Walden (2020). «El mundo después del coronavirus: ‘El impulso es hacia un sistema postcapitalista’». *Página 12*, 29 de abril, 2020. Recuperado 1ro de mayo 2020, <https://www.pagina12.com.ar/264898-el-mundo-despues-del-coronavirus-el-impulso-es-hacia-un-sist>

Fukuyama, Francis (2020). «The Pandemic and Political Order. It Takes a State», *Foreign Affairs*. Volume 99, N° 4.

García Linera, Álvaro (2016). «La globalización ha muerto». *Página 12*, 31 de diciembre, 2016. Recuperado 30 de abril 2020, <https://www.pagina12.com.ar/11761-la-globalizacion-ha-muerto>

Ghiggino, Gonzalo y Juárez Centeno, Carlos (2020). «Rusia, definitivamente está de vuelta». *La Voz del Interior*, miércoles 12 de agosto de 2020, p. 18. Recuperado 17 de agosto de 2020 en: <https://www.lavoz.com.ar/mundo/definitivamente-rusia-esta-de-vuelta>

Juárez Centeno, Carlos A. (2020). «¿De qué hablamos cuando hablamos de globalización? Interrogantes sobre el escenario internacional actual en época de pandemia». Colaboración en el

libro por los 15 años de Nucleas, Alexis Toribio Dantas y María Teresa Toribio Brittes Lemos (comp.), Río de Janeiro, editorial UERJ, pp. 51-61.

Haas, Richard (2020). «The Pandemic Will Accelerate History Rather Than Reshape It. Not Every Crisis Is a Turning Point». *Foreign Affairs*, Vol. 99 N° 2.

Nye, Joseph (2020). «After the Liberal International Order». Project Syndicate.

Ramonet, Ignacio (2020). «Coronavirus: La pandemia y el sistema-mundo». *Página 12*, abril 29, 2020. Recuperado 30 de abril 2020, <https://www.pagina12.com.ar/262989-coronavirus-la-pandemia-y-el-sistema-mundo>

Diarios

Infobae, «Para la OMS, «Argentina tomó medidas rápidas y audaces que pueden cambiar la curva del coronavirus», recuperado 28 de junio de 2020 <https://www.infobae.com/coronavirus/2020/03/21/para-la-oms-argentina-tomo-medidas-rapidas-y-audaces-que-pueden-cambiar-la-curva-del-coronavirus/>

Infobae, «COVID-19 y globalización: perspectivas a corto y largo plazo para el mundo pospandemia», recuperado 28 de junio de 2020 <https://www.infobae.com/def/defensa-y-seguridad/2020/06/27/covid-19-y-globalizacion-perspectivas-a-corto-y-largo-plazo-para-el-mundo-pospandemia/>

Página 12, «La crisis laboral marcha sobre ruedas», recuperado 28 de junio de 2020 <https://www.pagina12.com.ar/223309-la-crisis-laboral-marcha-sobre-ruedas>

Noticias ONU, 25 de junio de 2020, «Guterres: Las relaciones entre las tres grandes potencias, Estados Unidos, China y Rusia, nunca han sido más disfuncionales». Recuperado 10 de agosto de 2020 <https://news.un.org/es/story/2020/06/1476602>

Pensar la teoría política en contexto de pandemia: discutir el significado del poder del Estado y sus efectos políticos

María Teresa Piñero

Introducción: Lo precario y el Estado

Desde el pensamiento político en general se advierte la necesidad de dar explicaciones y eventualmente hacer prognosis sobre este hecho social total de dimensión global que implica la pandemia.

La pandemia ha confrontado al sujeto al sentido de su vulnerabilidad, y de una inseguridad creciente y aterradora. Lo precario, como condición ineludible humana, aparece sin dar tregua, como si en pandemia fuera el propio ojo panóptico.

Esta vulnerabilidad, sin embargo, que hace vivir en estado de inseguridad es parte de la condición precaria inevitablemente humana. Condición que, siguiendo a Butler (2006), Lorey (2017) y otros autores, no es referida a términos antropológicos esencialistas o trans-históricos, sino en el sentido de condición constitutiva existencial de vida con otros. «La condición precaria designa la dimensión de vulnerabilidad de los cuerpos compartida existencialmente, de la que de nada sirve esconderse, no solo porque tales cuerpos son mortales, sino precisamente porque son sociales» (Lorey, 2017: 27).

Este concepto estuvo ligado a distintos campos en la teoría política, e interesa destacar el trabajo de esa línea en que lo precario aparece en distintas dimensiones vinculado a la biopolítica y al gobierno como horizonte subjetivo de «gobierno de sí» (Foucault, 2011). Estas formas de autorregulación –sujeto que toma en sus manos el

destino de acuerdo a una lógica de dueño de sí– da por supuesta su individualidad en un sentido autoprotectorio, y que al derivarse en lo que ya marcara Mac Pherson (1991) como «individualismo de posesión», dificulta la noción de la necesaria renuncia de lo individual para la construcción de lo colectivo.

La auto gobernanza biopolítica presupone una individualización en la que el sujeto –tomando la manera del poder pastoral de Foucault– se constituye en arreglo a relaciones imaginarias consigo mismo en una ilusión de independencia y autonomía. Pues cabe aquí recordar que esto es el efecto de las profundas fisuras constitutivas en el sujeto de la formación moderna. Por ello lo precario y sus formas (la precarización y la precariedad como gobernanza) se vinculaban a los modelos de Estado y sus capacidades de regular la inseguridad, amenaza, vulnerabilidad e incertidumbre.

La segunda condición de lo precario, la precarización siguiendo las categorías que desarrolla Lorey (2017) refiere a los efectos de desigualdad y exclusión propios del neoliberalismo como sistema social y político. Esta línea trabajada desde perspectiva internacional por Bourdieu y Castell, aparecía como central en aquella época, y se planteaba cierta contradicción o tensión entre las posibilidades de las resistencias colectivas y la precarización. No era que a mayor precarización mayor posibilidad de resistencia colectiva. Todo lo contrario. La precarización podía anular la fuerza colectiva por la debilidad consustancial del concepto de lo precario.

En este sentido, en plena pandemia las derivas de la precariedad, lo precario y la precarización parecen activar la resistencia. En este momento la certeza de lo precario está formando una línea de resistencia capaz de activar las individualidades en formatos interpeladores distintos, pero nucleados alrededor de reclamos al derecho al gobierno de sí.

Se advierten movimientos de resistencias difusos –en tanto que aún no aparece un principio articulador capaz de equivalenciarlas con un sentido hegemónico a lo Laclau– y que tienen como objeto de interpelación al Estado en tanto se denuncia que amenaza con su ejercicio despótico la libertad individual.

Lo precario humano y sus formas de activación política en este contexto ordenan algunos interrogantes, entre otros: ¿Qué piden

los libertarios? ¿Qué unifica a los movimientos antivacunas y a los defensores de los valores neoliberales? ¿Cómo se agrupan significativamente los defensores de supuestas amenazas a la propiedad privada y los relativistas de la pandemia? ¿Qué puede contestarse frente a las afirmaciones de que uno de los problemas principales de la pandemia es el autoritarismo creciente de los Estados?

En todo caso lo que aparece de forma explícita es la discusión del poder del Estado articulado a una desafección a la política y a un cuestionamiento al accionar de los representantes políticos. En este contexto afloraron dos percepciones sobre la vida cotidiana: que el Estado no está pudiendo dar respuesta a la crisis o nueva normalidad y que los sujetos están recluyéndose en sus propias certezas de autopreservación.

En este punto la pandemia abre espacios para que la teoría política signifique su función, construya sentidos, acompañe procesos, intervenga desde su capacidad orientadora e interventora. La teoría política puede tener un papel activo en las derivas de lo precario.

¿Qué puede decir hoy la teoría política para dar cuenta de la brecha entre lo precario humano construido bajo el signo liberal y el poder del Estado?

Teoría y activismo

Primeramente cabe recordar el papel de la teoría política desde tiempos inmemoriales que es incidir en la construcción de los asuntos públicos. La teoría política a diferencia de otras teorías sociales, conserva un *ethos* ligado al poder de construcción, a la lucha y al conflicto. Ese es el núcleo de la política. Por eso toda teoría política es ideológica pues activa el uso del poder de las ideas para construir poder de incidencia de acuerdo a valores y formas predefinidas de cuál es y cómo se llega al «mejor» orden colectivo.

En el uso de las ideas políticas, Goodwin (1989) destaca el papel de los circuitos de circulación de las ideas políticas capaces de activar una praxis y de interpelar al ciudadano común y constituirse en motivo para la autorreflexión pues refiere de manera directa al

poder de cada uno y de todos para construir sus horizontes de vida social.

Es valioso en este contexto poner en primer plano nuevamente la distinción entre teorías que sostienen el *status quo*, liberales institucionalistas y las teorías críticas que tienen como *ethos* la emancipación de los sujetos (Cox, 1988) y las diferencias irreductibles en el papel que se le asigna a las mismas en relación a su misión ética. La pandemia, su dimensión precaria para lo humano y las formas de efectos políticos invocan «poner en primer plano teorías que articulen la dimensión ético-política de las reacciones a la pandemia con formas de resistencia política, pero en un nuevo plano, como lo es el terreno de las relaciones de fuerzas entre actores colectivos antagónicos. La teoría tiene aquí una misión en parte estratégica y en parte de promoción, vigorización y condensación conceptual de un *ethos* emergente» (Ramirez, 2020: 3). En las perspectivas críticas, la emancipación que propone la teoría es de las condiciones opresivas de la vida. Para ello es clave el trabajo de develamiento del discurso que orienta la acción social que produce el sentido común legitimado colectivamente.

Quizás ahora más que nunca, sea necesario retomar a Hardt (2018) en su propuesta de la militancia de la teoría. En su lúcido análisis sobre las críticas a la esterilidad de la teoría crítica en tanto incapacidad real de ofrecer herramientas para la transformación, proporciona una ontología, en la que la teoría, siguiendo a Foucault, es la superficie de la emergencia de un presente. Toma a Kant¹ en su idea de la crítica como la investigación de nuestro campo contemporáneo de experiencias. La tarea de la teoría es hacer el presente y por ende delimitar o inventar el sujeto de ese hacer, un «nosotros» caracterizado no solo por nuestra pertenencia a ese presente sino también por nuestra manera de hacer el mismo (Hardt, 2018: 20).

Frente a los argumentos que se han desarrollado, la primera estrategia que se plantea en consecuencia con la necesaria autorreflexión del sujeto situado a lo Foucault (2011), es una interpelación sobre el campo en el que desarrolla su discurso, el discurso que estructura su saber y el discurso que evidencia su saber.

Por ello para pensar estas cuestiones en el marco de lo precario humano, el Estado y su poder, se plantean dos perspectivas de

teoría política sobre los entes político centrales desde la modernidad en los Estados occidentales y que definen el marco de las tensiones políticas en la actualidad: El Estado, el poder, lo político, los ciudadanos, y la ética política.

Entendemos que existe un sentido hegemónico sobre el poder del Estado que produce disrupciones al momento de provocarse fuertes tensiones entre lo individual y lo colectivo.

Perspectivas institucionalistas vs. Perspectivas comunitarias

Planteamos la concepción institucionalista propia de la tradición liberal realista a través de Weber² y la comunitaria en la propia del pensamiento crítico decolonialista a través de Dussel³.

El institucionalismo liberal y su poder hegemónico

La perspectiva institucionalista de los entes políticos centrales representada en este caso por Max Weber ordena en general el discurso académico y el de la enseñanza sobre el Estado. Y presupone un modo de desprender en una red conceptual como sostiene Koselleck (1993) el resto de los entes políticos a él asociados. Esto implica que los sentidos sociales sobre democracia, ciudadanía, espacio público, derechos, y otros, se definen y vivencian en orden a esa red.

La capacidad de la perspectiva institucionalista ha sido la de lograr asociar las instituciones a una cierta antropología naturalista. En la perspectiva liberal racionalista moderna cuando nace esta concepción, el Estado se define por su poder de dominación, y se legitima en toda una línea de pensamiento político, y bastante generalizado en un «sentido común político» que presuponen una esencialista antropología negativa (Franzé, 2011: 14) y la justifican en la necesidad de que para afirmar lo político primero habrá que preguntarse en clave normativa si el hombre es bueno o malo. Esta corriente instala al Estado como instancia de dominación en orden a que es el que detenta el monopolio de la coacción física legítima. El poder del derecho de modelar y ordenar las conductas hace una clausura sobre

los componentes políticos. Así el poder aparece como inherente a la política como conducción desde un centro de dominación para encauzar voluntades dirigiéndolas hacia un proyecto institucional.

Esta versión es consustancial a la presentación del poder como la capacidad de obtener obediencia de otros. Es la forma más generalizada de enseñar el poder en las instituciones educativas, presentado por Caminal Badía (1996: 40) que plantea a la política como «actividad de gobierno de las situaciones, su dirección y control» y define al poder como esa «capacidad de imponer a los demás una definición de metas y un modelo de organización».

Entonces, esta concepción del poder como gobierno de los ciudadanos se ha generalizado en los discursos de las disciplinas, anclándola en ciertas concepciones de la política (como «gobierno de los otros») y en dimensiones de la naturaleza humana («instinto de dominación de unos sobre otros»). La política así pensada es casi una relación de mando-obediencia donde determinados grupos tienen la capacidad de imponer a otros su voluntad, de doblegarlos. Esta concepción clásica por pertenecer a otro momento histórico se emparenta con formas colonialistas, eurocéntricas y homocéntricas. Weber pertenecería a la ciencia política clásica, moderna, del siglo XX, parte de los «realistas políticos» de principios del siglo XX junto a Schmitt, Freud y otros (Gigli Box, 2007: 13) caracterizados por definir al Estado y la política por la posesión de poder (y no en función de criterios teleológicos).

Este carácter de dominación del Estado que presupone entonces un poder supremo, no se agota en la amenaza de la violencia, sino que introduce el principio de legitimidad legal racional como el único legítimo. Esto se anuda a la idea fuertemente extendida, sobre todo en el ámbito del discurso jurídico, de que *lo legal es legítimo*.

Así en el Estado Moderno un derecho racional, unificado e impersonal, de carácter general y uniforme, guía el accionar del cuerpo administrativo, al cual se someten los mismos funcionarios. Esto ordena las conductas de los ciudadanos favoreciendo que se obedezcan dichas normas en tanto ordenaciones impersonales y objetivas que son legalmente establecidas, permitiendo así la sistematización de los procesos hacia dentro del Estado y evitando la utilización de criterios arbitrarios en base a las relaciones personales.

En el autor lo político se define extensionalmente, así es toda clase de actividad humana directiva autónoma y de allí va de suyo la aspiración a participar del poder o influir en el reparto del mismo. Pero más aún, siguiendo a Gigli Box (2007), lo que define su idea de la política es la lucha. En Economía y Sociedad –siguiendo a la autora– Weber afirma que la lucha es cuando la acción se orienta por el propósito de imponer la propia voluntad contra la resistencia de la otra u otras partes (Gigli Box, 2007: 23).

Es claro que en esta concepción la libertad de los sujetos se entiende en forma negativa, es decir, definida por su oposición contra el Estado para impedir el avasallamiento proveniente de su dominación. Cualquier intento de pensar la emancipación de los sujetos se ancla en «otro» que domina que es el Estado, y básicamente entonces la política es lucha. En esta concepción liberal institucionalista que puede rastrearse en todo el pensamiento doctrinario (Goodwin, 1988) la activación política y el núcleo de orientación para la acción colectiva encuentra en su sentido en definir una y otra vez al Estado como causante de lo precario.

Poder «como poder hacer» en tanto la política es construcción colectiva⁴

El otro discurso sobre el poder es originario de las perspectivas más críticas ligadas al decolonialismo hoy y al pluralismo estatal. Dussel, en este caso, propone un discurso basado en otra concepción antropológica sobre el poder; aquella que surge de un *querer-vivir* en comunidad proveniente de una *voluntad de vida* de los sujetos, tendencia originaria de todos los seres humanos.

Este el núcleo del poder de las comunidades, un *poder positivo* a diferencia de aquel ya presente en Maquiavelo, Hobbes Lenin o Weber, que aunque con diferencias conceptuales diferentes, son herederos de una concepción del poder de la modernidad eurocéntrica, ligada a la conquista de América. Esto ha hecho que el pensamiento político, como se sostuvo, la ciencia política, el derecho político, o como se llame todo intento de científicidad, definiera al poder como dominación ante obedientes, subordinados.

Esta otra perspectiva de teoría crítica entiende al poder no como dominación sino como la fuerza, la voluntad colectiva de los pueblos capaces de convertirse en sujetos políticos de los cambios y darse los liderazgos y las instituciones necesarias para llevarlos a la práctica. El *fetichismo del poder*, mal de esta época neoliberal es ínsito a la idea que el gobernante o quien ejerza poder se estima sede o fuente del mismo, entendiendo que en su subjetividad anida el poder⁵. «Se trata de una confusión subjetiva inconsciente en la que se entrecruzan la libido o placer del ejercicio despótico del poder sobre el otro, con la avaricia en la acumulación de sus bienes, y en el dominio erótico de sus cuerpos» (Dussel, 2006: 46).

La concepción que Dussel propone no es la de «mandar por mandato de representación» como en la idea liberal representativa, sino «mandar obedeciendo» que es bien distinto.

Mandar obedeciendo es reconocer que quien ejerce el poder no es su sede, ni su dueño, ni tampoco el representante del poder de otros. La noción de poder en Dussel es que está solo en la comunidad en tanto tiene la *potentia*; que es la voluntad de vivir anudada al otro en comunidad. Esta voluntad de vivir anida en toda singularidad; «los seres vivientes tienden a evitar la muerte, postergarla, permanecer en la vida» (Dussel, 1989: 23), y además el ser humano es gregario, es decir, originariamente comunitario.

Potentia (en su doble sentido de fuerza y de ser una posibilidad futura) se actualiza e institucionaliza (y se aliena, se desprende de sí) en la *potesta* que son los espacios, momentos, lo que entendemos por instituciones⁶.

Entonces, a diferencia de las posiciones institucionalistas liberales, el poder político en Dussel es el poder de la voluntad del pueblo emergido de sus múltiples consensos (no entendidos como acuerdos racionales necesariamente) sino de los que van lográndose en todas las instancias en que se ejerce el poder comunicativo «como lo describe Arendt» (Dussel, 2006: 25). La convergencia de los acuerdos hacia un bien común debe asegurarse por todas las maneras de interacción entre los sujetos a fin de permitir la expresión de sus necesidades y anhelos de las maneras más simétricas posibles.

El poder obedencial surge de la máxima «escuchar al que se tiene delante». Dussel explica que «en latín *ob* significa el tener algo

o alguien «delante»; *audire*, oír, escuchar, prestar atención. «Ob. edien-
cia» tiene como contenido el acto de «saber escuchar al otro» (2006,
p.36). «El que quiera ser autoridad hágase servidor».

El Estado es un aparato obediencial del pueblo y representa-
nte del pueblo, elegido por él, y que debe crearse además una
participación institucional que el Estado moderno no ha crea-
do. Nunca hemos creado instituciones de participación que
propongan a la representación los fines que controlen esa re-
presentación y que la destituyan en el ejercicio del poder si es
necesario (Dussel, 2017: 6).

Su fórmula de democracia participativa y Estado participativo
no es contradictoria a la representativa, pero hay que saber articular-
la. Plantea que esta es la revolución del siglo XXI: «Desde la Revolu-
ción Francesa no se sabe lo que es un Estado participativo y por eso
hay que inventarlo» (Dussel, 2017: 7).

Y siguiendo la noción de red conceptual, si el poder se piensa
y transmite de esa manera el resto de las construcciones políticas se
ligarán con otro sentido al liberal institucionalista. Para ello reco-
miendo leer las diez últimas tesis, segunda parte del texto de Dussel
(2006). Esto implica que los sentidos sociales sobre democracia, ciu-
dadanía, espacio público, derechos, y otros, se definen y probable-
mente se puedan vivenciar de otro modo.

A modo de conclusión

Si las emergencias sociales de la pandemia, en algunas de sus facetas,
ponen en cuestión el poder del Estado se hace necesario entonces
repensarlo en su constitución originaria liberal, y la dificultad de no
poder suturar lo que el efecto de sentido de esta ideología significa.
Así la tensión entre lo individual y lo colectivo y la percepción de que
todo lo público estatal implica renunciamentos individuales y sacri-
ficios personales intolerables debe ser puesto en escena nuevamente.
Quizás la teoría pueda pensar su función en relación a la forma en
que la epistemología dominante sobre el poder no discute lo político
y el Estado.

En los enfoques trabajados, la perspectiva comunitaria habilita pensar cómo el poder emerge de los pueblos; la institucionalista, del Estado y sus instituciones. En la comunitaria las mediaciones institucionales son el resultante de procesos de poder preexistentes, en la institucionalista esas mediaciones expresan el poder y lo vehiculizan. En la comunitaria prevalece una idea de democracia más participativa y en la segunda más representativa. La comunitaria abre más espacios de emancipación de los pueblos de la opresión en sus distintas formas. La institucionalista sostiene al Estado como centro unificado de decisiones. La una no niega la versión más pura de la otra. Así la comunitaria, representada en Dussel, se afirma en las instituciones, y la institucionalista estima que el poder deviene del pueblo. Sin embargo para la comunitaria las instituciones nacerán de las que el pueblo reunido en asambleas, espacios y lugares de acuerdos ofrezca como tales al Estado. En la institucionalista el Estado y sus líderes y representantes de un poder delegado definirán las mismas.

Ambas tienen una concepción positiva de la política. La corrupción de la misma la ligan ambas concepciones a la cuestión del poder y la reflexión que debe hacer el sujeto que lo ejerce. Invocan a la reflexión sobre los principios que deben ligarla; en la institucionalista se trata de principios políticos entendidos desde un realismo de prudencia, objetividad e imparcialidad pero que anida en el sujeto del poder. Apartarse de ello es desviarse del camino de la política como profesión que eligió un sujeto, tal como dice Weber (1989).

En la perspectiva comunitaria se trata de una ética normativa ligada a principios políticos de justicia social, y aquí el sujeto político manda obedeciendo lo que el pueblo requiere para no ser oprimido, ni vivir en una sociedad injusta. En la institucionalista se busca la obediencia a las instituciones y los hombres que las representan en representación de la ciudadanía.

En la comunitaria las instituciones y los gobernantes son mandados por el pueblo a obedecer.

En contexto de pandemia quizás podamos pensar una nueva ética teórica que deconstruya los sentidos dominantes de la teoría política hegemónica y su in-capacidad para construir la vida buena.

Adoptar una militancia teórica, pensar la parresía (ese particular «decir la verdad» trabajado por Foucault) como instancia de producción de la propia responsabilidad ética: «La *parrhesía*, pues, [abarca] el enunciado de la verdad y además, por encima de ese enunciado, un elemento implícito que podríamos llamar pacto parresiástico del sujeto consigo mismo, en virtud del cual éste se liga al contenido del enunciado y al propio acto de enunciarlo: soy quien habrá dicho esto» (Foucault, 2011: 81).

Notas

¹ Hardt refiere a los trabajos de Foucault sobre Kant. Más específicamente en la lección del 05 de enero de 1983 en Foucault (2011).

² Tomamos lo expuesto de las ideas del texto de Weber «Política y Ciencia» (ed. 1989, escritos los dos capítulos bajo la forma de conferencias independientes en 1917 y publicadas en 1919).

³ El pensamiento de Dussel sobre este tema lo analizamos centralmente desde el texto «20 tesis de política» (2006).

⁴ En este libro –de los tantos del autor– dialoga con las ideas de muchos pensadores, pero al mismo tiempo «va más allá de ellos» (2006: 30). En cada concepto Dussel refiere a su fundador o al que opone en su sentido: Spinoza, Bartolomé de las Casas, Marx, Deleuze, Arendt, Negri.

⁵ Fetichismo según la inversión formulada por Marx en la economía; como inversión espectral: lo fundado aparece como fundamento y el fundamento como fundado. Así en la idea de Dussel la inversión es que la *potesta* aparezca como fundamento de la *potentia* y no al revés.

⁶ La idea de que la *potentia* se objetiva o aliena en el sistema de instituciones políticas producidas históricamente durante milenios para el ejercicio de dicho poder (*potestas*), es análogo (siguiendo Dussel a Marx) a lo que ocurre en el campo económico al momento en que el trabajo vivo del trabajador se objetiva como valor en el producto. Dicha objetivación al transformarse en *otra* cosa se «aliena» (Dussel, 2006: 32-33).

Bibliografía

Butler, J. (2006). *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.

Caminal Badía, M. (1996). *Manual de Ciencia Política*. Madrid: Tecnos.

- Dussel, E. (2006). *20 tesis de política*. México: Siglo XXI.
- Dussel, E. (2017). «La única sede del ejercicio del poder es el pueblo». Entrevista a Dussel en revista *Palabra Pública*, N° 7. Universidad de Chile. [En línea] <http://www.libros.uchile.cl/files/revistas/DIRCOM/PalabraPublica/07-octubre2017/7/#zoom=z>
- Franzè, J. (2011). «Política y violencia en Rancière: ¿un vínculo implícito o discontinuo?». *Res Pública* N° 26. De la UCM. España.
- Foucault, M. (2011). *El gobierno de sí y de los otros. Curso del Collège de France (1982-1983)*. Buenos aires: FCE (Lección del 05 de enero de 1983, 12 de enero de 1983).
- Gigli Box, M. C. (2007). «Política y Estado en Max Weber». IV Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Goodwin, B. (1989). *El uso de las ideas políticas*. España: Ed. Península.
- Hardt, Michel (2018). «La Militancia de la teoría». *Theory Now: Journal of literature, critique and thought*, 18 vol. 1 N° 1, julio-diciembre.
- Heller, H. (1934). *Teoría del Estado*. Madrid: FCE.
- Kosselleck, R. (1993). *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Lorey, I. (2017). *Estado de Inseguridad. Gobernar la precariedad*. Madrid: Traficante de sueños.
- Macpherson, Ch (1991). *La democracia liberal y su época*. Buenos Aires: Editorial Alianza.
- Ramirez, C. A. (2020). «¿Para qué se necesita la teoría política en tiempos de pandemia?». [En línea]<https://razonpublica.com/se-necesita-la-teoria-politica-tiempos-pandemia/>
- Weber, M. (ed. 1989). *Política y Ciencia*. Buenos Aires: Ed. Leviatán.

Opinodemia: ¿discursos del saber o del creer?

María Teresa Dalmaso

1. La discursividad en tiempos de pandemia

En un artículo publicado en *La Libre Belgique* a propósito de la pandemia, el semiólogo belga Jean-Marie Klinkenberg manifiesta observar la «superposición de familias de discurso y su porosidad» y constatar que los distintos tipos de discursos se conjugan para formular un relato homogéneo de los acontecimientos. Según este investigador, este fenómeno no habría sido registrado hasta el momento por los estudiosos del discurso. Sin ánimo de contrariarlo, queremos señalar que nuestras investigaciones, que llevan alrededor de cuarenta años, han partido precisamente de la observación del entramado interdiscursivo que modela el sentido en toda sociedad, en cualquiera de sus momentos, aun cuando parezca exacerbarse en situaciones de crisis. Es esta constatación la que nos ha llevado a postular, siguiendo a Angenot (1989), la existencia de un discurso común que da forma al tejido discursivo y cuyas características particulares no pueden disociarse del momento socio-histórico en el que acaece.

En los últimos tiempos nuestro interés se ha dirigido hacia el discurso que podríamos denominar intelectual, es decir, proferido por emisores cuya formación como especialistas los autoriza a pronunciarse sobre determinados temas. Nos detenemos particularmente no en los discursos que podríamos considerar estrictamente de saber, sino en aquellos que, aunque proviniendo de enunciadores consagrados dentro de un determinado campo del conocimiento, se ca-

racterizan por su carácter predominantemente doxológico y por su deslizamiento hacia el orden de la creencia. Discursos que, en general, toman la forma de notas de opinión, de columnas periodísticas, de mensajes en las redes sociales o incluso de libros –los difundidos *instantbooks*–, pero también, con no poca frecuencia, de monografías y tesis académicas dentro del ámbito de las ciencias sociales y las humanidades. Es decir que, en el interior de ese espacio discursivo de corte ensayístico –al que denominaríamos con Angenot (1982) «Literatura de ideas» (p. 27)–, nos enfocamos en aquellos textos en los que se observa una tendencia a privilegiar las formas doxológico-persuasivas y, tal vez, hasta un cierto desdén hacia la posibilidad de plantear axiomáticamente sus presupuestos tópicos (Angenot, 1982:32-34). La influencia del discurso periodístico así como el de las redes, caracterizados por su celeridad, parece dominar el juego interdiscursivo, imprimiéndole una tónica particular, identificatoria de nuestra época.

La tarea metadiscursiva del semiólogo que se propone reconstruir el mapa socio-discursivo en la inmediatez de su acontecer no está exenta de dificultades, similares a las que enfrentan los especialistas cuya meta es dar cuenta de los sucesos en los que se ven envueltos. La complejidad de la tarea se replica en abismo. En el caso de los ensayistas, cuyo discurso se encuentra en el foco de la atención semiótica del presente trabajo, se puede observar que la escasa distancia temporal y emocional con los sucesos deja filtrar pasiones que resienten el análisis, puesto que sesgan la selección e interpretación de rasgos pertinentes. El riesgo que se corre al estar inmerso en la circunstancia que es sometida a examen cobra diferentes formas, entre ellas, el riesgo de leer los nuevos acontecimientos bajo la misma lente con que hemos mirado situaciones precedentes, sin alcanzar a elucidar qué es lo propio y lo diferente; o por el contrario, ver en ellos una novedad que no es tal (Angenot, 2010:26). Es decir, es difícil que el observador –desde la posición ideológica que le es propia y ante la urgencia– no sucumba, en menor o mayor grado, a la fuerza de la emoción que los hechos le despiertan, aun cuando con destreza argumentativa logre disimularlos.

Sabemos que la nota de opinión tiene sus propias reglas y la demostración no se encuentra necesariamente entre sus requisitos.

Recorriendo multiplicidad de publicaciones relativas al covid-19, nos encontramos en *Sopa de Wuhan* –óptimo ejemplo de *Instant Book*– con un artículo en el que la autora hace lo que podríamos considerar un rara y lúcida crítica y autocrítica (en tanto intelectual) sobre la amenaza que conlleva ese vértigo discursivo:

El pensamiento rápido y yoico, ese juego de la mismidad consigo misma que no hace más –ni menos– que defender trinchera es la opinión, que tanto se practica actualmente, probablemente porque vivimos, aunque sea débil y precaria, en democracia: al instante de haber sucedido algo, hay una plétora de opiniones sobre la cuestión que son muchas cosas y algunas útiles, otras no, pero no son ese pensamiento desde la hospitalidad que deja venir a lo que llega sino reducción de la realidad a los parámetros de la o el opinante, un ejercicio de doma de la otredad de lo real (Manrique, 2020: 154).

Podemos mencionar algunos de los que, a nuestro criterio, serían ejemplos palmarios de las consecuencias de esta dinámica discursiva (los que, por otra parte, ya han sido criticados abundantemente). Uno de ellos lo constituirían las precipitadas presunciones de Žizek, que parecen responder más a sus anhelos que a un análisis de la situación.

Pero quizás otro virus ideológico, y mucho más beneficioso, se propagará y con suerte nos infectará: el virus de pensar en una sociedad alternativa, una sociedad más allá del Estado-nación, una sociedad que se actualiza a sí misma en las formas de solidaridad y cooperación global... el coronavirus también nos obligará a reinventar el comunismo basado en la confianza en las personas y en la ciencia (Žizek, 2020: 23).

O la interpretación de Agamben, fundada en la desconfianza respecto de los sectores de poder, que lo lleva a alarmarse ante el alcance asignado por el Estado al covid-19. La sospecha que le suscita lo lleva a formular enardecidas advertencias respecto de la amenaza que se cierne sobre las libertades ciudadanas:

Una de las consecuencias más deshumanas del pánico que se busca por todos los medios propagar en Italia durante la llamada epidemia del coronavirus es la idea misma del contagio, que está a la base de las medidas excepcionales de emergencia adoptadas por el gobierno (Agamben, 2020a: 33).

2. Hablar en nombre de la razón

Autores como Badiou, Agamben y otros hacen referencia al alcance que cobra el *pathos* en circunstancias como las de una pandemia y a su vinculación con la emergencia de una suerte de pensamiento religioso que planea sobre el ánimo de la gente y que se sostiene en el orden de la creencia. Sin embargo, si bien ambos acusan el eclipse de la razón en los comportamientos discursivos y no discursivos, sus puntos de vista no tienen demasiado en común. En términos de Badiou: «Parece que la prueba epidémica disuelve en todas partes la actividad intrínseca de la Razón». Lanza, entonces, una apelación al buen juicio y a centrar la mirada en la especificidad de la infausta coyuntura, en la que se conjugan la naturaleza y lo social. Lo acuciante de la circunstancia lo induce a aceptar el papel protagónico de los científicos, así como a tolerar las medidas con sesgo autoritario dictadas desde el Gobierno. Intenta despegarse de las denuncias grandilocuentes y señala la sinrazón que afecta a su entorno intelectual:

leo demasiadas cosas, escucho demasiadas cosas, incluyendo en mi entorno, que me desconciertan por la perturbación que expresan y por su inadecuación total, francamente simples, en relación con la situación en la que nos encontramos (Badiou, 2020: 74).

Las observaciones de Badiou podrían aplicarse perfectamente a discursos como el de Agamben (2020b), quien, sin embargo, también hace un llamado a la razón cuando se alarma ante la incomprensible sumisión ciudadana al control estatal. Sometimiento que explica por la necesidad de religión y que, en las actuales circunstancias pandémicas, desplazaría la fe en Dios hacia el culto de la dimensión biológica. El temor a perder la vida estaría en la base del éxito de lo

que considera la tiranía estatal reforzada por la complicidad de los medios. Cabe preguntarse si la exaltada reacción de este estudioso no revela otra de las formas del miedo, miedo a la pérdida del control de la propia vida, a la pérdida de la libertad.

Por su parte, el periodista argentino Martín Caparrós se detiene igualmente en la necesidad humana de creer y en su desvío hacia la ciencia como producto de la crisis pandémica. El interés del discurso de Caparrós reside en que su apelación a la capacidad crítica fundada en la razón impugna la pretensión de demandar a las ciencias verdades infalibles, como las que proporcionan las religiones. Remarca que lo propio de la ciencia es la duda y, por ello, solo permite «creer que no se puede creer en nada, salvo en que creer es una tontería». Induce, no a invalidar una verdad con otra, sino a cuestionar toda verdad, sin que esto signifique caer en el relativismo. En su llamado a «reemplazar la creencia por la duda, por el pensamiento, por el deseo sin garantías» creemos descubrir no solo una alerta hacia el discurso doxológico-persuasivo, sino un reclamo de autocrítica. No podemos menos que evocar, aquí, el aserto de Peirce, recuperado por Andacht en una nota muy crítica sobre la manipulación del miedo por parte de los medios de su país, Uruguay: «sin ejercitar la ‘duda genuina’, esa irritación intelectual, no es posible emprender la búsqueda fructífera de la verdad».

Lo que nos ha inducido a referirnos a Badiou y a Caparrós en este punto es que, lejos de limitarse a poner el acento en el *pathos* que impregna la trama doxática de los discursos profanos, apuntan su crítica a enunciadores legitimados por un cierto saber especializado.

La recurrente apelación a la razón en los discursos examinados nos incita a reflexionar sobre la paradoja en la que pueden quedar atrapados muchos de ellos. Es que la férrea convicción en la lógica del propio razonamiento corre el riesgo de responder a un comportamiento del orden de la creencia. Tal certeza respecto de las propias ideas lleva a atribuir al discurso del otro, concebido como adversario, el carácter de irracional y de portador de la no verdad. Los alcances de la capacidad crítica se autolimitan si no incluyen el ejercicio autocrítico. Es decir, la capacidad de interrogarse permanentemente desde dónde y por qué se está construyendo el propio discurso como verdadero. En términos de Prieto (1975): a qué inte-

reses responden los rasgos que se están seleccionando como pertinentes. Si bien resultaría ilusorio pretender este acto reflexivo en el discurso profano, sería por lo menos deseable en el caso del discurso de los especialistas que toman como objeto al discurso profano, e inexcusable en el metadiscurso del semiólogo, cuyo objeto está constituido tanto por el discurso profano como por el del especialista.

3. La pasión y lo agónico

Como ya hemos señalado, en medio del clima de efervescencia –síntoma de un tiempo en que el sistema de producción intelectual no sale indemne de la compulsión productiva que domina el mercado del que, sin embargo, abjura–, los filtros autocríticos no alcanzan a activarse y, al conjugar doxa y emoción, el discurso se torna proclive a exacerbar posiciones extremas, ya sea en forma de presagios apocalípticos (Cfr. Agamben) o de fe promisoría en un avenir más venturosos (Cfr. Zizek). La vorágine pandémica actualiza tematizaciones vigentes, las vigoriza y alimenta su razón de ser. Una vasta gama de lugares comunes, de ideologemas, encuentran su oportunidad de ganar legitimidad. En un juego agónico, formas nominales como populismo, neoliberalismo y otras, recurrentemente quedan reducidas a meras etiquetas, vaciadas en su uso para descalificar y estigmatizar al adversario.

No obstante, durante el intento de ordenar la lectura de parte de ese fárrago discursivo, hemos encontrado, aunque son los menos, algunos discursos cuya estrategia argumentativa parece resistir al imperio de los «presupuestos irreductibles del verosímil social» (Angenot, 1989: 28). En ellos, el enunciador, aun sin negarse al entusiasta impulso de prescribir y programar, ejercita –con mayor o menor éxito– una distancia crítica y proyecta un paradestinatario reflexivo. Pero, los que parecen dominar la escena, son aquellos discursos en los que la pasión exacerba las marcas ideológicas y, en tono agónico, esgrimen verdades irrefutables. Esta estrategia discursiva que requiere la identificación ideológica entre enunciador y destinatario prefigura un prodestinatario (Verón, 1987: 17). Su éxito depende de la activa-

ción de las creencias y esto lo aproxima al discurso político o aún al religioso.

Los pronósticos sobre las consecuencias de la pandemia se ordenan en una línea de tensión. Por un lado, se encuentran aquellos que ven en ella el anticipo de un futuro cuasi apocalíptico y construyen un otro, los personeros del capitalismo, cuya amenaza los ciudadanos, atemorizados por el virus, no alcanzan a percibir. El enunciador, en tanto observador calificado, se erige en destinatario de un saber sobre el peligro. De ahí, la función primordial del componente descriptivo. Por el otro, emergen los vaticinios de quienes se aventuran a soñar con una toma de conciencia orientada a revisar la relación de los seres humanos con la naturaleza y a revertir políticas depredadoras. En este caso, el enunciador encuentra, en la desestabilización de la vida provocada por la irrupción del coronavirus, la legitimación de la lucha por imponer un cambio. Para lograrlo, formulan programas de acción. Pero, están también aquellos que, desde una perspectiva de corte fatalista, auguran que serán los efectos mismos de la pandemia los que precipitarán la transformación. La constante en estos discursos es la relación pedagógica que se establece entre enunciador y destinatario. Y, se supone, el Maestro es poseedor de un saber ‘verdadero’ que quiere y debe transmitir.

4. Entre el escepticismo, la utopía y la distopía

La irrupción del covid-19 ha sido el detonante para que las voces progresistas del planeta –fundamentalmente occidentales– redoblen sus fuerzas en contra del neoliberalismo, configurado como el verdadero enemigo. En este marco, el virus –devenido fetiche– aparece como su expresión metonímica. El lenguaje bélico con el que se alude al coronavirus aparece, así, ampliamente justificado. El estado de ánimo que se trasunta en los discursos examinados da cuenta del cuestionamiento a un sistema político y económico en crisis, percibido como perverso y destructivo, generador de incertidumbre e impotencia, pero también de rebeldía. La expresión de estos sentimientos se condensa particularmente en dos ejes temáticos: por un lado, el avance tecnológico, manifestación del capitalismo digital, y

su supuesta utilización para sojuzgar a los individuos y las sociedades y, por el otro, el modo de producción que destruye el equilibrio hombre-naturaleza. Ambos son percibidos en estrecha vinculación.

Unos y otros, estos enfoques que, marcados ideológicamente, activan interpretantes diversos en torno a la pandemia y sus consecuencias, coinciden en presagiar la inminencia de las transformaciones. (Cfr. Agamben, Žizek, Berardi, Gabriel). Implícita o explícitamente, conllevan la idea de un mundo en crisis que la pandemia hizo estallar. Es así que, en el panorama que avizoran quienes alertan sobre el recrudescimiento de las políticas de control que, ya instaladas en oriente avanzan sobre occidente, las fantasías distópicas de *Black Mirror* cobran el valor de profecías. Mientras que otros, aferrados a la utopía, presagian una revuelta contra el modo de producción capitalista, desenmascarado por la pandemia, y una inexorable marcha hacia «el buen vivir». En suma, en ambas lecturas, la crisis mundial precipitada por la pandemia representa un punto de inflexión en el devenir de la humanidad, una suerte de explosión, en el sentido lotmaniano.

4.1. La amenaza tecnológica

Como ya hemos señalado, gran parte de las tematizaciones agoreras en relación al futuro están estrechamente ligadas al desarrollo de la tecnología y al peligro que entraña para las libertades individuales, puesto que legitiman la instauración de un Estado controlador. Al resurgimiento del fantasma de un totalitarismo que se vislumbra amenazante y que, según Ramonet, está ligado a la globalización responsable de los ultranacionalismos, se une la desconfianza en torno a la manipulación de la tecnología desde los centros de poder. Las medidas de vigilancia puestas en marcha de forma planetaria durante la pandemia, potenciadas por la activación de la tecnología, incentivan oscuros presagios

El discurso de Agamben es uno de los más representativos de esta posición, baste con recordar el ejemplo citado con anterioridad. Para este filósofo, la política de control no hizo más que exacerbarse durante la pandemia, puesto que ya estaba instalada en la sociedad. Pero no solo Agamben, sino la mayor parte de los intelectuales apun-

tan con desconfianza a la imposición de los sistemas de monitoreo ciudadano puestos en marcha para enfrentar la pandemia (Cfr. Gabriel, Han, Preciado, Harari, Ramonet, entre otros). En ese sentido, Preciado sostiene que se está operando un pasaje del control disciplinario y arquitectónico a formas de control a las que él denomina microprostéticas y mediaticocibernéticas. Mientras Harari lo expresa en términos de corrimiento de una vigilancia epidérmica a una vigilancia hipodérmica.

Sin embargo, las posiciones al respecto varían, desde el rechazo absoluto a la pérdida de libertades ciudadanas (Agamben) a la aceptación de la necesidad impuesta por la contingencia (Cfr. Badiou, Malamud, etc.). El filósofo coreano Byung-Chul Han llega, incluso, a abrir la discusión sobre cuál de las dos metodologías de control empleadas durante la pandemia ha demostrado su mayor eficacia. Contrasta, por un lado, el procedimiento privilegiado en Europa, o sea el control territorial que toma la forma de cuarentena y, por otro, el control tecnológico desplegado preponderantemente en los países asiáticos y, basándose en los resultados, sentencia que, en la actualidad, la soberanía no reside en quien es capaz de cerrar las fronteras sino en quien controla los datos.

La proyección al futuro del poder que proporciona la tecnología se abre a distintas especulaciones. Así Harari, con un dejo de optimismo, se plantea la posibilidad de que las nuevas tecnologías también sean capaces de empoderar a los ciudadanos; mientras Malamud, con cierta preocupación, vaticina que esta aplicación «necesaria» del control digital hará que, una vez superada la pandemia, sobrevenga una menor resistencia a esos usos de la tecnología. En una tónica semejante, Serge Halimi intuye que el avance permitido por el coronavirus podría debilitar la resistencia al advenimiento del capitalismo digital. Ante este panorama, entre amenazador e incierto, Preciado, en tono prescriptivo, plantea la necesidad de «inventar nuevas estrategias de emancipación cognitiva y de resistencia y poner en marcha nuevos procesos antagonistas».

Por su parte, pensadores como Ramonet se han detenido en la función de las redes sociales en el marco del capitalismo digital, las considera en su condición de vehículo de otra suerte de epidemia: la infodemia (término acuñado por la OMS). Pone el acento en el he-

cho de que a través de ellas transita toda suerte de informaciones, no solo contradictorias sino falsas y tributan a la confusión e incertidumbre generalizada, puesto que se consagran como la arena privilegiada donde, fogoneadas por los *trolls*, se batan «diversas facciones para imponer un relato dominante sobre la crisis». En un sentido cercano, Badiou emite un juicio difícilmente rebatible:

las pretendidas «redes sociales» muestran una vez más que ellas son (además del hecho de que engordan a los multimillonarios del momento) un lugar de propagación de la parálisis mental fanfarrona, de los rumores fuera de control, del descubrimiento de las «novedades» antediluvianas, cuando no es más que simple oscurantismo fascista (Badiou, 2020: 83-84).

Un punto de reflexión interesante, referido a la distancia crítica y autocrítica indispensable para una lectura de los mensajes de las redes pero también de los medios, surge de la observación de que, en general, ambas facultades parecen perturbadas frente a las *Fake News*, ya que, en numerosos casos, la sensibilidad se exalta cuando emanan de sectores que lesionan la propia visión de la realidad; grupos antagónicos a los que se tiende a atribuir la exclusividad en la generación de *trolls* y de noticias falsas. En esos casos, el discurso reprobatorio refuerza su tono agónico, entendiendo que se trata de repeler los embates del adversario:

Hace años, muchos años que vivimos así. Desmintiendo. Aclarando. Creyendo algo que no sucedió. No es una batalla de dos bandos. Es uno, el que tiene los medios, el que ataca con mentiras. Y hay millones de personas que experimentan indignación, odio, recelo, desconfianza, ira y bajos instintos por cosas que son mentira. Eso era ya un desvío de la realidad (Sandra Russo, 2020).

4.2. La reivindicación ecológica

Como ya hemos señalado, entre los intelectuales para quienes el advenimiento de la pandemia ha operado como disparador para revitalizar sus críticas al neoliberalismo, dominan aquellos que apuntan al

modo de producción capitalista como responsable de la crisis ecológica que amenaza a la humanidad (Cfr. Gabriel, Han, etc.). Para fundamentar este diagnóstico Hazel París Álvarez traza la correlación histórica entre las distintas «fases de globalización y la expansión de las epidemias». Estos pensadores se enfocan en las causas de la actual situación y reflexionan sobre la necesidad de crear una nueva conciencia en torno a la relación del ser humano con la naturaleza (Cfr. Berardi) y, así, evitar consecuencias como esta pandemia, producto de la transferencia zoonótica del virus (Cfr. Ramonet).

Es así que las lecturas centradas en el papel deshumanizante que el desarrollo tecnológico es capaz de provocar pregonan el imperativo de torcer el rumbo. En tal contexto, el covid-19 es concebido como el producto inevitable de la crisis ecológica provocada por las desaprensivas políticas de producción implementadas por el capitalismo. Los pronósticos que se desprenden alcanzan desigual verosimilitud, aunque invariablemente convergen en la necesidad de combatir el régimen impuesto durante el Antropoceno y, por consiguiente, de reconsiderar y modificar la relación de los seres humanos con la naturaleza.

5. El cambio ¿fatalidad o conquista?

Las diferencias que hemos examinado se cruzan con las que observamos entre aquellos discursos que sostienen que el cambio es ineluctable y aquellos, más combativos, que arguyen que solo se logrará mediante la puesta en marcha de un programa de transformación. Es así que, en una zona de relativo equilibrio, encontramos a pensadores que, como Badiou, opinan (él lo hace en referencia a su propio país) que el cambio no va a ser consecuencia directa o necesaria de la pandemia. Esta convicción hace que su compromiso ideológico lo lleve a situarse en el orden del deber y a instar a aquellos que deseen un cambio real en el orden de lo político a

trabajar en nuevas figuras de la política, en el proyecto de lugares políticos nuevos y en el progreso transnacional de una tercera etapa del comunismo, después de aquella brillante de

su invención, y de aquella, interesante pero finalmente vencida de su experimentación estatal (Badiou, 2020: 83).

Es decir, plantea un programa de acción, ya que al igual que otros intelectuales (Cfr. Pablo Rodríguez, Alonso), pone en tela de juicio que una catástrofe, por sí sola, genere la metamorfosis de la sociedad. Federico Kukso refuerza esta idea al sostener, mediante una argumentación en la que explicita sus presupuestos tópicos, que la historia de las distintas pestes que han asolado a la humanidad no ha revelado transformaciones significativas. Mientras que, Malamud plantea que creer que nada será como antes es una exageración y advierte: «Las catástrofes pueden alterar las relaciones de poder, pero la naturaleza del poder es más resistente».

6. Una compleja red disciplinaria

Como hemos visto, la pretensión medida pero no claudicante de Badiou plantea la necesidad de aprovechar las circunstancias para reflexionar y desarrollar una planificación política con el objeto de enfrentar la pospandemia. Al tiempo que Ramonet, dando por descontado que la pandemia generará un rechazo generalizado hacia el hipercapitalismo, postula la necesidad de «reformular el contrato social», en aras de mayor solidaridad e integración social y expone la necesidad de un «ambicioso Acuerdo Verde como nueva alternativa económica mundial al capitalismo depredador».

Para lograr estos propósitos, se actualiza un pensamiento que desde hace tiempo frecuenta el campo de las ciencias sociales y las humanidades y, en particular, de la Semiótica y que refiere a la necesidad de ampliar las redes interdisciplinarias. Así, Harari sostiene que la indispensable crítica al capitalismo no puede lograrse sin el aporte de las ciencias duras, mientras que Rodríguez, entre otros, abona esta idea al plantear la necesidad de detenerse en el análisis de la relación «entre biología, medicina y política». En este contexto, no faltan voces como la de Gabriel, quien advierte que para conjurar el riesgo de seguir a ciegas a la ciencia y a la técnica, son indispensables las humanidades y el desarrollo de una educación ética. La ética no

queda fuera de esta apertura interdisciplinar, puesto que el examen crítico de la relación de los seres humanos con la naturaleza no puede soslayar esa dimensión.

Todas estas reflexiones parecen responder a la convicción de que, tal como lo señala Ramonet, «la pandemia no es sólo una crisis sanitaria. Es lo que las ciencias sociales califican de ‘hecho social total’, en el sentido de que convulsa el conjunto de las relaciones sociales, y conmociona a la totalidad de los actores, de las instituciones y de los valores».

7. Consideraciones finales

La lectura de una selección de textos escritos por intelectuales bajo el estímulo del estallido del covid-19 en países europeos, nos ha permitido observar la irrupción en el centro del discurso social occidental (permítasenos esta licencia teórica en la era de la globalización) de un discurso intelectual que si bien ya no habitaba la periferia, pugna por consolidar un espacio de mayor visibilidad. Se trata del discurso que antagoniza con el neoliberalismo dominante y que ha encontrado en la crisis pandémica el punto de entrada eficiente para arremeter en contra del sistema. De esto resulta el carácter fuertemente polémico y hasta, por momentos, panfletario de los alegatos (Angenot, 1982: 30-45).

El sistema contra el que los intelectuales se rebelan no deja incólume su propia producción. Transcurrimos una era en la que los mecanismos de la sociedad de consumo afectan también el modo de producción intelectual. La lógica de la urgencia se impone y se alía con el imperativo –claramente expuesto en los medios y las redes– mostrarse para ser. La identidad se construye y confirma por la palabra o la imagen exhibidas. Podríamos decir, no sin amarga ironía y parafraseando a Descartes, que la práctica intelectual sucumbe al: «opino, luego existo».

Esta circunstancia en la que el apremio y lo efímero rigen el circuito de producción, el discurso ensayístico potencia sus aspectos doxológicos-persuasivos, permite fluir libremente la emoción que

refuerza la mirada ideológica y deja poco espacio para una argumentación que explicita sus fundamentos.

La capacidad agónica de estos discursos privilegia el ataque contra dos males atribuidos al capitalismo: por un lado, el antropocentrismo depredador que pervierte la relación del ser humano con la naturaleza. Comportamiento que se traduce en desaprensivas políticas de producción, cuya consecuencia no se limita al exterminio de especies de animales y de plantas, sino que, como lo demuestra la emergencia del covid-19, no escatima la salud ni la supervivencia de la humanidad. Por el otro, la amenaza de pérdida de libertad a manos de un capitalismo digital que avanza a pasos agigantados en el desarrollo de instrumentos de control ciudadano cada vez más sofisticados. Ambos aspectos aparecen estrechamente articulados en la emergencia del coronavirus ya que se lo considera producto de la transmisión zoonótica y, como consecuencia de la velocidad de su expansión, impone no solo rígidos sistemas de aislamiento, la cuarentena, sino un estricto monitoreo para asegurar su cumplimiento así como la trazabilidad.

Todos estos discursos recogen las fuertes emociones que afectan el ánimo de la humanidad, tal vez de modo más pronunciado en occidente: el sentimiento de estar enfrentados a una crisis global que supera lo económico; la percepción de un mundo en decadencia cuya autodestrucción genera, al mismo tiempo, impotencia, rebeldía y desazón. En ese marco en que todo parece urgente y provisorio, la incertidumbre reina y la pregunta que se impone es ¿y cómo sigue?

Bibliografía

- Angenot, M. (1982). *La parolepamphlétaire*. Paris: Payot.
- Angenot, M. (1989). *1889. Un état du discours social*. Québec: Éditions du Préambule.
- Angenot, M. (2010). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Prieto, L. (1975). *Pertinence et pratique. Essai de sémiologie*. Paris:

Les Éditions de Minuit.

Verón, E. (1987). «La palabra adversativa». En AAVV, *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette.

Fuentes periodísticas

AAVV (2020). *Sopa de Wuhan*. La Plata: Editorial ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), Pablo Amadeo Editor. Versión on-line.

Agamben, G. (2020a, 11 de marzo). «Contagio». En *Sopa de Wuhan* (pp.31-34). Versión on-line.

Agamben, G. (2020b, 27 de marzo). «Reflexiones sobre la peste». En *Sopa de Wuhan* (pp. 135-138). Versión on-line.

Alonso, J. (2020, 15 de abril). «El derecho de narrar». *Hipermediaciones*. Versión on-line.

Andacht, F. (2020). «El nada discreto desencanto de la unanimidad». *Extramuros*, junio, Montevideo. Versión on-line.

Badiou, A. (2020, 21 de marzo). «Sobre la situación epidémica». En *Sopa de Wuhan* (pp. 67-78). Versión on-line.

Berardi, F. (2020, 16 de marzo). «Crónica de la psicodeflación». En *Sopa de Wuhan* (pp. 35-54). Versión on-line.

Caparrós, M. (2020, 23 de abril). «¿En algo hay que creer?». *New York Times*. Versión on-line.

Gabriel, M. (2020, 27 de marzo). «El virus, el sistema letal y algunas pistas». En *Sopa de Wuhan* (pp. 129-134). Versión on-line.

Han, B-Ch. (2020, 22 de marzo). «La emergencia viral y el mundo de mañana». En *Sopa de Wuhan* (pp. 97-112). Versión on-line.

Halimi, S. (2020). «Ya mismo». *Le Monde Diplomatique*, abril, p. 24. Buenos Aires. Versión on-line.

Harari, Y. (2020, 5 de abril). «El mundo después del coronavirus». *La Vanguardia*. Versión on-line.

Klinkenberg, J-M. (2020, 13 de mayo). «Cacophonie et inquiétude». En *La libre Belgique*. Versión on-line.

- Kukso, F. (2020). «Los caminos de la creación pandémica». *Le Monde Diplomatique*, abril, pp. 22-23. Buenos Aires. Versión on-line.
- Malamud, A. (2020). «La globalización en peligro». *Le Monde Diplomatique*, abril, pp. 10-11. Buenos Aires. Versión on-line.
- Manrique, P. (2020, 27 de marzo). «Hospitalidad e inmunidad virtuosa». En *Sopa de Wuhan* (pp. 145-162). Versión on-line.
- Paris Álvarez, H. (2020, 6 de abril). «La geopolítica tras el coronavirus». *Cuarto Poder*. España. Versión on-line.
- Preciado, P. (2020, 28 de marzo). «Aprendiendo del virus». En *Sopa de Wuhan* (pp.163-192). Versión on-line.
- Ramonet, I. (2020, 4 de mayo). «Coronavirus: la pandemia y el sistema mundo». *Página 12*. Versión on-line.
- Rodríguez, P. (2020, 7 de abril). «Lugares comunes ante el coronavirus». *Página 12*. Versión on-line.
- Russo, S. (2020, 23 de mayo). «Felicidad». *Página 12*. Versión on-line.
- Zizek, S. (2020, 27 de febrero). «El coronavirus es un golpe al capitalismo a lo Kill Bill». En *Sopa de Wuhan* (pp. 21-28). Versión on-line.

Cuidar, cocinar, limpiar. Transitar hacia la muerte en tiempos de covid-19¹

Alejandra Ciriza

Mi madre se fue en julio de 2020, a los 90 años.

Inteligente, bella y educada, cultísima, tuvo, dentro de los márgenes establecidos para las mujeres de su tiempo, una buena vida. Los últimos meses fueron difíciles. Varias caídas y una quebradura de cadera desmoronaron su cuerpo ya muy fragilizado. Entonces su vida empezó a consumir la mía, y las de otras personas. Con su vida no alcanzaba para la vida. Cuidar a una persona adulta dependiente implica aceptar que, como sabiamente señaló uno de mis hijos, ella no aprenderá una cosa nueva cada día, sino que más bien las irá perdiendo, como quien desgrana una fruta, una granada más precisamente, o irá tirando al agua los limones redondos de Federico. Y el agua no será de oro, sino de pena.

He cuidado a lo largo de mi vida, desde que era muy joven. Pero esas experiencias procedentes de lo que alguna vez nombré, para asombro de lectoras de Beauvoir, como el mundo de las mujeres, fueron las del sorprendente aprendizaje de los sentidos abiertos al mundo, de los nuevos nombres y las sabidurías escondidas en los cuerpos pequeños de mis hijxs, que me enseñaron miles de gestos y complicidades nacidos de la leche y el cuerpo materno. Ellxs trajeron a mi vida la ternura más extrema y el aflorar de miedos desconocidos

¹ Una versión levemente diferente fue publicada por *SinPermiso* el 11 de julio de 2020, a escasos días de la muerte de mi madre. Disponible en: <https://www.sinpermiso.info/textos/cuidar-cocinar-limpiar-transitar-hacia-la-muerte-en-tiempos-de-covid-19>

ante sus salidas intempestivas, o sus exploraciones audaces, que me enfrentaron a la fragilidad de sus vidas. Avatares de lo que Adrienne Rich nombró como la experiencia de la maternidad, con sus contradicciones de cólera y amor intensos.

Hay en el cuidar seres humanos y en la reproducción de la vida una densidad difícil de percibir para quienes viven en una sociedad dominada por la lógica mercantil del capitalismo. Como bien supo verlo Rosa Luxemburgo el capitalismo avanza sobre la base de la canibalización de otras formas de organización de las relaciones sociales a las que devora e incorpora subalternizándolas, utilizando a las personas como mano de obra gratuita merced la racialización y la sexualización, utilizando sus producciones como materias primas de novedosas mercancías para expandir el mercado. De allí la relación estrecha entre capitalismo y colonialismo, de allí la articulación profunda entre capitalismo, patriarcado y racismo. De allí la heterosexualidad obligatoria y las obligaciones de sexo y servicios de cocina y limpieza que pesan sobre las mujeres y personas feminizadas.

Es que merced a la división social, racial y sexual del trabajo la maquinaria capitalista, gobernada por la lógica de la ganancia, se apropia de diversas formas de trabajo gratuito. Expulsa el cuerpo y la materialidad de la vida: la necesidad natural y social de alimento, descanso, afecto, la mortalidad del cuerpo que somos, el lazo con otros y otras, lo que nuestras compañeras feministas de Abya Yala nombran como la comunidad. La escisión entre producción y reproducción invisibilizó el trabajo doméstico a la vez que lo feminizó y generó una forma de control sobre las vidas de las mujeres que articuló hondamente capitalismo y patriarcado. Edulcorado bajo la gruesa cobertura del amor romántico, el trabajo doméstico pasó a ser un servicio... de cama y cocina, de sexo y limpieza.

A medida que el capitalismo fue avanzando, en las últimas décadas, miles de mujeres migraron hacia el norte global para cubrir el puesto vacante que dejaban las blanqueadas a medida que ellas se incorporaban al mercado de trabajo. Las blancas, las europeas, las educadas, eran sustituidas por otras, migrantes, y por eso desaventajadas en el trabajo inevitable de lidiar con las necesidades corporales.

En su fase actual el capitalismo apuesta a la producción acelerada de mercancías inmediatamente desechables transformando al planeta en un inmenso contenedor de basura, acelera la apropiación del tiempo, desmaterializa las relaciones entre los sujetos merced las tecnologías de la comunicación y la información. Sin embargo, en ese mundo inmaterial en el que las fuerzas desatadas del desarrollo, las finanzas y el progreso apuestan a la extinción de lo real, la corporalidad humana resiste, empeñada en nacimientos, enfermedades y muertes, en sangre, carne y huesos, en olores y sabores. De eso trata la vida de los seres naturales y sociales que somos.

Los tiempos de covid-19 nos ubicaron en un registro para muchas personas desconocido. El virus operó de numerosas maneras. Confinándonos y aislándonos, hiper individualizándonos, si cabe, pero también como un revelador de las brutales desigualdades sociales, de lo escasamente comunes que son nuestras vidas. Los medios repiten discursos de «sentido común», el menos común de los sentidos, suponiendo que hay una «casa» donde refugiarse de la intemperie y permanecer a salvo del contagio, o a salvo del hambre, porque hay un salario, o a salvo de las enfermedades, porque hay un sistema de salud que responde, o a salvo de la distancia, porque hay conexión a Internet y dispositivos electrónicos. La vida, para las clases medias acomodadas, y ni decir para lxs ricxs, se llenó de Zoom, Jitsi, WhatsApp, mientras en las barriadas, para los sectores populares urbanos, se llenó de ollas y falta de agua, hacinamiento e intemperie, desocupación y, en el mejor de los casos, magros subsidios estatales.

La imperiosa y suicida lógica del capitalismo requiere de una virtualidad intensa para reforzar el mundo de la fantasmagoría. También de la invención de una nueva normalidad construida sobre la base del expolio de lxs trabajadorxs. Allí fuimos muchxs a aprender cosas insólitas como dar clases virtuales, como si fuesen «reales», a procurar resolver virtualmente cosas irresolubles. Inútil. Bajo la ficción de la virtualidad la máquina quebrantahuesos se apropia de miles de horas de trabajo gratuito bajo la ilusión de: estamos en casa, trabajamos en pantuflas.

Sería interesante una mirada precisa y determinada. ¿Quiénes pueden hacerlo? La mayor parte de las científicas mujeres han escri-

to menos que los varones y producido en condiciones peores que las habituales. Una larga lista de publicaciones da cuenta de esa desventaja. Los costos subjetivos del teletrabajo, en términos de estrés y presiones para quienes cuidamos seres humanxs, pequeñxs y viejxs, son feroces. Las formas de presentarlo en cambio edulcoran la pérdida de derechos bajo la ficción de las ventajas de la no-presencialidad, que solo ha estirado las jornadas de trabajo hasta límites insostenibles. Los beneficiarios del mundo de la mercancía sueñan con instalar un mundo en el que todo pueda ser reemplazado por convenientes e impalpables ficciones sin miseria, ni cuerpo, con un tiempo que ya no es siquiera el de los relojes, cuya imposición de todas maneras tampoco se hizo sin resistencias, sino el tiempo estirable de la virtualidad... Todo muy *soft*, mientras la vida se adelgaza hasta límites incalculables en un sistema en el que todo se calcula.

La pandemia también hizo visible el trabajo doméstico y de cuidado. Comer, limpiar, cuidar ingresaron como asunto de debate público y preocupaciones gubernamentales. De repente el trabajo doméstico y de cuidado fue nombrado como trabajo y miles de palabras sobre el asunto se reprodujeron en diarios, programas televisivos, radios, etc. Todo debidamente urbanizado y convenientemente blanqueado, transformado en una aventura de escobillones en manos masculinas y experiencias culinarias en personas que no lo hacían en forma regular, e incluso no lo habían hecho jamás. Esta ola de discursos sobre lxs trabajadorxs esenciales no ha impedido la explotación extrema de las cuidadoras reales. En Argentina salió a la luz a través de historias horribles de personas transportadas en baúles de autos de alta gama.

Muchas palabras sobre el cuidado no protegen a las cuidadoras reales, y digo las porque son mujeres racializadas y pobres, que cobran los peores salarios del mercado y pierden sus trabajos sin que se active ninguna forma de protección social. Ser «trabajadoras esenciales» no las hace esenciales en el momento de los derechos. Las leyes existentes apestan. Eso, por supuesto, no se debate. Por qué no tienen jubilaciones, y cobran miseria no es un tema. Y es que la pandemia llega bajo condiciones que no elegimos, como alguna vez señalara Marx a propósito de los avatares que, en 1848, llevaron al poder a Luis Bonaparte. La elegía del cuidado y la saturación de

discursos y debates sobre su significado no transformará la conciencia social sobre su importancia, ni abrirá un espacio para considerar la corporalidad y la mortalidad humana si no nos empeñamos en sostener una perspectiva feminista y anticapitalista. Y esto es así porque la maquinaria infernal del capitalismo no puede parar, y mientras la vida humana es frágil, vulnerable, marcada por la carnalidad del cuerpo y sus necesidades, se consume (la mía y la de mi madre, que terminó en esos días de julio, en el aislamiento y el encierro).

La inercia de la maquinaria demanda tiempo y trabajo, productividad y aceleración. No importa qué sea lo que te suceda. El automatismo ciego de los engranajes en marcha continúa generando inercias. Imposible pausar. No hay espacio para la muerte, para el cuerpo, para el duelo. Una opresiva sensación de suspensión me persigue en estos días. Es que incluso quienes desacordamos y llevamos años de puesta en cuestión de la insensatez productivista no podemos hallar el freno de mano.

Esta imposibilidad de pausa es hondamente personal a la vez que profundamente política. Si no indagamos en ella, si no nos preguntamos por los límites de este sistema bajo el cual se desencadena la pandemia y se nos incita a imaginar lo nuevo, lo que advenga lo hará bajo el sello de la productividad desenfadada que impone la lógica capitalista. Lo hará imaginando tiempos flexibles en beneficio de otros. Lo hará suponiendo que cada uno es un individuo aislado, y no un sujeto ligado a otros corporal, afectiva, socialmente. La clave se halla, a mi entender, en un freno de mano que nos permita detenernos a pensar el sentido de la productividad, que nos habilite a poner en cuestión el brutal expolio de la naturaleza en/de la cual vivimos, que desnaturalice el carácter individual de las posibles soluciones, e incluso la idea misma de que los seres humanos seamos individuos, que desprivatice el cuidado y la reproducción de la vida, que nos instigue a dudar de los beneficios de la virtualidad, puesto que nos está privando de la materialidad gozosa y trágica de la vida y de la muerte.

Maria Mies lo dice de un modo sencillo: el mundo virtual ha alterado nuestra manera de percibir arrasando con las conexiones que nos ligan al mundo material, ofreciéndonos a cambio un mundo ilimitado en el cual todo es posible, en el cual se han diluido las

fronteras físicas, incluso las que existen entre la vida y la muerte, y por lo tanto también la necesidad de los rituales, las despedidas, la morosidad del duelo en un país, en un mundo, donde a diario acontecen miles de muertes y de duelos causados por un virus que ha abierto para la humanidad un derrotero que es, hasta ahora, brutalmente violento e incierto.

Sobre lo que no sabemos: experiencias, subjetividad e interacción en tiempos de pandemia

Silvia Servetto

Sin embargo, ese no saber, esa inasibilidad, ese modo de escurrirse en el lenguaje sin poder detenerse en ningún lado, eso mismo es lo que empuja a escribir... Se escribe porque no se sabe, se escribe para no saber.

Alejandra Kohan, *Y sin embargo, el amor*

El 17 de octubre, mientras esperaba participar de la marcha virtual organizada por las agrupaciones peronistas, miraba por la TV pública argentina el programa cultural «Otra trama» conducido por Osvaldo Quiroga. En un segmento le realiza una entrevista a la psicoanalista Alejandra Kohan preguntándole qué la había impulsado escribir un libro sobre el amor. Me pareció interesante escuchar a alguien que hablase del amor en este contexto que abundan discursos y datos sobre la muerte, la enfermedad y la crisis. Decidí comprarlo, obviamente por internet. Me lo trajeron sin moverme de casa. Apenas leí unas pocas páginas encontré lo que comparto en el epígrafe. Si bien ella habla del amor, de su inasibilidad, de cómo se escurre en el lenguaje, aparecía sugerente la idea de unir el amor con la escritura: escribir porque no se sabe. Lo relacioné con la época, la pandemia, con lo que nos pasa y con las dificultades para poner una palabra «conceptual» que explique, interprete o comprenda los acontecimientos que pasan por el cuerpo. Porque no sabemos lo que nos pasa... escribimos.

Debo confesar que esas palabras me corrieron de ese lugar del supuesto saber que busca explicar la totalidad de los fenómenos acontecidos en esta coyuntura de aislamiento y distanciamiento social. Por el contrario, habilitaron para aportar un punto de vista, minúsculo, microscópico, sobre lo que no sabemos, pero nos pasa. De esas cosas elegí lo relacionado con la educación, no solo porque forma parte de mi experticia profesional sino porque allí se subvirtió el sentido y alcance de lo social. A partir de breves experiencias educativas en este contexto excepcional opté por dar lugar a preguntas, hipótesis y análisis de cuestiones preocupantes como la transmisión de conocimientos y su significatividad por parte de los estudiantes y, la alteración de las experiencias de socialización y subjetivación, en especial de jóvenes y niños. A veces en primera persona, otras en plural, en pasado o presente, que dan cuenta de una temporalidad en movimiento, comparto algunas apreciaciones de este transitar colectivo.

1.

Apenas iniciado el año académico 2020 se impuso el aislamiento social, preventivo y obligatorio (ASPO) en todo el territorio argentino debido a la pandemia conocida como covid-19. Esto produjo un hecho inédito en la asistencia escolar de todo el sistema educativo lo que ha tenido por efecto que millones de niños, niñas y jóvenes quedaran sin clases presenciales. La experiencia en las universidades se sumó a este suceso extraordinario donde docentes y estudiantes debimos aprender de la noche a la mañana a manejarnos con clases no presenciales, virtuales y a distancia.

El inicio de las clases a través de entornos virtuales resultó desbordante y, por efecto, caótico. Hubo directivas de adecuar programas, reducir bibliografía, modificar el formato evaluativo, imaginar nuevas formas de transmitir el conocimiento de una materia, crear alternativas de interacción, etc.; todo en una cadena de reacomodamientos súbitos, yuxtapuestos a los que atravesamos como ciudadanos y trabajadores: disponer de espacio en el hogar para el tra-

bajo «áulico», acordar horarios en el uso de la o las computadoras con otros integrantes residentes del hogar, mejorar o ampliar la banda ancha de red, etc. que nos obligó a proveernos de insumos tecnológicos que permitiesen adecuarnos al aislamiento y generar una rutina diferente a la acostumbrada.

Entre risas y desorientación nos fuimos acomodando. En parte. Lentamente aprendimos a hacer uso de la virtualidad, perdimos miedo, vergüenza o prejuicios con la pantalla; la imagen de sí mismo reflejada en el monitor y a hablar sin interlocutores presentes generaba una sensación extraña y de extrañeza que nos exigió superar timideces y reforzar la autoestima. Tuvimos que enfrentar la situación a como diera lugar y con lo que llevábamos puesto de conocimientos tecnológicos. Perdimos los referentes de gestos, ruidos, preguntas, comentarios, escenas espaciales, para estar allí solos con un texto, idea, concepto o autor, que, amén de esa fragilidad, demostraba cuán insuficientes pueden resultar las teorías para explicar las épocas de grandes incertidumbres.

Algunos echamos mano a la historia para encontrar allí procesos similares que nos permitiesen comprenderlo vivido; otros acudieron a la filosofía, la política o a la religión. Se culpó al capitalismo, la modernidad, al excesivo individualismo, la falta de fe, a chinos, a americanos y a la guerra bacteriológica. Surgieron grupos a favor de las medidas preventivas y grupos anticuarentena: responsables versus irresponsables, dóciles versus rebeldes, disciplinados versus indisciplinados.

Teorías conspirativas, apocalípticas, racionales y místicas, abonaron discusiones entre colegas y con estudiantes. Así, inmersos en un raro cotidiano, mixturado de pensamientos, reflexiones, argumentos, vivencias y responsabilidades, nos volcamos a cumplir con nuestras obligaciones laborales: ¿qué hacer?, ¿qué transmitir?, ¿qué era lo importante? ¿conversar sobre lo que nos pasaba?, ¿seguir con lo planificado?, ¿qué se enseña en situaciones extraordinarias donde el sentido de la vida está en cuestión? Difícil poner una palabra allí donde impera un vacío. No la nada sino el vacío de significante que obtura un acto de significación al tiempo que abre la posibilidad de uno nuevo (Laclau, 2011). Ante ello, muchos optamos por continuar

con lo programado, darle un carácter rutinario, volverlo regular, a sabiendas que no era tal, pero, lo necesitábamos, en especial respetar días y horarios como si estuviéramos en el aula, como si fuera presencial. En parte como una necesidad que devolviera un poco de orden a algo que presumíamos anómalo.

Aprendimos a realizar videos caseros, powerpoint, enviar audios, realizar podcast, murales virtuales y a sintetizar clases previstas de cuatros horas a dos horas. Resignamos contenidos, bibliografía y, obviamente, modalidad de trabajo. De alguna manera, estudiantes y docentes, nos acomodamos a las clases virtuales, cuya interacción, si bien resultaba escasa, mejoraba acorde pasaban los días y las semanas. Probablemente algunos/as estudiantes claudicaron en el camino. Alejados del contacto con el otro, distantes geográficamente y en soledad, les resultaba difícil sostener el ritmo del estudio o contar con las condiciones materiales mínimas para participar de las actividades propuestas. Si los docentes sufrimos los cambios, muchísimo más lo hicieron los estudiantes, en particular los ingresantes. Transcribo dos fragmentos de relatos de ingresantes que expresaron sus pesares a través del aula virtual de una materia de primer año de las carreras de Sociología y Ciencias Políticas de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba:

Hola profe, en estos momentos es normal que queramos hablar y decir cómo nos sentimos así que gracias por compartir cómo se siente. Me siento privilegiada al poder quedarme en casa con todas las comodidades para poder estudiar desde acá y por suerte el trabajo o familia no son una preocupación para mí. Pero igual tengo una sensación fea dentro mío, me preocupa el no saber qué va a pasar, cómo van a estar las cosas después, cómo me irá en la facultad porque al ser el primer año me cuesta adaptarme un poco, etc. Pero a pesar de eso, intento enfocarme en lo que tengo y quiero hacer en el día, así no pienso tanto a futuro y distraigo mi cabeza. Espero que esto dure lo que tenga que durar para que después estemos la mayor cantidad de personas bien. Algo que hago, que personalmente me ayuda mucho, es hacer ejercicio, bailar, escuchar música y dedicarle unas horas de mi día a eso; así me distraigo por un tiempito, le aconsejo que lo intente que hace bien. Le

mando un saludo y gracias por abrir este espacio (Eugenia, abril 2020, ingresante de Sociología y Cs. Políticas. FCS-UNC).

La verdad que me siento rara, como que pasan los días, ya no tengo en la cabeza que llega el fin de semana ni la cena ni la siesta porque todo da lo mismo. Me siento así, como que no siento nada. La verdad que me cuesta mucho pensar que (quizás) esté el otro año en 2do de la carrera recién adaptándome a la facultad, es algo que realmente nunca imaginé. Se me hace muy difícil el cursado virtual. El salto desde la escuela a la facu está siendo muy complicado para mí. Le mando un abrazo. ¡Espero conocerla más adelante! y ¡gracias por la propuesta! ¡En estos tiempos hace falta la comunicación más que nunca! (Sandra, mayo 2020, ingresante de Sociología y Cs. Políticas. FCS-UNC).

Difícil situación para estos jóvenes que esperaban expectantes iniciar los estudios universitarios, migrar a la ciudad capitalina o conocer nuevos compañeros. Difícil también construir un vínculo pedagógico desde la distancia y sin horizontes claros. Algo se logró, aunque queda por analizar los alcances y efectos logrados.

Otro tema delicado y que monopolizó la casi totalidad de las discusiones pedagógicas fueron las evaluaciones: qué y cómo evaluar en esta coyuntura resultó un problema de difícil resolución, de múltiples aristas y complejidades varias. Sobre la primera pregunta el problema fue la calidad e intensidad de lo enseñado/aprendido bajo circunstancias que rompen los parámetros vigentes. Con respecto a la segunda, las objeciones más recurrentes fueron acreditar la identidad del o la estudiante y el tráfico de escritos a través de las redes sociales¹.

Sin embargo, me permito la siguiente pregunta validar la identidad del o la estudiante para otorgar la acreditación produce duda. Ahora, en ese caso, ¿cuál sería la diferencia con respecto a la presencialidad? Se podría refutar que no escapa al mismo inconveniente, al fin de cuentas otro puede rendir en nombre propio, cualquiera sea la modalidad, en especial en carreras con un volumen importante de estudiantes o en asignaturas de los primeros años.

Otro argumento reiterado fue la sobrecarga horaria que requiere estar sentada/sentado frente a una pantalla tomando examen. Es cierto, pero, en rigor, la cantidad de horas frente a una pantalla es equivalente a las sentadas en un aula de los pabellones universitarios. Se plantea que no es lo mismo un aula que una pantalla, que no hay problemas de conectividad, que la comunicación es más fluida y no se produce esa tensión muscular de escuchar entrecortado. Sin desconocer estos argumentos, que también he compartido, quisiera agregar una lectura sociológica desde los aportes del sociólogo inglés Basil Bernstein porque, como estudioso de la transmisión y adquisición del conocimiento escolar en estrecha articulación con la apropiación de los bienes culturales según las clases sociales, ofrece pistas para reflexionar sobre la arbitrariedad del contenido curricular.

En uno de sus textos más reconocidos –*Clases, códigos y control*– escribió: «una sociedad que no oculta los mecanismos de selección, clasificación, distribución, transmisión y evaluación del conocimiento educativo refleja la distribución del poder y los principios de control social». Párrafos más abajo agrega:

El conocimiento educativo es el principal regulador de la estructura de la experiencia. Desde este punto de vista, se puede preguntar «¿de qué modo la transmisión formal del conocimiento educativo y de las sensibilidades evoca, mantiene y cambia las formas de experiencia, identidad y relación? (1988: 81).

Para él, el conocimiento educativo se expresa a través de tres mensajes, curricular (define el conocimiento válido a ser transmitido) pedagogía (define el modo a ser transmitido) y la evaluación (expresión legítima del conocimiento por parte del discente). En esta coyuntura, ¿cómo definir ese conocimiento válido?, ¿cuál sería?, qué sucede con esa relación entre conocimiento y experiencia ya que ambas han sido alteradas. Dilemas que enfrentó el colectivo docente, no solo en la especificidad de la asignatura a su cargo, sino sobre la legitimación de un conocimiento transmitido a los ponchazos y probablemente aprendido del mismo modo.

Si como dice Bernstein detrás de toda transmisión hay control (social y simbólico) sobre eso que se transmite, lo que sucede en la

actualidad pareciera ser lo contrario, una especie de «no control»: no sabemos lo que sucede, no sabemos lo que se recibe, cómo se recepta y en qué momento se realiza, en tanto lo asincrónico implica que cada quien regula sus propios tiempos. La virtualidad contribuyó a sostener las formas de los dispositivos pedagógicos, pero genera un vacío en la relación entre conocimiento y experiencia. Un control que se desvanece entre las manos y, por efecto, el orden que se reproducía a través del mensaje pedagógico comienza a tambalear.

Las dificultades pedagógicas en tiempos de pandemia se cuentan de a montones, unas sobre qué enseñar, cómo llevarlo adelante y qué evaluar, otras con el corte abrupto del vínculo pedagógico, constituido sobre la base de la presencialidad e interacción cara a cara. Bernstein (1990) señalaba que

el dispositivo pedagógico es el medio a través del cual el poder puede ser relacionado con el conocimiento y el conocimiento con la conciencia. De modo que el dispositivo pedagógico es el medio a través del cual se yuxtaponen poder y conocimiento. Es una actividad moral fundamental (p.103).

¿No será acaso que esta modalidad forzada a la que fuimos arrojados trastoca o cuestiona el control ejercido sobre las conciencias? Una falla² que se ubica en la imposibilidad del control sobre las conciencias. No falla el mecanismo de evaluación, el cómo hacer ni sobre qué hacerlo, sino qué queda de ello, los efectos de lo transmitido, el costado formativo de lo enseñado, esto es, lo que contribuye a configurar un sujeto determinado: el vacío.

2.

Pasa el tiempo y el encuentro presencial con los otros se posterga. Los lazos sociales se sostienen gracias a la tecnología que contribuye a soportar el aislamiento y/o distanciamiento: llamadas telefónicas, videollamadas, mensajes de texto, correos electrónicos, etc. Podría argumentarse que suplen la presencialidad, que son una gran ventaja y ayudan a sobrellevar la situación de encierro; sin embargo, la in-

certidumbre afecta los vínculos y la construcción de los lazos. La distancia no solo opera en el plano de lo territorial, sino que comienza a sentirse en el plano subjetivo. Todo *comienza a ser igual expresó* Sandra, joven estudiante de primer año universitaria, cuya experiencia educativa y social quedó truncada como la de muchos compañeros y compañeras. El contacto, la mirada, el murmullo, la pregunta ocasional, el diálogo, la interacción, el juego, el recreo, las risas compartidas, la chispa que genera la ocasión y desata complicidades, conversaciones cruzadas, etc. todo ello queda suspendido a la espera que en algún momento vuelva a ocurrir. Mientras tanto los procesos de socialización no se detienen, siguen su curso en pandemia y a pesar de ella.

La comunicación mediada por la tecnología ya es un hecho y vino para quedarse. ¿Cuánto tallará en nuestras vidas esos cambios? No en términos de cantidad, volumen, sino en profundidad, intensidad, de esas que llegan a transformar, incluso nuestras valoraciones sobre el mundo social e individual. ¿Se transformarán nuestras formas de interacción o socialización?

No lo sabemos, pero sí podemos dar cuenta que acontece, como en *Her*, película del año 2013 dirigida por Spike Jonze y protagonizada por Joaquin Phoenix: después de finalizar una relación dulcemente amorosa, el protagonista (Theodore) entabla un extraño vínculo con Samantha, asistente virtual, resultado de la inteligencia artificial creada a los efectos de cumplir deseos, intereses y necesidades de cada individuo que se conecta, en este caso, con ella, pero, bien podría cualquier ser otra «empleada» virtual de la empresa.

Theodore encuentra en Samantha una compañera perfecta, hecha a su medida: dialogan largas horas, está disponible todo el tiempo, en cualquier momento del día, lo escucha, no lo interrumpe y lo acompaña en cada uno de los sentimientos experimentados durante la jornada. Una voz sensible está ahí, en su oído, atenta, cautiva y a su merced. Del lado del espectador se advierte un hombre solitario que habla con su audífono, le cuenta sus secretos, angustias, dudas y miserias. Ríe, llora y se conmueve absorto en sí mismo. La sensación —amarga— es la de un vacío profundo, difícil de ser llenado o reemplazado por algo que no sea un alguien.

En todos estos meses de aislamiento social, preventivo y obligatorio, ¿No hay acaso temor a la pérdida de estas prácticas y forjar interacciones que poco tienen de humano?, ¿no nos convertiremos un poco en Theodore? El teletrabajo, las clases virtuales, la comunicación mediada por telefonía celular ¿no nos devuelven esa imagen de ensimismamiento? O, su efecto contrario, ¿no nos lleva a decir y hacer un mundo que ya no lo es?

Estas preguntas aún no tienen respuestas y probablemente no las tengan en el corto plazo, asistimos a los cambios mientras escribimos sobre ellos y será necesario tomar la debida distancia para no aventurar futurismos. En todo caso se pueden señalar ciertos temores a efectos de observar prácticas y discursos que, de manera condicional, no pasan desapercibidos, por ejemplo, aprovechar las medidas sanitarias de aislamiento/distanciamiento, implementadas a nivel mundial, que contribuyen a minimizar la expansión de la pandemia, con el objetivo de expandir un nuevo orden económico basado en el mercantilismo de bienes y servicios, concretamente, la educación. Cuando «quedarse en casa» sirve para instalar la educación a distancia, el consumo de cursos, congresos, conferencias, a menor costos y con más ganancias o beneficios.

A propósito de Antonio Gramsci, Raymond Williams (2009) en su texto *Marxismo y literatura*, plantea que la mejor manera de volver algo hegemónico es transformarlo en una experiencia vivida, «una realidad experimentada», dotada de significados y valores (p. 159). La practicidad de realizar estudios virtuales desde el hogar, sentada o sentado en el sofá del living, sin perder tiempo ni dinero en movilizarse cualquiera sea la distancia, resulta de una comodidad o practicidad evidente que seduce hasta a los más desencantados. Cuando el cálculo económico se impone como estructurador de la vida social, es muy difícil luchar contra ella porque deviene en realidad fáctica.

Este riesgo no es novedoso, A. Puiggrós (2017) hace ya varios años denunciaba los peligros de una educación monitoreada por las reglas del mercado que nada tiene de humanista. Para ella existe una política que busca instalar la lógica mercantilista en la educación donde el blanco son los docentes y el vínculo docente-alumno. «Hay una clara intención de abrir las puertas del sistema de educación

pública a las corporaciones, a todas las ONG que quieran venir a prestarnos servicio, a todas las que quieran venir a dar cursos de formación docente» (p. 7).

La escuela resistió los embates de la privatización, era y es una de las pocas instituciones que conserva de manera casi pura una de las funciones claves más relevantes de la modernidad: la socialización, entendida como la producción de un sujeto social en relación con otros y otras, bajo un proyecto político que puede ser la inclusión, integración, formación para el trabajo, los derechos humanos o lo que cada época defina para su propia reproducción futura y colectiva. Hoy, la pregunta es ¿en qué deriva esta época aciaga?

Pierre Bourdieu (1994) en su texto *El Sentido Práctico* sostenía que «la incertidumbre que encuentra su fundamento objetivo en la lógica probabilista de las leyes sociales basta para modificar no solamente la experiencia de la práctica, sino la práctica misma, alentando por ejemplo las estrategias que apuntan a evitar el resultado más probable» (p. 159).

La incertidumbre provocada por la expansión de la epidemia, sin avizorar un horizonte claro para un futuro planificable, acoplada a cambios de prácticas y experiencias, nos sitúa ante la peligrosidad de romper con uno de los valores más preciados de la sociabilidad que es el encuentro con el otro.

Cierre

La pandemia deja efectos sociales, políticos y culturales, cuyas dimensiones aún no podemos dimensionar. En este artículo he intentado reflexionar sobre dos aspectos de la experiencia educativa que han resultado alteradas en este contexto: la relación con el conocimiento y la relación con el otro o la otra. Ambas tienen en común que constituyen experiencia y subjetividad y ambas dan cuenta de cómo esa constitución forma parte de un orden social.

En el primer caso a través de la necesidad de perpetuarse en una continuidad a ser transmitido. El conocimiento no es solo un acopio de información, autores, textos y conceptos, sino un modo

de estar, percibir e interactuar con el mundo. Eso es lo que hoy está suspendido, pero también en cuestión. ¿Qué mundo conocemos?

En cuanto a la segunda, preocupa la naturalización de la distancia social, la pérdida de referencia con el otro/otra. No el individualismo que forma parte del folclore moderno profundizado en las últimas décadas, sino el desconocimiento acerca de una otredad que pone en riesgo lo social como un todo.

Volver a las aulas, ocupar los espacios, recuperar la pregunta, serán desafíos a sostener para construir una socialización cuya textura pueda asirse no solo detrás de una pantalla.

Notas

¹ A finales del mes de septiembre se agregó un tercer inconveniente relacionado con la adulteración de datos del sistema guaraní que permitía acceder a documentos entregados por estudiantes, extraerlos y reemplazarlos por archivos en blanco. Un problema legal gravísimo para la seguridad y privacidad de cada uno. Cfr. con correo electrónico oficial, @guaraní.unc.edu.ar el 20 de octubre del 2020.

² Recupero aquí la noción de falla de E. Laclau no como error sino como dislocación en la estructura. Para el autor lo social está constituido por una falla originaria, marcada por una «indecibilidad» que impide la constitución plena del sujeto. Extraído de https://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1984-64872011000200003

Bibliografía

- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Bernstein, B. (1988). *Clases, código y control*. España: Akal.
- Bernstein, B. (1990). *Poder, educación y conciencia*. España: El Roure editorial.
- Kohan, A. (2020). *Y sin embargo, el amor*. Buenos Aires: Paidós.
- Laclau, E (2011). «Conversaciones filosóficas. Entrevista con Etienne Balibar y Ernesto Laclau». *Revista Debates y Combates*, Año 1, N° 1. Buenos Aires: UNSAM.
- Peller, M. (2011). «Judith Butler y Ernesto Laclau: debates sobre la subjetividad, el psicoanálisis y la política». *Revista Sexualidad*,

Salud y Sociedad, N° 7, abril. On-line. Río de Janeiro.
ISSN 1984-6487 <https://doi.org/10.1590/S1984-64872011000200003>

Puiggrós, A. (2017). «La educación en disputa, retos y perspectivas en el siglo XXI». *Revista Páginas*, N° 8 (12) noviembre. Escuela de Ciencias de la Educación, FFyH-UNC. <https://revistas.unc.edu.ar>

Williams, R. (2009). *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las cuarenta.

Prevención, promoción y protocolos: reflexiones éticas sobre estrategias médicas

Darío Sandrone

Breve introducción

Erewhon, la novela que escribió Samuel Butler en 1872, transcurre en un lejano país en el cual impera un extraño sentido de la justicia. Allí, las faltas morales son consideradas enfermedades. Un robo pequeño, por ejemplo, es diagnosticado como una dolencia menor capaz de curarse con un par de días de reposo. En cambio, cuando alguien comete una gran estafa, por ejemplo, se considera que padece una enfermedad seria que requiere internación, medicación y un prolongado tratamiento médico. Por el contrario, los padecimientos del organismo son concebidos como delitos que se pagan en la cárcel. A las gripes y resfriados corresponden penas menores, pero quien posea una enfermedad terminal es condenado a pasar su vida entera (que por lo general no es mucho tiempo) tras las rejas. En consecuencia, la población ha desarrollado todo tipo de artilugios para ocultar las enfermedades y dolencias, como aquella señora que se excusó por la ausencia de su marido (quien se encontraba indispuesto) «alegando que al pasar por el mercado esa mañana había robado un par de calcetines» (Butler, 2012: 123).

Es posible que con esta ficción Butler haya querido resaltar un fenómeno real que se encontraba en franca expansión a finales del siglo XIX y que será un rasgo distintivo del XX: la ampliación del campo de influencia de la medicina. Ya no solo se ocupará de los

enfermos, en cambio, mutará hacia una disciplina más general, responsable también del seguimiento y control de los actos ordinarios de los sanos. Poco a poco, el saber médico se transformará en una nueva guía de la conciencia, que dicta reglas de conducta, censura placeres y envuelve lo cotidiano en una red de recomendaciones auxiliadas por una batería de fármacos sin comparación con el pasado. Como bien cuenta la médica y filósofa francesa Anne-Marie Moulin, esta expansión moral de la medicina encuentra justificación «en el conocimiento sobre el funcionamiento del organismo y en su victoria sin precedentes sobre sus enfermedades», aunque aclara que «el control de la medicina tropieza con el límite de la resistencia de la población a renunciar a su autonomía» (Moulin, 2005: 29).

Una síntesis clara de esa tensión que marca a fuego nuestro tiempo puede leerse en «La ciencia como vocación», aquel famoso discurso que Max Weber dijera en 1919. Allí, uno de los padres de la Sociología afirmaba:

La Medicina no se pregunta si la vida es digna de ser vivida o cuándo deja de serlo. Todas las ciencias de la naturaleza responden a la pregunta de qué debemos hacer si queremos dominar *técnicamente* la vida. Las cuestiones previas de si debemos y, en el fondo, queremos conseguir este dominio y si tal dominio tiene verdaderamente sentido son dejadas de lado o, simplemente, son respondidas afirmativamente de antemano (Weber, 1979: 209).

En definitiva, el médico puede decirnos cómo vivir más, pero no si vale la pena vivir. A este respecto se han presenciado muchas batallas culturales en la historia reciente. Una de las más representativas tal vez sea aquella que desencadenó Richard Doll en 1954, cuando demostró la relación entre el tabaco y el cáncer de pulmón. Sin embargo, aún hoy la gente fuma.

La tensión entre los imperativos sanitarios y la autonomía individual han convertido a la actual pandemia de covid-19 en un trágico foro donde se ha discutido intensamente el vínculo entre medicina, ética y política. En este breve ensayo no persigo otro propósito que articular algunas reflexiones que han propiciado algunos de estos debates. Me interesa sobre todo construir una mirada histórica so-

bre algunos aspectos puntuales que considero podrían aportar para pensar la actual situación y contribuir a establecer alguna perspectiva hacia el futuro. En el primer apartado exploro algunos aspectos epistémicos de la medicina que considero relevantes para abordar los debates sobre las políticas sanitarias en pandemia. En el segundo apartado hago foco en los conceptos de prevención y promoción como dos de las estrategias principales de la medicina contemporánea. En el tercero, abordo la cuestión de los protocolos médicos, que en muchos casos han sido blanco de críticas desde el punto de vista ético.

El recto conocimiento de las vísceras

Hace 450 años, el célebre anatomista flamenco Andrés Vesalio publicó su *De humani corporis fabrica*. Allí se quejaba de que, desde su punto de vista, la medicina estaba creando una casta de médicos ociosos dedicada a los libros y la teoría, «doctores de moda que, imitando a los antiguos romanos, empezaron a despreciar el trabajo manual» (citado en Rossi, 1970: 21). En esas páginas, Vesalio describió con cierto fastidio el proceso según el cual los médicos lentamente fueron delegando la preparación de los alimentos de los enfermos a los cocineros, los cuidados del cuerpo a los enfermeros y la dosificación de los fármacos a los farmacéuticos. Sin embargo, lo más extraordinario de sus reclamos tiene que ver con la invasión de los barberos: cuando los doctores comenzaron a negarse a realizar intervenciones quirúrgicas evitando correr riesgos, los barberos, ignorantes de los libros de anatomía, pero hábiles y atrevidos manipuladores de herramientas afiladas, comenzaron a ofrecerse para realizarlas. Del mismo modo que actualmente están de moda las barberías-cervecería, en aquel entonces pululaban las barberías-quirófano, en cuya entrada colocaban un poste rojo y blanco que al girar daba la impresión de que un hilo de sangre descendía por él. Esta expansión del negocio les dio a los barberos un peso gremial más allá de los límites de su especialidad. Para algunos historiadores, este proceso tiene que ver con el incremento de la teorización en la medicina que con ello se acercaba al estatus de ciencia. Vesalio, en cambio, estaba

convencido de estar presenciando un repliegue de la técnica que perjudicaba terriblemente a los médicos, justamente porque los alejaba de las cosas, de los cuerpos, de los padecientes, en definitiva, «del recto conocimiento de las vísceras» (citado en Rossi, 1970: 21). «El doctor», se quejaba Vesalio, «encaramado en lo alto de un púlpito, repite hasta el hastío noticias relativas a hechos que él jamás ha observado directamente, sino que se los ha aprendido de memoria en libros ajenos» (citado en Rossi, 1970: 21). Desde este punto de vista, los libros se presentaban como obstáculo del verdadero saber, antes que como su fuente. En consecuencia, una formación médica basada en la lectura era la peor de las decisiones, pues así «todo es mal enseñado, se malgastan los días en cuestiones absurdas y se les da a los alumnos menos nociones y más confusas que las que cualquier carnicero, desde su banco, podría enseñarle al doctor» (citado en Rossi, 1970: 21).

Sin embargo, esa retirada de las tareas manuales implicó simultáneamente una expansión hacia otras funciones sociales. Justamente, como veíamos más arriba, Weber identificó esa expansión que arrastró, además, una contradicción que no ha dejado de crecer. Cuanto más interviene la medicina en la vida de las personas, en sus decisiones, en las actividades que desarrollan, en la forma de gozar, de reproducirse e incluso de morir, más amplia es la justificación moral que requiere. Esto llevó gradualmente a la medicina a entrar en diálogo o confrontación con creencias y prácticas externas, provenientes de otras esferas del saber, de la religión o de la costumbre. En el siglo XX, cada vez con mayor frecuencia, cuando las posiciones en ese intercambio se tornaron irreductibles, fueron las instituciones y mecanismos de la política las encargadas de dirimir los conflictos. En ocasiones el Estado intervino para garantizar ciertos tratamientos que suponen la suspensión de algunas libertades privadas (como ocurre con la vacunación). En contrapartida, la vida pública asumió a la salud como uno de sus valores más preciados, y a los trabajadores de ese rubro como actores sociales claves a los que se les rinde todo tipo de tributos simbólicos que, vale decirlo, no siempre llegan al salario.

El médico, entonces, se ha convertido en un experto de todos los asuntos públicos y privados. Por eso mismo, en ocasiones a rega-

ñadientes, han tenido que abrirse al control de la sociedad civil y de las autoridades políticas. Moulin afirma que esa expansión fue posible a partir de la transformación del objeto de la medicina: de los enfermos a los potenciales enfermos. En otras palabras, «toda persona sana es un enfermo que se ignora» (Moulin, 2005: 32). Desde luego, este enfoque habilita un colosal negocio con un mercado casi universal: «en la sala de espera del médico, hacen cola 8000 millones de personas» (Moulin, 2005: 32). Pero también habilita un nuevo enfoque, la medicina preventiva, cuyo principal arte consiste en perturbar la paz y la tranquilidad de la población con señales de alarma con el propósito de proteger la salud colectiva. La epidemiología, como lo hemos visto de cerca en esta pandemia de covid-19, se transformó en una de las especialidades médicas más fuertes en esta línea, por lo tanto, es una de las que más hace para borrar la distinción entre sano y enfermo. Para muestra basta un botón: la cuarentena, que ha sido la medida sanitaria más expandida, no distingue entre infectados y no infectados, todos deben aislarse por igual. El riesgo, esa palabra esencialmente matemática y probabilística, ocupa el centro de la escena y opaca al propio virus. La distinción radical entre sanos y enfermos, entonces, es reemplazada por un degradé probabilístico entre «grupos de riesgo». Solo hay que encontrar a cuál pertenece cada uno.

La invisible propagación del virus (solo aprehendida con una serie de complejas estadísticas siempre falibles) y la indeterminación de sus consecuencias (nadie sabe con exactitud qué daños producirá en su organismo) se trasladan a una compleja dinámica de medidas precautorias que requieren cierto razonamiento abstracto y esquemático por parte de la población. Todos seguimos más ajustadamente las prescripciones sanitarias cuando entendemos lo que las motiva, pero no es fácil hacerlo cuando las manifestaciones del virus no son palpables directamente. Las consecuencias del virus no se ven en las calles porque es el sistema sanitario el que recibe toda la tensión y el impacto de la circulación del virus. Solo cuando este colapsa y los muertos se apilan en las calles, como lamentablemente hemos visto en algunos países, es donde se pueden apreciar los efectos. Pero el objetivo que tenemos como sociedad es justamente no llegar a eso. La comunicación de la ciencia, entonces, se torna estratégica y

fundamental, y requiere incorporar recursos materiales y humanos específicos.

Por otro lado, en estos meses hemos visto escraches a muchos trabajadores de salud por parte de sus vecinos. También hemos visto marchas exigiendo que se levanten las restricciones a la circulación de los ciudadanos por considerarlas autoritarias. Por lo general, ambos comportamientos han sido justificados por un concepto de libertad tan mezquino como individualista, que podría sintetizarse en el siguiente principio: «los enfermos y enfermeros aislados, los sanos libres». Es cierto que desde el punto de vista ético esa posición es inadmisibles, pero tal vez más grave aún sea que desde el punto de vista sanitario es incorrecta. Si hay más circulación, habrá más contagiados, solo es cuestión de tiempo. Quienes se dejan llevar por su situación inmediata no comprenden que la restricción de la circulación de las personas es solo un eslabón de un plan colectivo a mediano plazo para proteger la salud pública. Precisamente, uno de los principales argumentos de la medicina preventiva es que no tiene sentido estigmatizar al enfermo, y mucho menos al enfermero, a quien se lo ve como un potencial infectado. La salud y la enfermedad, lejos de ser entidades reales opuestas, asimilables al bien y el mal, son situaciones probables que se alternan y combinan dinámicamente en una población. La enfermedad no es, entonces, algo relacionado con la muerte, sino con todo lo que vive, y más aún con todo lo que vive en comunidad. Flaco favor le hacen estos libertarios de pocas luces a aquel ciudadano comprometido que tenía en mente Weber. Resistirse a las prescripciones sanitarias del Estado es un ejercicio crítico que debe ser incentivado, pero cuando se basa en la ignorancia y el egoísmo debe ser señalado y combatido.

Prevención y promoción

Moulin afirma que si la palabra clave del siglo XVIII era *felicidad* y la del siglo XIX era *libertad*, la del siglo XX fue *salud* (Moulin, 2005: 31). Un acontecimiento político y social con repercusiones mundiales respalda su afirmación. En 1949, la Organización Mundial de la Salud declaró a la salud como un nuevo derecho humano. En ese

sentido, llama la atención que durante la pandemia algunos desprevenidos hayan acusado a la OMS de «politizarse», cuando precisamente es una entidad esencialmente política que busca convencer a los mandatarios del mundo de que incorporen a la salud en la estructura presupuestaria y jurídica del Estado bajo lineamientos consensuados. Más allá de los posicionamientos cuestionables y los errores cometidos, esta empresa ha sido relativamente exitosa si tenemos en cuenta que el derecho a la salud hoy forma parte de la mayoría de las constituciones nacionales.

Nuestro país ha estado relativamente a la vanguardia en este sentido. El mismo año en que la OMS realizó la declaración del derecho a la salud aquí se fundaba el Ministerio de Salud Pública de la Nación bajo la primera presidencia de Perón, quien puso a Ramón Carrillo a cargo de la cartera. La creación del nuevo ministerio fue posible gracias a una reforma constitucional. Después del golpe de Estado de 1955 fue disuelto por Aramburu, restituido por Frondizi (1958), disuelto nuevamente por Onganía (1966), restituido por Alfonsín (1983), degradado a secretaría por Macri (2018) y ahora nuevamente restituido por Fernández. Sin embargo, y más allá de las idas y vueltas del Ministerio, fue a partir de una nueva reforma constitucional (1994), esta vez bajo la primera presidencia de Menem, que se les confirieron jerarquía constitucional a los tratados internacionales que reafirman el derecho a la salud. Entre estos se encuentra el Pacto Internacional sobre Derechos Económicos, Sociales y Culturales que insta al Estado a «la creación de las condiciones que aseguren el acceso de todos a la atención de la salud». También le ordena una medida que nos interesa particularmente en las circunstancias actuales: «la prevención y el tratamiento de las enfermedades epidémicas, endémicas, profesionales y de otra índole, y la lucha contra ellas»¹. En efecto, a partir de ese momento, proteger la salud de la población no es una opción para el Estado, es una obligación constitucional.

Sin embargo, pronto será evidente que por más poderoso que sea el Estado no puede garantizar la salud pública por sí mismo, necesita de la responsabilidad y la participación activa de la población. En esa dirección, desde finales de la década de 1970, la OMS impulsó un nuevo concepto, *la promoción de la salud*, que incorpora

un aspecto pedagógico e interpela a los diferentes actores sociales. Se insta a promover la buena alimentación, los análisis clínicos periódicos, los métodos anticonceptivos, el uso responsable de drogas y alcohol, en el mismo tono que tradicionalmente se promueve la literatura, el arte y el pensamiento.

También se promociona la práctica de deportes como una actividad intrínsecamente saludable. En el siglo XX el conocimiento y el desarrollo de la intimidad física adquiere valor propio. Sin dudas fue el siglo que legitimó el entrenamiento en interiores y proveyó una nueva metodología. El análisis aislado de las regiones anatómicas; el diseño de movimientos corporales sistematizados, mecánicos, precisos y repetitivos; la planificación de rutinas diarias; y, sobre todo, la incorporación del concepto de progreso físico: cada día requiere un esfuerzo mayor que el del anterior. En definitiva, se difunde la idea de que también en el interior de una habitación e incluso en la comodidad del hogar el cuerpo puede educarse, con paciencia, zona a zona, músculo a músculo. Como dirá el historiador francés Georges Vigarello, en el siglo XX asistimos al «triumfo definitivo del ejercicio construido» (Vigarello, 2005: 167). Con el paso de los años, esta modalidad fue amontonando un gran instrumental, como mancuernas, barras y poleas. Luego llegaron las máquinas, como las cintas de correr. También se acumuló y difundió todo tipo material bibliográfico. Nacieron las enciclopedias deportivas, los libros hogareños con guías para la gimnasia, las tablas de ejercicios. Las figuras estáticas en el papel que los moradores del hogar imitaban adquirieron movimiento en la pantalla de la televisión durante la segunda mitad del siglo XX. Finalmente, figuras digitales en pequeños dispositivos personales inauguran el siglo XXI. En medio de la pandemia, los gimnasios venden sus *apps* con programas personalizados e internet se vuelve una fuente infinita de instrucciones para entrenar el cuerpo. Cualquier *instagramer*, sin más marketing que una figura esbelta, ejecuta sus rutinas de ejercicio mientras alguien a cientos de kilómetros de distancia lo imita en alguna habitación de la casa. Frente a la adaptación hogareña de la actividad física, durante la pandemia los «runner», sobre todo en Ciudad de Buenos Aires, demandaron salir a correr por las calles y espacios verdes, justamente formados en una cultura de la promoción de esa

actividad como fuente de salud. No tardaron en encontrar detractores que consideraban que bien se podía evitar salir a correr para evitar propagar el virus. El debate era previsible si tenemos en cuenta la contradicción: durante décadas se promovió que las personas salgan a correr para mejorar su salud y justamente ahora por el mismo motivo se les pide que dejen de hacerlo. La promoción de la salud opera en la cultura y este episodio deja a las claras que la dimensión biológica de la aparición del covid-19 es solo la superficie. El temblor llega a las capas culturales más profundas.

Pero volvamos a cómo la OMS concibe la promoción de la salud. En primer lugar, no se piensa como algo «además» de atender a los pacientes, sino que se encuadra en el mismo nivel, como una actividad dentro de la Atención Primaria de Salud. Por otro lado, se la considera como un continuo con la prevención, como dos caras de la misma moneda, muchas veces indistinguibles una de otra. Además de la preocupación por la enfermedad como motor de la salud pública, se agrega un nuevo propósito: que las personas adquieran conocimientos, aptitudes e información que les permitan elegir opciones más saludables e incrementar el control de su salud, como una forma de soberanía sobre el propio cuerpo. En consecuencia, la salud se concibe también como un logro de la sociedad y no solo del Estado y las instituciones médicas. La tarea del personal de salud es condición necesaria pero no suficiente para sostener la salud pública, cuya construcción exige la participación de toda la comunidad. Además de un deber del Estado, la salud pública se asume como una responsabilidad social. En ese sentido, la doctora Elisabeth Casas, ex docente de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica de Córdoba, asegura que:

La salud pública, la salud de la población, no solo se garantiza, también se construye. Entonces, no es solamente la salud que brinda el Estado, sino la que brindan todos los que hacemos la salud de una población, no solo médicos y epidemiólogos, sino también arquitectos, ingenieros, abogados, etc. Todos los profesionales trabajan para tener una mejor salud pública, la cual es un derecho cuyo cumplimiento depende del trabajo de todos².

No soy yo, es el protocolo

Hace tiempo que el término *protocolo* es parte de la jerga médica y durante esta pandemia se ha convertido en uno de los tópicos más visitados a la hora de los debates éticos. Por un lado, los protocolos son el reflejo del control civil sobre la medicina; por otro lado, en ellos convergen y entran en tensión lo general y lo particular, la norma y el caso. Precisamente, un protocolo es un conjunto de definiciones operativas generales para atender casos particulares. Todo protocolo implica un «algoritmo de actuación», una serie de instrucciones para proceder en cada caso según determinados datos clínicos: qué maniobras realizar, qué medicamentos suministrar, en qué dosis, qué estudios solicitar, a quiénes exceptuar. Para comprender uno de los planteos éticos más habituales quizá debamos valernos de un ejemplo. Supongamos que llegamos tarde a un evento, no mucho, unos cinco minutos. En la puerta un guardia de seguridad nos impide el paso. Usamos todo el arsenal de excusas: que el tránsito, que los niños, que el GPS. El guardia se disculpa por no poder dejarnos pasar, pero debe seguir un protocolo de seguridad. «No soy yo, es el protocolo». Sin embargo, algo de esa respuesta no nos convence. Los seres que siguen protocolos estrictos para comunicarse tienen nombre, se llaman máquinas, más puntualmente computadoras. Por eso mismo le pedimos al guardia que nos deje pasar, que haga una excepción, que tenga en cuenta nuestro caso, que viole la norma en esta ocasión, le pedimos, en definitiva «una respuesta humana». En última instancia, ser humano es eso, es tener la capacidad de transgredir normas generales en función de particularidades, de desatender un protocolo para atender una circunstancia puntual porque es más justo o tiene más sentido. Ahora bien, cuando lo que está en juego es la vida de una persona ¿puede el médico, como el guardia de seguridad, decir «no soy yo, es el protocolo»? ¿En qué medida es una respuesta humana? ¿En qué medida es una respuesta ética?

Determinados acontecimientos catastróficos como los desastres naturales y las guerras son paradigmáticos para los sistemas sanitarios. Cuando acontecen, el espacio, el tiempo, las manos y los equipos se transforman de un plumazo en un recurso escaso al interior del sistema. En los primeros días de marzo, cuando la pandemia

agobiaba a Italia, el SIIARTI (Colegio Italiano de Anestesia, Analgesia, Reanimación y Cuidados Intensivos) publicó un documento que caracterizó la situación como «medicina de catástrofe» estableciendo un protocolo para atender a la multitud de pacientes que llegaban a los centros de salud. Unos días después, entidades españolas como el Grupo de Trabajo de Bioética de la Sociedad Española de Medicina Intensiva, Crítica y Unidades Coronarias (Semicyuc), con el apoyo de la Sociedad Española de Medicina Interna (SEMI), siguieron el camino de los italianos y plantearon un protocolo en base al clásico sistema de clasificación de cuatro prioridades para el ingreso a las UCI (Unidad de Cuidados Intensivos): prioridad 1 para pacientes críticos e inestables que necesitan monitorización y tratamiento intensivo; prioridad 2 para pacientes que precisan monitorización e intervención inmediata; prioridad 3 para pacientes con pocas posibilidades de recuperarse; prioridad 4 para pacientes con beneficio mínimo o improbable. Al igual que los italianos, los españoles diseñaron un protocolo que ordena «no ingresar en las UCI a los pacientes 3 y 4». Esto significa que ante dos personas que necesitan una cama con respirador la que tenga mayores posibilidades de sobrevivir es ingresada, a pesar de que haya llegado una hora después que aquel a quien se le niega el respirador. El «orden de llegada», principio básico de justicia, es omitido en virtud de optimizar las posibilidades del sistema de salvar vidas. Cabe aclarar, no es el médico, es el protocolo.

Sin embargo, la proliferación de protocolos no es un fenómeno espontáneo, sino que responde a un proceso histórico bastante reciente. Hasta hace unas décadas, probablemente hasta finales de 1970, la relación médico-paciente poseía un carácter personal que en nuestros días se reduce a algunas excepciones. En algún punto el médico se transformó en un trabajador del sistema sanitario, ya sea en el ámbito público o privado. En consecuencia, poco a poco, la organización administrativa que rige la institución de salud comenzó a condicionar, cuando no a determinar, los términos del vínculo médico/paciente. El tiempo que se dedica a una consulta, la forma en que se realizan las historias clínicas, el modo en que se comunican diagnósticos, la manera en que se realizan tratamientos. Todo está formal o informalmente protocolizado. En muchas ocasiones,

cuando se habla de «deshumanización» de la medicina se suele aludir a la pérdida de esa condición familiar en manos de la profesionalización. Desde luego, esto trae aparejado un cambio sociopolítico en relación con la figura del médico, su poder y sus responsabilidades. Si el médico debe seguir protocolos quiere decir que no tiene capacidad plena de decidir qué hacer en tal o cual caso. Eso implica una restricción de sus libertades profesionales, pero al mismo tiempo y en la misma medida un límite a potenciales arbitrariedades en sus decisiones. En este último sentido, los protocolos son funcionales al control civil de la medicina. El médico está constreñido a realizar *in situ* acciones que fueron consensuadas y decididas por otros, antes, en otro lugar. Los protocolos son las correas de transmisión de esas decisiones fortaleciendo la cadena de mando. Por otra parte, desde el punto de vista ético y jurídico, desplazar el ámbito de la decisión implica desplazar la responsabilidad. Es el protocolo más que la reputación y accionar del médico lo que ofrece una garantía de que se ha seguido un procedimiento correcto. En ese sentido, una de las razones por las cuales se establecen protocolos es para determinar un resguardo jurídico. Una forma de afrontar eventuales juicios por mala praxis o negligencia es mostrar que se han seguido protocolos aceptados.

Pero, ¿cómo sabemos cuál es el mejor protocolo? El asunto no es fácil por varios motivos. En primer lugar, las evidencias científicas pueden cambiar más rápido que los protocolos. Por eso mismo, explica el doctor Carlos Presman³, docente del Hospital Clínicas (UNC), «quienes seguimos la corriente llamada ‘medicina basada en evidencias’ preferimos usar el término ‘estado del arte’ (que equivale a decir ‘lo último’ o ‘lo más avanzado’) en lugar de ‘protocolo’». Por otra parte, como refiere el ingeniero Miguel Ángel Ferreras, quien se dedicó por años al área de la ingeniería clínica: «Es notable que a pesar de usar protocolos muy distintos, diferentes hospitales suelen obtener resultados similares. Eso hace muy compleja la evaluación de los resultados en salud». Por si fuera poco, el doctor Raúl Jiménez, ex secretario de Salud Pública de la Ciudad de Córdoba, plantea la cuestión inversa: «¿Un mismo protocolo activado en dos centros de salud distintos dan los mismos resultados? No necesariamente». Ambos van al mismo punto: los protocolos no se agotan en sí mis-

mos, no son absolutos. Siempre hay un contexto, una práctica, una circunstancia, un conjunto de imponderables o factores azarosos que influyen en los resultados de la ejecución. Por definición, los protocolos reducen la complejidad del mundo para operar como un conjunto de reglas simples, sin embargo, esa complejidad no deja de existir y se mete por la ventana a modo de «margen de error» o incertidumbre. Las complejidades del asunto nos eximen de profundizar en él.

Por otro lado, existe también un costado socioeconómico que refiere a la notable expansión del sistema sanitario en el siglo XX. Una cosa es atender a pocos pacientes y otra cosa es atender a miles; una cosa es formar a unos pocos discípulos que siguen la práctica, como los médicos de antaño, y otra es la formación masiva de médicos. En ese sentido, una buena protocolización optimiza los procesos de resolución de problemas a gran escala y hace más económico el funcionamiento del hospital o la clínica y más eficaz la formación de los recursos humanos. Resulta entonces difícil no asociar los valores de la medicina actual con los de la producción industrial. La adecuación a protocolos, el seguimiento de normas estandarizadas, la homologación de procedimientos, la obtención de certificaciones de calidad ante entidades nacionales o internacionales, son parte de la jerga industrial y de sus prácticas, y han migrado no solo al ámbito de la salud sino también, aunque posiblemente en menor medida, a otros ámbitos como la educación, la comunicación, la investigación y cualquier actividad que en el siglo XX se haya tornado masiva. En ese sentido, no es exagerado pensar que el sistema de salud adquirió un tono fabril: se produce salud como un producto masivo y seriado, y la transición del médico familiar al trabajador sanitario es similar al paso del artesano al trabajador industrial. Sin embargo, lo que resulta problemático y hasta paradójico en el caso de la salud es que algo tan singular como el bienestar de una persona se asocie con la repetición de un estándar. En relación con ello, «el protocolo es deshumanizante en la medida en que reduce al paciente a un objeto y a las poblaciones a números», afirma Carina Muñoz (2018), enfermera y autora del libro *Lecturas del cuerpo del paciente*, aunque aclara que esto no es atribuible a los protocolos en sí mismos, sino a las relaciones sociales y humanas en que se insertan.

Pero no solo los pacientes pierden su singularidad, también los médicos diluyen buena parte de su autonomía al quedar subsumidos a un sistema sanitario protocolizado que no carece de contradicciones internas, fallas y consecuencias indeseadas, como la iatrogenia: un malestar que el paciente no poseía al momento de entrar en contacto con el sistema de salud y que el propio sistema produce. Por otro lado, cualquier ámbito de atención masiva e hiperdemandado genera tensión y estrés en el personal encargado de tomar decisiones. Cuando lo que está en juego es la salud, la tensión cotidiana aumenta y se acumula, y cuando la decisión es de vida o muerte, mucho más. Decidir negarle el respirador a una persona con pocas posibilidades de vivir puede quitar el sueño varias noches; negárselo a veinte personas en un día puede causar un daño irreparable en la psiquis. En ese sentido, los protocolos son artefactos en los que se delegan las decisiones, justamente para reducir la tensión mental y la angustia emocional de tomarlas. El médico ahorra esfuerzo. Frente a dos pacientes que requieren UCI, tomar la decisión es más dramático que «activar el protocolo». La terminología alude a quien enciende un aparato automático que hace las cosas por él. No es el médico quien usa el protocolo, sino el protocolo el que se ejecuta a través del médico. La «obediencia debida», entonces, emerge como un problema ético en esa lógica, motivo por el cual los médicos pueden elegir no ejecutar el protocolo por una «objeción de conciencia». Una válvula de escape para aquel gesto humano de renunciar a seguir una norma. Sin embargo, por lo general, las legislaciones establecen que aunque el médico puede negarse a activar el protocolo, el sistema, no. Debe garantizar al paciente la ejecución del protocolo a través de otro médico disponible. Quizá, atendiendo a este último aspecto de los seres humanos, el de diseñar artificios, es que podríamos poner entre paréntesis la idea de que los protocolos deshumanizan. Por el contrario, lo más humano es, por un lado, la capacidad de elaborar artefactos que cristalicen valores y decisiones, aunque en ocasiones nos neguemos a utilizarlos. En ese sentido, la protocolización de la medicina requiere un mayor grado de humanidad, uno que comprenda los límites de las creencias, saberes y capacidades individuales, frente a las decisiones colectivas y la cristalización de esas decisiones en normas y protocolos.

Notas

¹ Recuperado de https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/derechoshumanos_publicaciones_colecciondebolsillo_07_derechos_economicos_sociales_culturales.pdf [Consulta: 12/10/2020].

² Este testimonio fue recogido para una columna periodística. <https://www.hoydia.com.ar/opinion/122-cultura-y-tecnologia/70963-entre-la-prevencion-y-la-promocion.html>. Recuperada el 13 octubre de 2020.

³ Este testimonio y todos lo que siguen fueron recogidos para una columna periodística <https://www.hoydia.com.ar/opinion/122-cultura-y-tecnologia/70963-entre-la-prevencion-y-la-promocion.html> Recuperado el 12/10/2020.

Bibliografía

Butler, S. (2012). *Erewhon*. Madrid: Akal.

Muñoz, C. (2018). *Lecturas del cuerpo del paciente*. Paraná: Eduner.

Moulin, A. (2005). «El cuerpo frente a la medicina». En Jean-Jacques Courtine, A. Corbin, G. Vigarello (Coords.), *Historia del cuerpo* (pp. 29-80). Madrid: Taurus.

Rossi, P. (1970). *Los filósofos y las máquinas (1400-1700)*. Barcelona: Labor.

Vigarello, G. (2005). «Entrenarse». En Jean-Jacques Courtine, A. Corbin, G. Vigarello (Coords.), *Historia del cuerpo*. Madrid: Taurus.

Weber, M. (1979). *El político y el científico*. Madrid: Alianza.

Retrocesos ante la pandemia del coronavirus. Sobrevivencia y justicia. Ecofeminismo como ética del cuidado

Patricia Morey

Introducción¹

La pandemia de la covid-19 es biológica y social. Biológica porque el virus es un microorganismo acelular que produce una enfermedad infecciosa que se propaga rápidamente; social porque su fortaleza depende de un ambiente degradado² y su impacto es diferencial, es decir, las desigualdades naturalizadas y desatendidas ahora están expuestas y aumentadas. Por eso, las soluciones deberán buscarse en la ciencia biológica, en la medicina, en la tecnología (conocimiento del virus y vacunas) y las causas en la ausencia de una política distributiva, en las desigualdades estructurales y en un sistema económico depredador³.

En pocos días, este flagelo transformó la actividad humana. La enfermedad se expandió en todas las latitudes con millares de muertos a pesar de las drásticas medidas que se tomaron. Si bien los seres humanos tenemos una marcada tendencia a ignorar la muerte, ya no pudimos evadir la contundencia de su presencia. En tiempos normales y a nivel personal, nos enredamos en la cotidianidad sin pensar en la finitud de nuestra existencia; a nivel social, nos engañamos suponiendo que el planeta Tierra es ilimitado en sus recursos⁴. Como individuos nos escabullimos en pequeñeces y como especie seguimos insistiendo en formas de supervivencia económicamente destructivas aunque el planeta esté casi mortalmente herido por la

sobreexplotación y la insensatez de estilos de consumos irracionales⁵. En este marco, con la epidemia global del 2020 surge una posibilidad de repensar el rumbo de nuestra sociedad.

Las proyecciones sobre el impacto económico y social son tremendas. Además de las muertes a nivel global y las secuelas físicas de quienes contraen la enfermedad, se calcula que millones de personas se añadirán a las cifras de extrema pobreza⁶. La epidemia ha desencadenado la recesión más profunda en décadas y la recuperación es incierta. Aunque la enfermedad no respeta clases sociales, razas, ni países, ni género y causa estragos a nivel mundial, es en las regiones más pobres y los grupos excluidos donde impacta con más virulencia⁷. En muchos casos, algunos progresos logrados en las últimas décadas han retrocedido en pocos meses. El siglo XX fue el de los avances revolucionarios de las mujeres y el aumento de derechos conquistados continuó entrando el XXI, hasta que la inesperada epidemia no solo marcó un freno, sino que puso el peso de la crisis en las mujeres, que han sufrido desproporcionadamente. Según los datos de las Naciones Unidas, a partir de la epidemia, en 206 países han aumentado las horas dedicadas al cuidado y al trabajo no remunerado, especialmente en relación con la educación de los niños. Ha disminuido el trabajo pago y muchas han quedado desocupadas, lo que supone un incremento de la pobreza femenina. La violencia doméstica ha recrudecido y las mujeres y las niñas se han encontrado aisladas, sin recursos personales ni institucionales. Además, durante el encierro, también disminuyó el acceso a la salud sexual y reproductiva⁸.

La vulnerabilidad estructural de las mujeres se desnudó en pocos meses, lo que muestra que no son suficientes las reformas parciales en un mundo globalizado e interconectado. Los avances, muy importantes en tiempos «normales», aunque limitados para algunas, retroceden en situaciones de riesgos profundos.

El siglo XX fue un siglo de utopías, de ansias de justicia, de intentos de cambios de sistema en búsqueda de organizaciones sociales de inclusión universal. Sin embargo, la mayoría de los experimentos sociales de transformación fracasaron si lo que se buscaba era, al menos, erradicar la pobreza y además garantizar libertades

democráticas esenciales. En el siglo XXI nos encontramos dudando sobre la permanencia del ser humano.

El imaginario político del siglo XX aspiraba a la igualdad y la justicia, el siglo XXI nos enfrenta a la probable extinción. ¿Podremos sobrevivir en un mundo más justo? La fragilidad de nuestro ecosistema, flagelado por una estructura económico-política de distribución inequitativa y de devastación androcéntrica, constituye una amenaza global. El nuevo virus nos hizo detener, nos enfrentó con nuestra finitud. La velocidad con la que se transmite y el riesgo de un contagio masivo frenó la economía. Podremos seguramente controlar este virus, pero quizás no logremos hacerlo con el próximo o con el cambio climático, o con las plagas que se multipliquen incontrolablemente. Si frenamos la pandemia de la covid-19, ¿volveremos a estilos de vida injustos y sin futuro?

Podríamos imaginarnos tres escenarios posibles. El primero, catastrófico: no podemos controlar las calamidades autoinflingidas, evitables. Las advertencias científicas se cumplen ante la indiferencia de la mayoría o la incapacidad de transformar los hábitos cotidianos y los desquicios estructurales. El planeta ya no permite la vida humana. O podríamos pensar en un escenario de sobrevivencia, pero tremendo, donde un puñado de personas viven magníficamente, dictadores que controlan al resto de la humanidad; un *mundo feliz* dominado por los medios tecnológicos de comunicación; ciudadanos convencidos de que deciden cuando en realidad son totalmente manipulados. Y por último, quizás, podemos torcer, modificar el camino destructivo que transitamos y lograr organizar una vida digna.

Planteamos en este artículo la posibilidad de transitar un camino de sobrevivencia con justicia, que incluya a las mujeres y a todos los grupos marginados, en pie de igualdad. Para ello es necesario pensar en una profunda transformación económico-política, que abarque un cambio de paradigma conceptual y que integre la justicia con el cuidado de la naturaleza. No habrá, defendemos, cambios sustanciales sin la inclusión de la problemática de las mujeres y de género. La gravedad de la situación descarta pensar en un feminismo que no incluya en su pensamiento y acción la esencial conexión entre el colapso ambiental y las injusticias sociales.

En este camino estrecho de *sobrevivencia con justicia* será necesaria una crítica radical del sistema económico existente, una reflexión profunda de los marcos conceptuales patriarcales aún vigentes y un pensamiento utópico que con fiereza se aleje del orden mundial existente, pero que al mismo tiempo sea una esperanza que nos contagie de un optimismo y nos conduzca a la acción.

Por eso, en este artículo mostraremos el impacto de la pandemia global en las mujeres, analizaremos algunos escenarios futuros, aunque, por supuesto, no los únicos posibles, e incluiremos las reflexiones de grandes pensadoras: 1) quien examina los marcos teóricos patriarcales (Warren, 2009); 2) quienes critican el sistema económico patriarcal, financiero y predatorio mostrando que las condiciones de vida de la gran mayoría han empeorado y que el planeta arde (Arruzza, Bhattacharya y Fraser, 2019) y 3) quien desde un *ecofeminismo* alerta sobre la situación actual y también propone un lugar encantador, redefiniendo al ser humano en clave feminista y reestructurándolo para avanzar hacia un futuro libre de toda dominación (Puleo, 2019).

Sobrevivir con justicia es un camino muy estrecho, pero quizás aún posible. Quizás. En este caso serán necesarias tanto una ética del cuidado personal como de quienes nos rodean y del planeta. Propondremos un ecofeminismo que, atendiendo a la problemática de género, se una a otras voces que plantean detener la destrucción del medioambiente y las injusticias hacia los grupos excluidos.

Una situación crítica para las mujeres

La epidemia global del siglo XX rápidamente profundizó las inequidades sociales. Las mujeres fueron especial y fuertemente afectadas, ya que en pocos meses se retrocedió en materia de derechos obtenidos en décadas. Las Naciones Unidas afirman que el coronavirus impacta a las mujeres en la salud, la violencia doméstica y el cuidado de los otros⁹. Hay más retrocesos, el aislamiento y la suma de responsabilidades han afectado fuertemente los ingresos, la libertad, la participación política incipiente, la posibilidad de progreso personal y la salud mental¹⁰. Los organismos internacionales acuerdan en que

es necesario seguir investigando los efectos diferenciados de la pandemia según el género ya que los datos son insuficientes y las políticas correctivas raquíticas.

La epidemia impacta de manera diferente a hombres y mujeres en relación a la salud, según los datos hay más muertes dentro de los primeros¹¹, pero afecta de manera más sustancial a las segundas, ya que estas representan un alto porcentaje de trabajadores de la salud y son quienes cuidan en el hogar¹². Por otra parte, los recursos estatales para la salud reproductiva y social en muchos países fueron derivados a la atención de la emergencia sanitaria y se ha interrumpido su acceso (Navarro, *et al.*, 2020). Según el Fondo de Población las muertes por embarazo han aumentado, en tanto se calculan cerca de 60 mil muertes más por falta de atención. Y por otro lado, a nivel internacional, se incluyen pocas mujeres en la toma de decisiones y en la representación estatal para organizar la lucha contra la enfermedad¹³. Aun cuando, paradójicamente, muchos gabinetes liderados por mujeres son los que han gestionado con más éxito la amenaza de la covid-19¹⁴.

La violencia doméstica se intensificó en todo el mundo. Las mujeres, aisladas en sus hogares, se alejan de los recursos que pueden ayudarlas. Según la declaración de Phumzile Mlambo-Ngcuka (2020), los bajos índices de denuncia generalizados respecto a la violencia doméstica han dificultado las medidas de respuesta y la recopilación de datos. Sin embargo, se calcula que solo el 40 % de las mujeres que sufren violencia buscan ayuda de algún tipo o denuncian el delito. Menos del 10 % de estas mujeres que buscan ayuda recurren a la policía. Según afirma la directora ejecutiva de ONU Mujeres, las circunstancias de la pandemia complicaron la posibilidad de las denuncias y del acceso a teléfonos de atención a las víctimas, y en muchos países, se alteraron los servicios públicos de policías, justicia y servicios sociales. Cuando el refugio ante la epidemia es el hogar, aumenta lo que se denominó «la pandemia en las sombras». El confinamiento aumenta el estrés y la inseguridad, y el hacinamiento y la convivencia forzada aumentan la tensión que propicia la violencia machista¹⁵.

Se calcula que en el año 2021 habrá 47 millones más mujeres sumidas en la pobreza en el mundo. El trabajo no remunerado ha

crecido y muchas mujeres han perdido su trabajo definitivamente. El impacto diferencial desde el punto de vista económico ha sido mayúsculo, se calcula que los ingresos disminuyeron un 60 % en el primer mes de aislamiento, sumado a que el 72 % de las trabajadoras domésticas perdieron sus trabajos. Los trabajos informales y de tiempo parcial, donde se concentran las labores femeninas fueron los más afectados, son los que reciben menor remuneración y tienen condiciones de trabajo de inferior calidad (Azcona, *et al.*, 2020). La escasez de cuidado infantil, que debería ser una responsabilidad social y no solo femenina, ha repercutido en la falta de tiempo libre de las mujeres de manera exacerbada durante la pandemia.

Aunque la variabilidad entre países es considerable, en Argentina, según el Indec, siguen existiendo las brechas estructurales con respecto a los varones en temas como inserción laboral, reparto de tareas domésticas y de cuidado, niveles de ingreso o acceso a puestos jerárquicos. Las mujeres, aunque en promedio tienen mayores niveles educativos, gozan de una menor participación en el mercado laboral y mayor subocupación de horario y desocupación¹⁶. Por supuesto que esto es resultado principalmente de la mayor participación femenina en actividades domésticas y el rol del cuidado tanto de niños, ancianos y enfermos, que son todos trabajos no remunerados.

Específicamente la pandemia incidió en la división de las tareas al interior del hogar. En Gran Buenos Aires por ejemplo, tres de cada cuatro hogares declararon que la dedicación principal de tareas de apoyo escolar estuvo a cargo de las mujeres. Además, estos estudios señalan que la ansiedad impactó mucho más en ellas, seguramente por hacerse responsables del cuidado y tareas que aseguran el orden material y psicológico de su entorno¹⁷.

En Argentina también aumentó la violencia familiar, durante la vigencia del Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio se recibieron aproximadamente un 20 % más de llamadas telefónicas por violencia¹⁸.

Veamos el caso específico de Córdoba. En una consulta realizada a 436 personas en Córdoba¹⁹, se comprobó que en esta provincia, las dificultades también se exacerbaron durante la pandemia²⁰. La mitad de las consultadas siguieron trabajando desde sus casas o

manteniendo sus ingresos y la otra mitad declaró una reducción en sus ingresos o que no contaban con ninguno desde que se implementaron las medidas de aislamiento preventivo y obligatorio. Se desplegaron múltiples estrategias como endeudarse, dejar de pagar servicios o dejar de comprar bienes necesarios. Algunas personas salieron de sus hogares, a pesar de no estar autorizadas, para garantizar la comida diaria. La mitad de las mujeres estuvieron a cargo de niños u otras personas dependientes y muchas se referían a estar desbordadas, cansadas y con angustias. La sobrecarga de responsabilidades con niños pequeños se agudizó por estar en lugares pequeños, sin acceso a Internet y sin poder acompañar debidamente el proceso de aprendizaje escolar.

A este panorama desolador que han vivido las mujeres y personas LGTB, se le suma la violencia en la calle, especialmente se hace referencia en el estudio al abuso policial y a las detenciones arbitrarias. Muchas señalaron una violencia creciente en medio de la incertidumbre sobre el futuro del país y las consecuencias económicas y laborales de las medidas de aislamiento. El documento señala los maltratos en el ámbito familiar de las personas trans, lesbianas y no binarias, a quienes incluso se llega a una expulsión del hogar y se les coloca en condiciones de extrema vulnerabilidad que se profundiza en este contexto.

En dicho estudio, un porcentaje importante de las personas que mencionan usar métodos anticonceptivos manifestó haber tenido dificultades para seguir utilizándolos por la suba de precios y por la entrega irregular en los dispensarios. En relación a la Interrupción Legal del Embarazo, las mujeres han tenido múltiples dificultades para llevarlo a cabo que se agravaron por la pandemia.

Muchas personas mencionan conocer a alguien que está viviendo algún tipo de violencia que puede relacionarse tanto al empeoramiento de las condiciones de aislamiento como a la menor tolerancia a la violencia de género, según relata el informe. Se identifican todo tipo de violencias, psicológicas, económicas y sexuales especialmente con parejas y exparejas. Si bien las consultas a las instituciones responsables han incrementado en los últimos años, afirma el estudio, la accesibilidad y la calidad de la atención de estos servicios de abordaje parecen ser irregulares y escasos²¹.

Los datos de Córdoba coinciden con los internacionales: el peso de la pandemia ha recaído principalmente en las mujeres, en relación a su exposición con los enfermos, al tiempo invertido en el cuidado a su expensa²², en relación a la convivencia con hombres violentos y en la disrupción de los servicios y recursos.

Tres escenarios posibles: bailando en el Titanic, sobreviviendo sin justicia o sobreviviendo con justicia

Por lo tanto, existen dos situaciones simultáneas que en estos primeros años del siglo XXI se han evidenciado con más fuerza con la epidemia del coronavirus. El agotamiento de la naturaleza y el retroceso de los derechos humanos, especialmente de las mujeres. Las vacunas posiblemente reducirán el riesgo de colapso cercano, pero nada nos asegura que podamos encontrar la manera de cambiar el rumbo de esta forma de vida destructiva o a sistemas aún más injustos. Desarrollaré brevemente la proyección de tres opciones, aunque no las únicas alternativas factibles, que se presentan como los escenarios más probables a partir de este momento histórico.

Bailando en el Titanic

La equivocada idea de progreso indefinido de la humanidad se ha derrumbado definitivamente con esta epidemia de escala global. La insensatez de un optimismo irracional y la confianza en que el equilibrio planetario se mantendría espontáneamente escondieron la crítica que hubiera sido necesaria para cambiar el rumbo disparatado hacia el desastre. Las catástrofes advertidas por la ciencia y proclamadas por algunas voces conscientes no fueron escuchadas, no hubo voluntad política de torcer el rumbo.

El medioambiente se fue deteriorando debido a la quema de combustibles fósiles y la acumulación atmosférica de gases produjo el efecto invernadero. No se varió la dieta basada en productos animales y las emisiones producidas por la ganadería contribuyeron fuertemente al cambio climático (Gerber, 2013). La deforestación de las tierras para ser usadas en agricultura y ganadería redujo la biodiver-

sidad necesaria para controlar las plagas. Los agroquímicos, sin prohibición efectiva por parte de los Estados, exterminaron a las abejas, pequeñas responsables de la polinización de las plantas.

Además, la concentración masiva de personas en zonas densamente pobladas generó mayor contaminación ambiental que propició las infecciones respiratorias. El cambio climático produjo calentamiento global y desertificación. Ante una humanidad debilitada, las plagas crecieron y las epidemias de virus se descontrolaron.

Hubo planes gubernamentales y no gubernamentales para recuperar el deterioro ambiental, pero no fueron suficientemente ambiciosos (Harvey, 2020), ni tuvieron fuerza política para frenar el colapso final. Los medios tecnológicos controladores de mentes fueron utilizados por los grandes capitales internacionales quienes financiaron partidos políticos y crearon una atmósfera anticientífica para proteger sus propios intereses (anti vacuna, anti cambio climático, anti protección contra los virus). Se vislumbró como irreversible la extinción de la vida humana en la Tierra.

Cuando el miedo fue suficiente para estar dispuestos a transformar el sistema económico destructivo ya fue demasiado tarde. Fueron irrecuperables los daños y desapareció la vida humana, que siempre dependió de un equilibrio con la naturaleza. Los intereses económicos, la arrogancia humana y un falaz pensamiento de que la vida humana era eterna ocultó los riesgos.

Sobreviviendo sin justicia

Una pequeña parte de la humanidad sobrevive fantásticamente con un alto grado de privilegios, pero la gran mayoría sigue existiendo lastimosamente y con mucha dificultad. La concentración de poder y el aumento grosero de las riquezas para muy pocos contrasta con la exclusión sistemática de la población²³. El medioambiente está degradado, pero es suficiente para que algunos sigan viviendo magníficamente.

El orden se sustenta con fuerza militar aunque podría existir una democracia ficticia, con partidos aparentemente diferentes, pero sin diferencias sustanciales, ya que una oposición política real es imposible en este escenario. La oferta en las elecciones no varía

sustancialmente y nadie cuestiona la estructura depredadora y tremendamente desigual. Los ciudadanos están cuidadosa y sigilosamente vigilados y controlados. Quizás algunos con rebeldía no se ajustan a la perfección, pero la diferencia de poder es tan profunda que no resulta racional intentar un cambio. Lo que se lee, lo que se escribe, lo que se dice está todo registrado, pensar diferente es suicida. El desencanto, el escepticismo y los riesgos físicos y psicológicos de ser oposición acallan toda crítica y resistencia.

Los partidos, todos financiados por los grandes capitales, proponen un conservadurismo extremo. Los intereses se esconden detrás de un tradicionalismo a ultranza que apetece a muchos ciudadanos no educados e idiotizados por los medios. La falta de educación real, los informativos que entretienen y no informan, el desinterés por el bien común y un hedonismo simplón esconden la miseria y la falta de satisfacción de las necesidades básicas. La expectativa de vida de la población ha disminuido, sin embargo es un detalle menor en una sociedad donde la economía es más importante que la salud.

Las conquistas en cuanto a derechos de las mujeres y de las disidencias han desaparecido. El aborto está prohibido y las relaciones homosexuales penalizadas. La subordinación se asocia a la legitimación política, «ellas» deben ser obedientes y cuidar principalmente a su familia. Algunas participan de política, pero no tienen ningún poder de decisión, solo son figuras que aparentan representación²⁴. El machismo exacerbado sigue «el orden natural de las cosas»²⁵.

La lucha contra las drogas o algún otro enemigo sobredimensionado cohesiona a la sociedad y legitima un estado militarizado, mientras que ciudadanos pasivos y entretenidos con las maravillas electrónicas aceptan las consignas de orden.

Sobreviviendo con justicia. Hacia modificaciones profundas

Soñemos, porque nuestros sueños de hoy nos llenan de esperanza e inspiran la acción. Pensar en una sociedad mejor, profundamente mejor, nos acerca a la posibilidad de lograrla, la idea misma se transforma en guía y deseo. ¿Cómo sería una sociedad utópica no en el sentido de ideal e irrealizable sino en el sentido de deseable y perfecto? Obviamente, nunca alcanzaremos una sociedad perfecta por-

que la empatía y el egoísmo son parte sustantiva de los seres humanos, pero nuestra flexible estructura mental permite potenciar lo mejor de nosotros mismos.

Veamos el tercer escenario:

En esta sociedad con justicia²⁶ se respetan códigos de convivencia amigables y no existen diferencias de género en los trabajos no remunerados y en los trabajos pagos. Los estereotipos, los roles y la masculinidad opresiva como patrón cultural dominante se trastocan en libertad de elección en cuanto a identidades de género y patrones sociales.

Se minimiza el uso del petróleo y la energía es renovable, cada casa produce su propia electricidad. El transporte eléctrico favorece el traslado social, el trazado de las calles privilegia las bicicletas. El agua se cuida y protege como un material precioso, los bosques se preservan y existe un plan permanente de plantar especies autóctonas. En los jardines se cultivan más vegetales que plantas ornamentales y la dieta contiene una mínima cantidad de carne. Por eso, las emisiones contaminantes son muy bajas.

El cuidado de los niños pequeños es una responsabilidad compartida entre los géneros y la sociedad invierte prioritariamente en esta tarea. En consecuencia, las madres pueden trabajar y gozar de tiempo libre. Los horarios de la escuela coinciden con la de los trabajos de los progenitores y la educación es prioritaria e igualitaria. Se promueven las actividades físicas y al aire libre y la solidaridad hacia los otros, y el cuidado de la naturaleza es parte esencial del *currículum*.

La sencillez en la vestimenta y la austeridad en el consumo, la limitación de los plásticos y los materiales descartables lograron la disminución de los desechos. La economía promueve la iniciativa privada y la producción de bienes; el Estado, eficiente y a cargo de políticos honestos, distribuye las riquezas y asegura que las necesidades de los ciudadanos estén cubiertas. Toda persona tiene el derecho a una renta universal, a un ingreso básico que permite la sobrevivencia y constituye la base de las libertades personales.

En esta sociedad, está prohibido el financiamiento de los partidos políticos por grupos poderosos y por las grandes fortunas, solo se aceptan donaciones particulares y limitadas. La prensa aspira a

cierta objetividad y se sancionan las distorsiones, noticias falsas, omisiones graves, sesgos manifiestos y excesivo partidismo. Se distingue entre el panfleto partidario y los medios de comunicación informativos, los que al menos aspiran a una cierta objetividad²⁷. Se disfruta de la tecnología y se controlan sus excesos, se promueven las innovaciones pero se evalúan sus consecuencias negativas antes de autorizarlas. Las redes sociales y los medios respetan la privacidad de los usuarios y los celulares no pueden servir a los gobiernos para seguir y controlar a quienes los utilizan. La justicia es implacable para quienes no cumplan con estos requisitos básicos de una democracia genuina.

Esta caracterización de una buena sociedad es parte de los anhelos expresados y buscados durante años por muchos pensadores y algunos pocos políticos. Sin embargo, mientras hoy algunas sociedades, en algunos aspectos, se acercan al ideal utópico, otros países y ciudades parecen vivir las pesadillas distópicas.

Aportes esenciales de pensadoras contemporáneas. Warner, Fraser y Puleo

Especialmente las mujeres han sido las más perjudicadas, pero son ellas también quienes han protagonizado mayor exigencia de cambio en las últimas décadas y quienes han alzado su voz en búsqueda de una sociedad igualitaria y posible²⁸. Incorporaré en este análisis los importantes aportes que realizan pensadoras contemporáneas. La filósofa Warren (2015) analiza los marcos conceptuales vigentes, ya que mantienen y justifican las instituciones, relaciones y prácticas de dominación patriarcales. Es importante la crítica lapidaria que realizan Aruzza, Bhattacharya y Fraser (2019) del sistema económico dominante que coincide con la filósofa española Puleo (2019), quien además imagina una sociedad que busca la felicidad en la sencillez y no en el consumo, lo que permite una relación equilibrada con la naturaleza.

Una condición para organizar nuevos estilos de vida es la de revisar críticamente los marcos conceptuales vigentes y los paradigmas científicos. Warren, en su caracterización de los marcos con-

ceptuales *opresivos*, indica que son aquellos los que explican, mantienen y justifican ideológicamente instituciones, relaciones y prácticas de dominación (2015). La autora observa que existen al menos cuatro características fundamentales.

La primera es la *jerarquía de valores*, la de pensar con un esquema de Arriba-Abajo. En el pensamiento filosófico y de las ciencias sociales encontramos este tipo de ideología, por ejemplo, la inteligencia racional se considera superior a la inteligencia emocional²⁹, y sirve para legitimar la inequidad.

La segunda característica es la *oposición y exclusión dualistas* de los valores, en vez de la complementariedad. Se le otorga más estatus a un valor sobre el otro, por ejemplo a la cultura sobre la naturaleza, y luego se asocia al hombre con la cultura y a la mujer con la naturaleza. También es una manera de justificar tal división y de prohibir a las mujeres ingresar al mundo público al corresponderle la dimensión privada.

Una tercera característica es la que concibe al *poder* de manera que privilegia a quienes se definen como Arriba. En una sociedad clasista, las personas ricas pueden movilizar recursos que les permiten tomar decisiones en relación a los fines elegidos. Algunos que pueden insertarse en la sociedad perciben que quienes no lo hacen se debe a que no han tenido la voluntad de esforzarse lo suficiente o que carecen de iniciativa, es su propia culpa, obviando los condicionamientos sociales y los déficits estructurales.

La última característica del marco conceptual opresivo es la *lógica de la dominación*, es decir, la premisa moral, dice Warren, de que la superioridad justifica la subordinación. Los que están Arriba poseen una característica esencial (alma, razón, valentía, responsabilidad y méritos) por la cual la subordinación se justifica.

La mayoría de los científicos coinciden en que la gravedad de la situación requiere de transformaciones enormes del funcionamiento social. A la luz de esta exigencia es que es necesario señalar las limitaciones de un feminismo liberal, afirman Aruzza, Bhattacharya y Fraser (2019). Las autoras se distancian de un feminismo meritocrático que busca solamente romper el techo de cristal y empoderar a mujeres talentosas, más mujeres en empresas y en instituciones no cambiarán la sociedad injusta. Su propuesta es un feminismo antica-

pitalista, que organice una sociedad donde no sean la ganancia ni la explotación ni las finanzas la base de la organización económica. El libro *Feminismo para el 99%* publicado un año antes de la pandemia preanuncia el aguzamiento de la miseria del capitalismo y en este manifiesto argumentan que el sistema se recuesta en mantener la subordinación de las mujeres.

Una propuesta crítica y optimista es la de la filósofa española Alicia Puleo (2019), quien en *Claves Feministas* propone disfrutar de otro mundo posible³⁰. Una vez satisfechas las necesidades básicas, deberíamos poder gozar de la naturaleza de forma sencilla. Este Jardín, inspirado en las enseñanzas filosóficas de Epicuro, permite alcanzar la felicidad a través de los pequeños placeres de la amistad, del intelecto y de los sentidos. Para llegar a este estado posible, primero es necesario tomar conciencia de la situación de emergencia en la que nos encontramos producto de la codicia, fomentada por una desmesura patriarcal y por mecanismos económicos neoliberales. Unos pocos, recuerda, nos están robando el mundo a la inmensa mayoría. Y la desestabilización ecológica es, afirma, una crisis de la democracia, ya que potentes lobbies internacionales se encargan de que las decisiones necesarias en materia de protección medioambiental y salud se posterguen indefinidamente. Puleo coincide con las autoras antes mencionadas en que queda poco tiempo para detener la catástrofe, es imperativo cambiar el mundo. Este feminismo es rebelde, no se resigna y es activo, tiene presencia. Iniciaremos la marcha con el placer de la amistad, la alegría de la esperanza y la determinación de la lucidez, afirma³¹.

Algunas reflexiones finales

Con la pandemia de la covid-19, el futuro se adelantó con distopías que parecían lejanos productos de ciencia ficción. Las epidemias y enfermedades resultado de la degradación ambiental, el creciente control tecnológico político de los ciudadanos, las diferencias entre el capital que se incrementa y concentra y la masa creciente de seres humanos con necesidades básicas insatisfechas, el clima de descontrol y el retroceso en derechos para las mujeres durante la pandemia

nos acercaron a lo que temíamos para el futuro. Los modelos político-económicos del siglo XX fracasaron, ni el comunismo ni el capitalismo resolvieron los problemas básicos de la humanidad. Sin embargo, han habido progresos sustanciales, sorprendentes desarrollos científicos y tecnológicos, reconocimiento y ejercicio de derechos humanos, mejor salud producto de investigaciones médicas que condujeron a una mayor expectativa de vida. Especialmente las mujeres, aunque aún postergadas y oprimidas, han progresado sostenidamente en las últimas décadas, empoderándose y logrando avances inimaginables en el pasado. Avances, aún dentro de la crisis, que no compensan el riesgo inminente.

¿Podremos sobrevivir en un mundo más justo? ¿Tendremos tiempo para otra oportunidad? ¿Llegaremos a tiempo para cambiar el rumbo destructor e injusto? El azar nos dio vida y una regularidad sorprendente de la naturaleza nos permitió evolucionar, pero la insensatez puede aniquilarnos. La severidad de los desórdenes podría hacernos tomar conciencia de la precariedad de la especie y de la equivocada ilusión no solo de un progreso sostenido, sino también de una existencia futura asegurada. La severidad de la pandemia podría servir para una revisión radical.

Por eso, es momento de imaginar nuevas utopías que den fuerza y empuje a la sed y necesidad de cambio. Es necesario revitalizar ideales que eviten caer tanto en el escepticismo apático como en el gradualismo optimista, actitudes que evaden hundirnos en las raíces de los problemas ambientales y de distribución. Ayer pedíamos justicia, hoy sabemos que sin una transformación profunda del sistema económico depredador y de las ideologías dominantes, existe la posibilidad de que no podamos garantizar la sobrevivencia del ser humano. En esta dirección apuntan las pensadoras analizadas, Warren en la revisión de los paradigmas opresivos, Aruzza, Bhattacharya y Fraser en el cuestionamiento del sistema económico y Puleo al delinear un ecofeminismo que imagina una sociedad armoniosa y posible.

¿Esta pandemia ha sido decisiva para buscar transformaciones profundas? Creo que no, el cimbronazo no ha sido suficientemente fuerte. En estos días de marzo del 2021, al decrecer el riesgo, producto del aislamiento, y por la esperanza en las vacunas, estamos

volviendo a una nueva «normalidad» devastadora. La gravedad de la crisis ecológica y social exige un reordenamiento, una reestructuración del desorden social existente. El feminismo deberá ser parte de una nueva utopía, un *ecofeminismo*, ciencia, política y ética del cuidado, que se oriente a la *sobrevivencia con justicia*, que se articule con otros actores y movimientos conscientes de la situación y que se ilumine con el optimismo necesario para pensar que el cambio es posible. Para acercarnos a nuestros mejores sueños requerimos de arrojo, energía, esperanza, pensamiento, teoría, valentía y empatía. Necesitamos seguir señalando, soñando y actuando.

Notas

¹ Este trabajo fue escrito entre noviembre del 2020 y marzo del 2021, por lo tanto contiene reflexiones propias de este período histórico y también análisis atemporales.

² La deforestación produce una cascada de eventos que aumenta los contagios por virus y parásitos (Mac Donald, 2020; Burki, 2020; Tollefson, 2020).

³ Castellano-Torres (2020), señala que en brotes epidemiológicos anteriores se priorizó la respuesta biomédica y se obviaron las desigualdades estructurales, lo que se ha llamado la tiranía de lo urgente.

⁴ El informe del *Intergovernmental Panel on Climate Change* de las Naciones Unidas (2018) fue contundente. Antes de lo esperable, habrá un riesgo mayúsculo debido al calentamiento global, que producirá desertificación, fuegos insostenibles, disminución en la producción de alimentos y aumento de la pobreza.

⁵ Es alarmante, «es urgente», «es nuestra última oportunidad», «la extinción» son las palabras que utilizaron miles de científicos destacados en la *Advertencia de los Científicos del Mundo a la Humanidad*, basados en las evidencias sobre el cambio climático y sus consecuencias (Ripple, 2020).

⁶ Las cifras varían, pero aún las más optimistas son terribles. La covid-19 empujará a más de 150 millones de personas a la pobreza extrema en 2021 y se irá incrementando con los años (Banco Mundial, 2020).

⁷ La crisis está asociada a un consumo excesivo de los países ricos y las clases adineradas, son los responsables de las emisiones destructivas. Son los que comen carne, producen deforestación, consumen energía de fósiles, se transportan en avión, etc. El cambio climático se está acelerando y es más severo de lo que se esperaba, con un pronóstico de un rápido calentamiento global que producirá lugares inhabitables (Ripple, 2020).

⁸ Médicos sin Fronteras (2020).

⁹ Ver el documento de las Naciones Unidas (2020).

¹⁰ Guterres (2020).

¹¹ Posiblemente debido a conductas adictivas y de riesgo y además, ellos están menos dispuestos a buscar ayuda médica (Capuano, 2020).

¹² A nivel mundial constituyen el 70 % de los trabajadores de la salud. Especialmente las enfermeras, parteras y médicas en muchos países se encuentran con un alto contacto con los contagiados. Se calcula que el nivel de infección de las trabajadoras de la salud es tres veces más alto que el de los varones. Ver *COVID-19 Un enfoque de Género*, UNFPA (2020).

¹³ Aunque la experiencia con otras epidemias indica la importancia de incorporar a las mujeres en la planificación de los recursos y en la búsqueda de soluciones, las mujeres están sobrerrepresentadas en los cuidados y subrepresentadas en la administración de recursos y en la implementación de estrategias y políticas sanitarias (Wenham, 2020).

¹⁴ Se preguntan los investigadores sobre la razón de la superioridad de las mujeres para resolver la crisis sanitaria, una característica machista puede ser la explicación. Ellos sufren de «sobreconfianza» que les impide buscar el adecuado asesoramiento experto para frenar la pandemia (Corzo Santamaría, *et al.*, 2021).

¹⁵ Se calcula que aproximadamente 243 millones de mujeres en el mundo han sido violentadas por su pareja en el último año y que muchos hombres han intensificado el ejercicio del poder y control ante la falta de alternativa de ellas. Los estudios indican que en pandemias anteriores se incrementó la violencia en contra de las trabajadoras de la salud, la violencia registrada en línea telefónicas, los feminicidios y la discriminación y el maltrato (Azcona, *et al.*, 2020).

¹⁶ Ver Dossier Estadístico del Indec (2021).

¹⁷ Un estudio del Indec muestra las fuertes desigualdades que enfrentan las mujeres, en el ámbito laboral y en el hogar (<https://www.pagina12.com.ar/328019-un-estudio-del-indec-muestra-las-fuertes-desigualdades-que-e9>)

¹⁸ Información estadística. Argentina.gob.ar <https://www.argentina.gob.ar/generos/li-nea-144/informacion-estadistica>.

¹⁹ En esta investigación realizada en varias ciudades y comunas de la provincia de Córdoba, 85 % se identificaron como mujeres y 15 % como LGTB.

²⁰ Esta importante investigación fue impulsada por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, a través del Programa Feminismo, Sexualidades y Derechos y la Comisión Géneros y Disidencias del Consejo Social. Ver el informe: *Los efectos de la pandemia Covid-19: mucho más que un problema de salud* (2020).

²¹ El estudio afirma que la variedad de obstáculos institucionales no permite una respuesta oportuna y ponen en riesgo la integridad de las personas que la necesitan.

²² Es interesante incorporar el estudio *Condiciones de Trabajo y Vida Cotidiana* (2020) realizado en esta ciudad donde se expone la brecha salarial entre hombres y mujeres profesionales. La diferencia entre ambos es del 32 %, pero es en el sector privado donde alcanza una diferencia del 42 %. También es significativa la diferencia en el trabajo no remunerado (tareas del hogar y cuidados), las mujeres invierten más del 30 % de su tiempo.

²³ Las desigualdades siguen profundizándose en las últimas décadas. El 1 % más rico es

dueño del 44 % de la riqueza mundial. Para Oxfam la inequidad extrema está fuera de control. Los billonarios tienen el doble de riqueza que las 6.9 billones de personas en el mundo. La mayoría son hombres. Ese 1 % duplica las emisiones de la mitad de la humanidad (Oxfam, 2020).

²⁴ No es ficción sino una descripción de los programas de Bolsonaro en Brasil, Duterte en Filipinas, y de algunos países europeos. La nueva derecha radical que ha crecido de forma alarmante en los últimos años podría hacer retroceder la expansión de derechos que parecían consolidados en el mundo.

²⁵ Como afirma Beinarte (2019), el radicalismo de derecha de los *New Authoritarians* planteó una guerra contra las mujeres con el propósito de revertir los avances femeninos de las últimas décadas.

²⁶ Esta es una construcción necesariamente limitada. Propongo un ejercicio constante y regular que plasme nuestras mejores utopías. Su enunciación es en sí misma una crítica a la realidad.

²⁷ Se sabe que existen sesgos inconscientes y perspectivas ideológicas, pero no por eso se cae en un relativismo que favorece la manipulación mental. En esta sociedad utópica es obligación explicitar los financiamientos de los medios de comunicación.

²⁸ En Chile se redactó una constitución con perspectiva de género; en Argentina el movimiento feminista es uno de los movimientos sociales más activos; «México femicida» es la consigna de las miles de manifestantes que desafían a López Obrador; grandes demostraciones en contra de Trump fueron lideradas por las mujeres; en El Salvador el feminismo pide democracia. La lista continúa.

²⁹ Se ve reflejada en la teoría de la evolución, que afirma que la sobrevivencia del ser humano se debe principalmente a la capacidad tecnológica producto de la inteligencia y se invisibiliza la capacidad emocional de protección; la primera masculina, la segunda femenina. Esta preeminencia de las decisiones racionales ha estado presente, equivocadamente, en economía, sociología y antropología, y las investigaciones feministas han demostrado su parcialidad (Morey, 2003).

³⁰ Este libro de Puleo es magnífico, porque con evidencias científicas, referencias filosóficas, en un lenguaje claro y al mismo tiempo con evocaciones bellas y amables, convence e invita a participar.

³¹ Invita la admirada filósofa a recorrer los senderos de este Jardín huerto: «Bajo la corteza de los árboles sentiremos correr la savia de una nueva primavera. Veremos resplandecientes rayos de sol en un recodo del camino... Escucharemos el canto de los pájaros, el rumor de la lluvia en el silencio y el susurro del agua de una fuente» (p. 17).

Bibliografía

Aruzza, C.; Bhattacharya, T.; Fraser, N. (2019). *Feminismo para el 99%. Un Manifiesto*. Buenos Aires: Rara Avis.

- Azcona, G.; Bhatt, A.; Encarnacion, J.; Plazaola-Castaño, J.; Seck, P.; Staab, S.; and Laura Turquet (2020). *From Insight to Action. Gender Equality in the Wake of Covid-19. UnWomen*. Recuperado de: <https://www.unwomen.org/>
- Beinarte, P. (2019). *The New Authoritarians Are Waging War on Women. The Atlantic*. Recuperado de: <https://www.theatlantic.com>
- Burki, T. (2020). *The origin of SARS-CoV-2. The Lancet*. doi: [https://doi.org/10.1016/S1473-3099\(20\)30641-1](https://doi.org/10.1016/S1473-3099(20)30641-1)
- Capuano, A.; Rossi, F.; Paolisso, G. (2020). *Covid-19 Kills More Men Than Women: An Overview of Possible Reasons. Frontiers in Cardiovascular Medicine*. doi: <https://doi.org/10.3389/fcvm.2020.00131>
- Castellanos Torres, E.; Mateos, J.T.; Chilet-Rosell, E. (2020). «COVID-19 en clave de género». *Elsevier Public Health Emergency Collection*, 34(5): 419-421. doi: [10.1016/j.gaceta.2020.04.007](https://doi.org/10.1016/j.gaceta.2020.04.007)
- Corzo Santamaría, M.T.; Bellon Nuñez, C.; Barriguete; J.L.; Redin, L. (2021). «2020, el año en que las dirigentes europeas gestionaron mejor la pandemia que sus colegas varones». *The Conversation*. Recuperado de: <https://theconversation.com/>
- Gerber, P.J.; Steinfeld, H.; Henderson, B.; Mottet, A.; Opio, C.; Dijkman, J.; Falcucci, A. y Tempio, G. (2013). *Tackling climate change through live stock – A global assessment of emissions and mitigation opportunities. CABI. Roma. Food and Agriculture Organization of the United Nations (FAO)*. Recuperado de: <http://www.fao.or>
- Guterres, A. (2020). «La pandemia expone y explota desigualdades de todo tipo, incluida la de género». Naciones Unidas. Recuperado de: <https://www.un.org/>
- Hallegatte, S.; Walsh, B. (2020). *COVID, climate change and poverty. Avoiding the worst. World Bank Blogs*. Recuperado de: <https://blogs.worldbank.org/>
- Harvey, F. (2020). «What could a good Green recovery plan actually look like?» *The Guardian*. Recuperado de: <https://www.theguardian.com/>

- MacDonald, A.; Mordecai, E. (2019). «Amazon deforestation drives malaria transmission, and malaria burden reduces forest clearing». *Proceeding of the National Academy*. 116 (44). <https://doi.org/10.1073/pnas.1905315116>
- Morey, P. (2003). «Sobre la importancia de la empatía genuina». En M.T. Dalmaso y A. Boria (Eds.), *Discurso social y construcción de identidades*. Córdoba: Ediciones del Programa de Discurso Social, Centro de Estudios Avanzados, UNC.
- Navarro, G.; García Calventi, M. (2020). «Covid-19 y Salud Sexual y Reproductiva». Escuela Andaluza de Salud Pública.
- Phumzile M. (2020). «Violencia contra las mujeres: la pandemia en la sombra. Naciones Unidas». Recuperado de: <https://www.unwomen.org/es>
- Puleo, A. (2019). *Claves Ecofeministas. Para rebeldes que aman a la Tierra y a los animales*. Murcia, España: Plaza y Valds.
- Ripple, W.; Wolf, Ch.; Newsome, Th.; Barnard, Ph.; Moomaw, W. (2020). *World Scientists' Warning of a Climate Emergency Bio Science*. 70 (1), pp. 8-12. doi: <https://doi.org/10.1093/biosci/biz088>
- Tollefson, J. (2020). «Deforestation, key in the spread of the coronavirus». *Nature*. Recuperado de: <http://www.ub.edu/>.
- Warren, K. (2015). «Feminist Environmental Philosophy». En Edward N. Zalta (Ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*.
- Wenham, C.; Smith, J.; Morgan, R. (2020). «COVID-19: the gendered impacts of the outbreak». *The Lancet*. doi: [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(20\)30526-2](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(20)30526-2)

Documentos e informes

- Banco Mundial (2020). «Debido a la pandemia de COVID-19, el número de personas que viven en la pobreza extrema habrá aumentado en 150 millones para 2021». Recuperado de: <https://www.worldbank.org/>
- Banco Mundial (2020). «Reversals of Fortune. Poverty and Shared Prosperities». Recuperado de: <https://www.worldbank.org/>

- Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, Programa Feminismo, Sexualidades y Derechos y la Comisión Géneros y Disidencias del Consejo Social (2020). «Los efectos de la pandemia COVID-19: mucho más que un problema de salud». Recuperado de: <http://hdl.handle.net/11086/15570>
- Federación de Profesionales de Córdoba. Facultad de Ciencias Sociales y Asociación de Docentes e Investigadores de la Universidad Nacional de Córdoba (2021). «Condiciones de Trabajo y Vida Cotidiana». Recuperado de: <https://www.unc.edu.ar/>
- INDEC (2021). «Dosier estadístico en conmemoración del 110° Día Internacional de la Mujer». Recuperado de: <https://www.indec.gob.ar/>
- Médicos sin Fronteras (2020). «Las mujeres y las niñas enfrentan mayores peligros durante la pandemia del COVID-19». <https://www.msf.org.ar/>
- Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad. «Información estadística». Recuperado de: <https://www.argentina.gob.ar/generos/linea-144/informacion-estadistica>
- Naciones Unidas (2020). «La COVID-19 golpea tres veces a las mujeres: por salud, por la violencia doméstica y por cuidado de los otros». <https://news.un.org/>
- Noticias ONU (2020, 27 de marzo). «El COVID-19 golpea tres veces a las mujeres: por salud, por la violencia doméstica y por cuidado de los otros». Recuperado de: <https://news.un.org/>
- ONU. Intergovernmental Panel on Climate Change. Recuperado de: <https://www.ipcc.ch/>
- Oxfam (2020). World's billionaires have more wealth than 4.6 billion people. Recuperado de: <https://www.oxfamamerica.org/>
- UNFPA (2020). «Covid-19: Un Enfoque de Género Proteger la Salud y los Derechos Sexuales y Reproductivos y Promover la Igualdad de Género». Recuperado de: <https://www.unfpa.org/>
- UNICEF Argentina (2020). «Informe sectorial: Encuesta COVID-19, Percepción y actitudes de la población. Impacto de la pandemia y las medidas adoptadas sobre la vida cotidiana». Recuperado de: <https://www.unicef.org/>

El covid-19 y la sociedad mundial: aproximación a un cambio de paradigma en las ciencias sociales

Esteban Torres

1. Crisis mundial y cambio político en América Latina: el nuevo escenario para la transformación de la sociología

Uno de los axiomas que permanece vivo en los estudios sociológicos del cambio social es aquel que indica que son los grandes acontecimientos y procesos históricos los que determinan las líneas rectoras de producción intelectual de un período determinado –y por lo tanto también del campo de la sociología– y no a la inversa. Aquí parto del supuesto que la crisis financiera global de 2008, la ola de integración desde abajo en América Latina del período 2003-2015¹ y la presente crisis mundial del covid-19 se fueron entrelazando para desatar, en simultáneo, un proceso de recentralización del Estado y un registro inédito de mundialización de los problemas y los procesos sociales. Ambos componentes están presionando «desde afuera» sobre el campo crecientemente autonomizado de la producción sociológica y científico-social en la región.

La crisis de 2008 permitió incrementar la conciencia de cada sociólogo/a respecto a i) la pertenencia ampliada a la cara occidental de la sociedad mundial, ii) la gravitación de los problemas macroeconómicos, y respecto a iii) la centralidad del Estado para la superación de las crisis. Junto a ello, alimentó iv) el interés abstracto por el futuro mundial del neoliberalismo y luego del capitalismo como sistema de organización económica. Por su parte, la ola de integración ascendente en América Latina i) permitió tomar conciencia de la

pertenencia a un bloque regional, ii) consiguió activar nuevos impulsos de politización general asociados al creciente protagonismo estatal en las diferentes esferas nacionales y, finalmente, iii) logró potenciar y reconducir el interés por el futuro y la superación regional del neoliberalismo a un plano más concreto, más próximo y más urgente. Finalmente, la crisis mundial del covid-19 está permitiendo: i) reconocer y agudizar el sentido de pertenencia a la sociedad mundial como un todo –más allá de occidente–; ii) reconocer la centralidad del Estado más allá de un plano económico, y finalmente está consiguiendo; iii) reforzar la inquietud por el futuro del neoliberalismo y del capitalismo, esta vez tanto en América Latina como en el conjunto de la sociedad mundial.

Este conjunto de cambios incipientes producidos en las disposiciones sociológicas regionales, difíciles de dimensionar en su potencia y en sus consecuencias, se puede ordenar a partir de reconocer dos tipos de crisis que están actuando en simultáneo: una *crisis avanzada del neoliberalismo*, que también impacta y se realiza en el campo de la sociología y de las ciencias sociales regionales como un todo, y una *crisis incipiente de la idea de sociedad* que recrean la sociología y el conjunto de las ciencias sociales. El efecto de ambas crisis en los paradigmas sociológicos es bien diferente. Si la crisis del neoliberalismo impacta negativamente en el paradigma posmoderno anti-moderno y de un modo positivo en el paradigma moderno, la crisis de la idea de sociedad impacta negativamente en ambos paradigmas, pero afectando de un modo más determinante al paradigma moderno. Veamos cómo se realiza este fenómeno con más detalle y qué conclusiones podemos extraer de ello.

Si bien las relaciones de determinación no son directas ni evidentes, creo posible sostener que la expresión académica central de la crisis del neoliberalismo en la sociedad mundial es la incipiente crisis del posmodernismo anti-moderno, tanto de izquierdas como de derechas. El proceso que está determinando la crisis conjunta del neoliberalismo y del paradigma posmoderno anti-moderno es el recentramiento relativo –y no necesariamente persistente– del estado en la sociedad mundial, y en particular en América Latina. En este caso no se trata del reconocimiento de una primacía estatal en relación al mercado capitalista, tal como se presentó en los países cen-

trales en la década de 1960, sino la identificación del estado como campo y/o como actor necesario e irremplazable para la reproducción sistémica de la economía mundial y para el sostenimiento material del conjunto de las sociedades históricas. Estas funciones estatales históricas se reconfirmaron de una forma impactante durante la crisis mundial de 2008, luego en la ola latinoamericana 2003-2015 y finalmente a partir de la actual crisis del covid-19. Es precisamente sobre la negación radical de este hecho estatal que se edifica el paradigma posmoderno anti-moderno a fines de la década de 1960 en Europa y a principios de la década de 1980 en América Latina, particularmente en el Cono Sur. A partir de esta serie de registros resulta sencillo concluir que la salida a la crisis actual del neoliberalismo conlleva una reconsideración positiva del paradigma moderno de la sociología, que se estructura a partir del reconocimiento de las funciones estatales mencionadas.

En la actualidad es posible observar una cierta correspondencia entre la certeza en el mundo de la política progresista en América Latina respecto de la necesidad de plantear en lo inmediato un programa pos-neoliberal centrado en el estado y la certeza en la sociología y en las ciencias sociales comprometidas con el cambio socio-histórico respecto de la necesidad de recuperar elementos de un proyecto intelectual moderno, igualmente centrado en el estado. Dicho en otros términos, una parte de la solución de conocimiento a esta crisis específica la podría ofrecer determinada sociología moderna.

Si la crisis del neoliberalismo se observa en las tres situaciones históricas comentadas, la incipiente crisis de la idea de sociedad es un emergente novedoso de las perturbaciones mundiales producidas por la expansión del covid-19. En cualquier caso, la crisis de la idea de sociedad no se puede explicar sin los dos golpes previos de expansión de los encuadres sociológicos. Me refiero, tal como indiqué, a la recuperación de los registros de pertenencia material a la sociedad occidental (crisis del 2007-2008) y de pertenencia material a América Latina (ola de integración 2003-2015)². Si el proceso de mundialización material viene avanzando sin pausas en América Latina desde la colonización española, no ocurre lo mismo con los procesos de mundialización mental e intelectual. Es la proliferación mundial del covid-19 el gran acontecimiento coyuntural que está

expandiendo, como en ningún otro momento de la historia de la humanidad, un proceso acelerado –y prácticamente en tiempo real– de mundialización mental en el conjunto de la sociedad mundial. Cuando aquí me refiero a la sociedad mundial estoy haciendo referencia a una sociedad que integra tanto al occidente como al oriente mundial, al mundo urbano y al mundo rural, pero que está migrando su polo principal de poder hacia oriente, con epicentro en China. La creciente mundialización mental e intelectual, que es una instancia previa de la posible mundialización racional de la sociología, está dejando en evidencia, por primera vez, el agotamiento simultáneo de los paradigmas moderno y posmoderno³. Ambos parten de la premisa, convertida en sentido común, de que el marco de observación de referencia para las ciencias sociales es la sociedad nacional. No se trata de cualquier idea de sociedad nacional sino de una visión autorreferencial y restrictiva que –con sus variantes ideológicas– se viene propalando desde el Norte global desde la primera revolución industrial. En sus versiones más refinadas, esta idea de sociedad nacional se revistió de un universalismo penetrante y reflexivo que facilitó su asimilación masiva por parte de los pueblos universitarios de los países periféricos para la valorización de sus propias sociedades históricas. Esta premisa continúa estructurando mayoritariamente la construcción de los objetos de investigación sobre las diferentes realidades nacionales, regionales y globales occidentales, así como las visiones globalistas y/o universalistas que algunas perspectivas occidentales promocionan. En la raíz de los programas intelectuales modernos y posmodernos anti-modernos anidan diferentes tipos de nacionalismos metodológicos, epistémicos y teóricos.

La mundialización intelectual que produce la crisis del covid-19 se compone de al menos tres registros claves: i) una idea preliminar de sociedad mundial, unificada, que integra diferentes esferas nacionales, regionales y globales; ii) un registro de la existencia de desigualdades entre naciones y regiones; y iii) una intuición o una corroboración de que la sociedad mundial no es solo moderna o «en vías de modernización». Lo primero quedó en evidencia a partir de las diversas reacciones socio-sanitarias y económicas de los estados en relación a su sociedad territorial intra-nacional, a la región más amplia que los contiene y a partir del modo en que cada formación

estatal se proyectó más allá de su esfera regional. El segundo se comprobó a partir del número de contagios y de muertes causados por el covid-19, con Estados Unidos como gran excepción. Y el tercer registro quedó completamente evidenciado a partir de la discusión sobre el modelo estatal y social chino. Dada la potencia creciente del gigante asiático en la sociedad mundial y su política global de macroprotección sanitaria (Torres, 2020b), las visiones occidentalistas no lograron imponer sus interpretaciones en la esfera pública occidental. Además, es posible constatar que estamos experimentando un proceso de mundialización mental e intelectual en la medida en que dichos registros ampliados se produjeron desde cada una de las localizaciones de la sociedad mundial. Todo indica que buena parte de las sociedades históricas y las ciencias sociales de cada localización tomaron mayor conciencia de estos tres registros. En cualquier caso, aún es demasiado pronto para aseverar que se está produciendo la instalación definitiva de la mundialización como sentido común intelectual. Más acertado es suponer que esta coyuntura mundial está generando la oportunidad de evidenciar la inadecuación de las ideas de sociedad producidas y luego exportadas desde y para los países occidentales dominantes. De este modo, de la creciente incomodidad con la vieja idea europea o eurocéntrica de sociedad nacional está surgiendo en la presente coyuntura los impulsos para iniciar la edificación de una visión de la sociedad mundial más atenta a la diversidad planetaria y a las especificidades históricas y estructurales de nuestras naciones. La crisis mundial del covid-19 nos pone frente a la oportunidad de avanzar, entre otras cuestiones, en la creación de nuevas teorías de la sociedad mundial y del cambio social mundial para la sociología mundial.

La conclusión que puedo extraer hasta aquí es que la crisis mundial del covid-19, ligada a los demás componentes socio-históricos señalados, está generando, en simultáneo, las mejores condiciones de las últimas cuatro décadas para recuperar determinados proyectos intelectuales modernos, así como para precipitar una revolución paradigmática en la sociología que permita superarlos. Ahora bien, para poder realizar un cambio paradigmático no alcanza con un nuevo espíritu científico y crítico planetario. Es necesario ligar tales componentes a una transformación política de la sociología, lo

cual plantea serias complicaciones en la actualidad. Da la impresión que se viene acentuando la inquietud por comprender los procesos de cambio estructural en la región y por recuperar la pregunta sobre el futuro de América Latina y del conjunto de la sociedad mundial, pero no necesariamente por intervenir en dichos procesos. La mayor mundialización de las perspectivas sociológicas es una condición necesaria pero insuficiente para poder hacer de la sociología un factor potencialmente incidente en los procesos de cambio social. Hasta el momento, el nuevo sentido común mundialista sirve mayoritariamente de base para las viejas operaciones de apropiación privada al interior de un capitalismo académico globalizado que continúa avanzando de forma acelerada. Posiblemente estemos superando el punto de máxima descolectivización de los objetos de investigación de la sociología regional, pero no así de sus proyectos intelectuales, de la dinámica propia del campo sociológico, y menos en relación con el mundo extraacadémico. En cualquier caso, lo primero que necesitamos identificar son los límites inherentes a esa sociología moderna que sirve de base para avanzar hacia una superación paradigmática.

2. La sociología moderna y sus límites en América Latina

La recuperación de los encuadres modernos es una condición necesaria pero no suficiente para la renovación de la sociología en América Latina. Lo que las diferentes corrientes modernas nos traen de vuelta es una identidad, un proyecto científico y una preocupación política por el cambio estructural y por el desarrollo material de las sociedades. El reconocimiento de la necesidad social de las formas estatales es una consecuencia de asumir tal compromiso. En cualquier caso, en mi lectura, no es cualquier legado moderno el que debemos recuperar para la sociología hoy, sino el de la corriente autonomista en su punto de máxima realización en América Latina, entre las décadas del sesenta y del setenta. Me refiero a la experiencia más avanzada de autonomización y de mundialización de la sociología del cambio social y del desarrollo en la historia de América Latina. En tal período se destacaron principalmente las obras de

Fernando Henrique Cardoso, de Enzo Falleto y de Raúl Prebisch (Cardoso y Falleto, 1973; Prebisch, 1981)⁴. Ahora bien, si esta corriente de la sociología moderna sienta las bases para un compromiso creativo con el cambio estructural de las sociedades regionales, no termina de ofrecer las herramientas para la resolución exitosa de dicho propósito.

Las salidas sociológicas imaginadas para el período actual de «modernidad impugnada» no puede ni debe ser el retorno a la «modernidad compacta» del período anterior⁵. Los límites presentes en los proyectos intelectuales modernos autonomistas no son todos productos de las presentes búsquedas de actualización. Algunos de ellos responden a viejas deficiencias, que ayudan a explicar por qué estas perspectivas no terminaron de funcionar en su momento de mayor vigor. En primer lugar, me detendré en lo que considero son limitaciones del pasado, que se proyectan al presente, para luego referirme a las obsolescencias más recientes que identifico en este viejo proyecto, producto de los cambios sociales que vienen trastocando el mundo desde entonces.

Visto desde hoy, el núcleo del problema irresuelto de la sociología autonomista hasta la década del setenta gira precisamente en torno a la imposibilidad de expandir lo suficiente su autonomía y su visión mundialista. Por esos años, no solamente el proceso económico de sustitución de importaciones tuvo serios inconvenientes para progresar. Algo similar sucedió con la sociología, que no logró avanzar lo suficiente en el proceso de sustitución de visiones y de teorías modernas europeas y eurocéntricas. La corriente sociológica autonomista encontró su límite en la década del setenta a partir de su incapacidad o de la imposibilidad para avanzar en una crítica y una posterior superación del universalismo moderno. Logró progresos, como ninguna otra, en la formulación del problema de la dependencia intelectual respecto a los centros globales, ligado a un diagnóstico de dependencia histórico-estructural. Pero estos avances se quedaron cortos en la medida en que no lograron desactivar el dispositivo de dominación europeo o eurocéntrico que anidaba en ese proyecto. De esta manera, la sociología latinoamericana autonomista no logró recrearse lo suficiente como para poder desactivar el código civilizatorio europeo y las ideas de sociedad que contenía el paradigma

moderno. La desactivación del dispositivo de poder moderno de la sociología hubiera demandado –y continúa demandando– en primer lugar una crítica y una vía de superación del nacionalismo epistémico, metodológico y teórico que nutre la raíz de las visiones universalistas de la teoría social moderna. Al señalar que allí opera un componente nacionalista estoy asumiendo que el paradigma moderno es pseudo-universalista, en tanto no se orientó a crear una teoría de la sociedad mundial y del cambio social mundial, y menos aún una *visión mundial de la sociedad mundial*. De este modo, en su momento de máxima potencia creativa, los sociológicos autonomistas no lograron fracturar y trascender una experiencia de enajenación teórica. Sus libertades creadoras encontraron un límite en la sujeción más o menos voluntaria a los centros de producción intelectual de los países líderes. De esta manera, no se trata tan solo de una limitación autodeterminada sino también de una experiencia intelectual y sociológica que no se puede escindir de los estrechos vínculos que la mayoría de los sociólogos autonomistas alimentaban con los centros de irradiación sociológica dominantes de los países centrales⁶.

A las deficiencias históricas mencionadas de las corrientes modernas autonomistas se añaden nuevas inadecuaciones, todas ellas sustantivas, que se generan y se van agudizando a partir de las tendencias sociales que avanzan en la sociedad mundial. Me referiré a dos de ellas: i) la inadecuación morfológica de la teoría social moderna, un aspecto completamente central del que prácticamente no se habla, y luego ii) la descomposición política de la sociología moderna de izquierdas en todas sus variedades y expresiones (también la autonomista). En cuanto a la primera, es constatable que resulta cada vez más inviable plantearse la edificación de sistemas teóricos semejantes a aquellos que fabricó la sociología moderna desde fines del siglo XIX en Europa hasta la década del setenta en América Latina. La *forma-teoría moderna* es una creación intelectual emergente de un grado de dinamismo social y de restricción informativa y documental que desapareció del conjunto de las ciudades del sistema mundial hace décadas. Lo que hoy curiosamente se sigue presentando en América Latina como expresiones potentes de «teoría sociológica» son cristalizaciones abstractas, admirables desde un punto de vista arquitectónico, pero producidas en tiempos y espacios completa-

mente extinguidos. De este modo, cuando la ciencia social moderna, en todo su espectro ideológico, pretendió reaccionar en la década del ochenta a la creciente aceleración de los procesos de cambio social y a la mayor interdependencia social mundial lo hizo a partir de esas viejas fórmulas de construcción teórica de las sociedades del pasado, más estáticas y menos atentas a las interdependencias globales. El resultado previsible de este desacople espacio-temporal ha sido la imposibilidad de construir nuevas teorías en las ciencias sociales ajustadas al código sistemático moderno. La reacción a la obsolescencia morfológica de la sociología histórica sistemática ha tomado dos caminos: el de la reproducción de viejas teorías modernas o el del completo abandono de la teoría social. Esta doble salida se puede observar, por ejemplo, a partir del modo en que se viene reaccionando desde la izquierda académica a la teoría social de Marx: o reproducción acrítica, con las disposiciones perezosas y celebratorias que le son inherentes, o visiones anti-marxianas encendidas, con la irracionalidad que ello conlleva para una sociología comprometida con la explicación de los procesos de cambio socio-históricos.

En resumidas cuentas, las temporalidades y las espacialidades intrínsecas a los grandes sistemas teóricos desde hace tiempo no existen más «fuera» de dichos dispositivos y frente a esta evidencia la sociología latinoamericana está optando por abandonar la creación teórica, y, sobre todo, la creación teórica autonomista. Esta carencia se traslada en buena medida al campo de la sociología mundial occidental. Salvo la obra contemporánea de Manuel Castells, no se observan prácticas de innovación metodológica y morfológica orientadas a la actualización de las teorías sociológicas del cambio social. Ya no es una novedad que la puesta en marcha de dichas operaciones resulta una condición *sine qua non* para intentar hacer frente a la creciente aceleración social, a la mundialización de las fuentes de información y al crecimiento exponencial del volumen de documentación producido, publicado y en circulación en los cinco continentes⁷. De esta manera, los actuales procesos de cambio estructural en la sociedad mundial se quedaron sin nuevas teorías del cambio social en condiciones de explicar estas dinámicas y eventualmente adelantarse a ellas y conducir las en alguna dirección. La pretensión de sortear el callejón sin salida del código constructivo de teoría social

moderna demanda necesariamente una revolución científica e instrumental, que logre instalar un nuevo código de construcción posmoderno atento a la apropiación creativa de algunos avances de la revolución tecno-informacional.

La segunda inadecuación contemporánea, tal como mencioné, se asocia al avance de la impotencia política de la sociología moderna. Para un proyecto intelectual progresista, coherente y firme en sus convicciones, no hay nada más preocupante que esta constatación. La política moderna de la sociología, en su forma académica dominante, está completamente aniquilada. Se auto-destruyó porque subordinó sus impulsos de transformación social al objetivo de cada investigador/a de ganar la competencia individual en el campo sociológico, con las reglas sistémicas actuales, que son las del capitalismo académico mundializado. Como saben, las reglas de funcionamiento del campo sociológico y las lógicas de acumulación de poder al interior del capitalismo académico están crecientemente autonomizadas de la sociedad y de la política de masas. De este modo, la pretensión transformadora de la sociología moderna progresista se realiza como un pequeño movimiento al interior de un sub-universo crecientemente autonomizado. No se trata de un avance de la despolitización sino del desenvolvimiento de una micro-politización intra-académica. El movimiento que actualmente deja en evidencia el vacío político de la sociología moderna progresista es sin lugar a dudas el feminismo. Esta corriente mundial vigorosa, expansiva, proyectada desde abajo, obtiene nítidos rendimientos políticos extra-académicos en la actualidad sin recurrir al aparato científico, crítico y político moderno⁸.

Es constatable que la sociología moderna despliega una política en la investigación sociológica, una política en el campo de las ciencias sociales, pero no una sociología para la política extra-académica del cambio social. Y es esta última dimensión la que verdaderamente cuenta para cambiar las estructuras de las sociedades históricas. Esa desconexión material respecto a las luchas de poder político es lo que explica que en la sociología moderna progresista desde hace tiempo solo se recrea una política fatalmente idealista, de propensión ultra-liberal e individualista. Actualmente, en América Latina y el mundo, la sociología moderna progresista es una sociología

sin proyecto estatal realista. Su acción práctica se reduce a la conformación de agrupamientos académicos heterogéneos, a los cuales les adjudica un máximo de politicidad. Esta sociología apenas llega a ser en la actualidad una caja de herramientas y un dispositivo de poder para la toma de conciencia académica y para el alimento cultural de algunos núcleos minoritarios de los estratos medios urbanos. Allá lejos quedó para esta corriente intelectual el propósito originario del desarrollo material justo o igualitario de las sociedades. Para poder cumplir con dicha meta necesitaría comenzar por asumir otro principio de politicidad. Antes que aproximarse a los nuevos actores políticos, esta sociología crítica, moderna y progresista tiende a desilusionarse y a distanciarse de los juegos concretos de apropiación que se despliegan en las esferas nacionales, regionales y globales. Posiblemente esta desafección general sea el único modo de legitimar la decisión de consumir la totalidad de sus energías en un juego de poder académico que poco tiene que ver con el destino de las mayorías sociales y demasiado con la búsqueda de un éxito individual que muy pocos/as llegan a reconocer.

Una de las conclusiones centrales que podemos sacar de este punto es que la revolución paradigmática de la sociología no solo demanda otro espíritu científico sino también otro espíritu político. Una nueva mundialización autonomista de la sociología, que ubique en el centro de sus preocupaciones el esclarecimiento científico de los procesos de cambio social mundial, no conduce por sí mismo a cerrar la brecha entre la sociología y la política del cambio social. Este nuevo compromiso político de la sociología debe contemplar una propuesta de reconexión directa o indirecta con las luchas políticas nacionales, con la política de los grandes movimientos sociales, con las políticas estatales, e incluso con las políticas empresariales. Pero esa política ya no puede ser una política moderna, en el sentido conocido, porque tanto el universo de la sociología como el mundo de la política han cambiado drásticamente en América Latina. Venimos asistiendo a un fenómeno preocupante: las trayectorias de ambos campos, el académico y el político, se están bifurcando, autonomizando y distanciando uno del otro a gran velocidad. Tal como insinuaba, la primera se encuentra subsumida de modo acrítico a un nuevo capitalismo académico centrado en la exaltación del individuo

y la segunda se conforma con algo más de autonomía en relación a un sistema inter-capital, crecientemente mundializado y financiariado, con epicentro en las corporaciones privadas gigantescas de la sociedad mundial. Esta situación nos pone frente a la necesidad de propiciar una revolución política de la vieja sociología moderna del cambio social. Esta revolución debe comenzar por imaginar un conjunto de nuevas reglas de funcionamiento realistas dentro y eventualmente más allá del capitalismo académico. Tampoco hay que perder de vista que así como la sociología no está funcionando para la política del cambio social, la enorme mayoría de los movimientos políticos y de los proyectos estatales de la sociedad mundial no está funcionando para la transformación positiva de las sociedades.

Los motivos expuestos hasta aquí me permiten sostener que el legado de la sociología moderna autonomista en América Latina es una base necesaria, un proyecto insuficiente, a la vez que un retorno imposible para la nueva sociología comprometida con el futuro de las sociedades. Lo que necesitamos es transitar hacia un nuevo paradigma sociológico, con y más allá del dispositivo moderno, a la altura de los grandes desafíos del presente histórico.

3. Conclusión

En el presente trabajo sostuve que el entrelazamiento de la crisis general del neoliberalismo y la crisis específica de la idea de sociedad está acelerando la caducidad del paradigma moderno y del paradigma posmoderno-antimoderno de la sociología regional y mundial. El correlato lógico que trae consigo dicha constatación es la necesidad de activar un cambio de paradigma, que permita reconvertir a la sociología en una fuerza actualizada y expansiva, comprometida con la explicación y la incidencia en los procesos de cambio social. Como ya mencioné, desde hace décadas que los procesos de cambio social en la América Latina se quedaron sin nuevas teorías del cambio social que pudiesen explicar estas dinámicas y eventualmente adelantarse a ellas y conducir las en alguna dirección.

La primera condición para poder desatar un verdadero cambio de paradigma, que no naufrague en la esterilidad archi-conocida

de las fantasías rupturistas individuales, es la recuperación en nuevos términos del legado de la corriente autonomista del paradigma moderno de la sociología regional. Tal como argumenté en el trabajo, esta corriente nos trae de vuelta una identidad, un proyecto científico y una preocupación política por el cambio estructural y por el desarrollo material autónomo de las sociedades. Ahora bien, por los motivos ya expuestos, el legado de la sociología moderna autonomista en América Latina es una base necesaria, pero al mismo tiempo insuficiente y limitada en un doble registro. En primer lugar, resultó limitada en su manifestación originaria, dada su llamativa incapacidad para reducir en mayor medida la dependencia intelectual respecto a los núcleos intelectuales modernos de los países centrales. Y luego, en segundo lugar, el proyecto autonomista exhibe marcadas inadecuaciones respecto a las condiciones de producción sociológica del presente. En el primer caso, la limitación se asocia a una identidad y una forma de dependencia no superada, y, en el segundo, a una aguda obsolescencia en relación a las dinámicas actuales de progresión de la sociedad mundial y del sistema institucional de la sociología. Si la primera limitación no llega a explicar los motivos del naufragio de la corriente autonomista en la década del setenta, la segunda limitación sí explica en buena medida por qué dicho programa no se pudo actualizar hasta el día de hoy y por qué se hace necesario ir más allá del viejo movimiento autonomista. Tal como lo veo, necesitamos transitar hacia un nuevo paradigma sociológico posmoderno, acorde a los nuevos desafíos históricos, con y más allá del dispositivo moderno autonomista.

El nuevo paradigma debería auto-afirmarse a partir de un primer propósito: el de la restitución y renovación del motor científico de la sociología regional. Esta reinstalación debería orientarse a la creación de nuevas teorías de la sociedad mundial y del cambio social mundial. Ahora bien, la propuesta de renovación paradigmática no debería ser exclusivamente portadora de un nuevo dispositivo científico y crítico planetario. La re-cientificación mundialista de las perspectivas sociológicas es una condición necesaria pero de ningún modo suficiente para hacer de la sociología una fuerza con capacidad de incidencia en los procesos de cambio social. Es por ello que el nuevo paradigma en gestación debe asumir como reto central la

recolocación de la política del cambio social en el núcleo del movimiento latinoamericano de la sociología mundial. Es imprescindible cerrar la brecha entre la sociología y la política del cambio social. El nuevo espíritu político contenido en esta idea de superación paradigmática debe contemplar una propuesta de reconexión directa o indirecta con las luchas políticas nacionales, con la política de los grandes movimientos sociales, con las políticas estatales y con las políticas empresariales. Pero esa nueva política, como vimos, ya no puede ser una política moderna, en el sentido conocido, porque tanto el universo de la sociología como el mundo de la política han cambiado en América Latina y en el conjunto de la sociedad mundial.

Notas

¹ Para una explicación sociológica de la progresión de las diferentes olas de integración de la historia regional desde la colonización española, incluida la de 2003-2015, ver Torres, 2020a.

² Se podría decir también que la crisis del 2007-2008 y el momento regional 2003-2015 fueron instancias de la mundialización mental, pero me parece que en el marco de dichos procesos históricos la sociología estaba completamente circunscrita al bloque occidental de la sociedad mundial, tal como lo está ahora en sus formas dominantes.

³ Cuando me refiero aquí al agotamiento de los paradigmas moderno y posmoderno, me refiero a la generalización de la percepción de que estos marcos de pensamiento no funcionan para explicar los procesos de cambio social. Pero lo cierto es que algunas de las grandes limitaciones de estas constelaciones intelectuales, sobre todo las del paradigma moderno, nunca pudieron ser superadas.

⁴ Para una caracterización detallada de la «corriente autonomista», ver Torres, 2020c.

⁵ Para una referencia general respecto a los períodos sucesivos de la sociología regional, ver igualmente Torres, 2020c.

⁶ Luego de la irrupción de las dictaduras militares del Cono Sur directamente extirparon los impulsos de autonomización y de mundialización que la sociología autonomista venía acumulando a gran velocidad desde la década del cincuenta. A partir de la década del ochenta la crítica a la modernidad continuó avanzando en otros términos, motorizada por intereses exclusivamente intra-académicos, de la mano de las corrientes posmodernas anti-modernas. Ahora bien, la crítica a la modernidad del posmodernismo anti-moderno se realizó mayoritariamente desde un programa de hipermodernidad reduccionista, en la medida en que actualizó y reforzó los nacionalismos ya mencionados de las visiones norcéntricas. Tal reforzamiento se produjo a partir de promover una nueva exotización de lo no-moderno. que tiende a actualizar las históricas visiones racistas y supremacistas

propaladas desde el Norte Global.

⁷ Tampoco resulta accidental que las visiones del cambio social del autor catalán sean fuertemente resistidas en el mundo entero por los guardianes de los cánones sistemáticos de la sociología moderna, quienes no se ocupan de producir nuevas herramientas. Para responder a las acusaciones de que su sociología es anti-teórica, Manuel Castells suele afirmar, recurriendo a una chicana, que no se ocupa de la «teoría social» sino de la investigación sociológica. Pero lo cierto es que sí hay una teoría sociológica en la obra contemporánea de Castells. Se trata de una nueva *forma teórica pos-tradicional*, que por ello le permitió construir una explicación general sobre los procesos de cambio social global en plena década de los noventa.

⁸ Para un desarrollo de este punto ver Battyány y Torres, 2020.

Bibliografía

- Batthyány, K. & Torres, E. (2020). «Editorial». *Astrolabio Nueva Época*, N° 25: La crisis mundial del COVID-19: sociologías, feminismos y sociedad mundial. *Astrolabio*, (25), I-VIII. Recuperado a partir de <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/astrolabio/article/view/30069>
- Cardoso, F.; Faletto, E. (1973). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Siglo XXI.
- Prebisch, R. (1981). *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*. Fondo de Cultura Económica.
- Torres, E. (2020a). «Hacia una nueva teoría del cambio social en América Latina: esquemas y elementos preliminares». En E. Torres (Ed.), *Hacia la renovación de la teoría social latinoamericana* (pp. 23-56). CLACSO.
- Torres, E. (2020b). «El nuevo estado protector y la legitimidad de excepción: una aproximación mundial». *Astrolabio*, (25) 65-97. Recuperado a partir de <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/astrolabio/article/view/29219>
- Torres, E. (2020c). *La gran transformación de la sociología*. FCS-CLACSO. [En prensa: ISBN en trámite].

Pensar la crisis desde la comunicación, la cultura y la ciudadanía: agenda académica y política para la acción

Daniela Monje
Liliana Córdoba
Valeria Meirovich
Susana Morales
Magdalena Doyle
Santiago Martínez Luque

1. Introducción

Desde el Programa de Estudios sobre Comunicación y Ciudadanía del Área de Estudios de la Comunicación del Centro de Estudios Avanzados inscribimos nuestra contribución a este libro en una reflexión que busca recuperar los sentidos profundos que, para nosotros y en nuestras experiencias, ha tenido desarrollar nuestro trabajo en el marco de la pandemia de covid-19 de un modo que ha actualizado y articulado una particular perspectiva y capacidad ética con el sentido de responsabilidad social y el compromiso político.

Pensar y actuar desde los límites que nos impuso inicialmente el aislamiento y más tarde el distanciamiento, requirió una interpelación profunda acerca de la significación social de nuestro trabajo. Luego del estupor inicial y con una incertidumbre que aún hoy muta y que nos acompaña hasta el momento de escribir estas líneas, nos propusimos producir y aportar una reflexión situada, creando conocimientos y datos relevantes sobre y para la sociedad, manteniendo –al tiempo que transformando– los espacios, las rutinas, las prácticas de encuentro y de aprendizaje, ahora en la virtualidad. Esa pulsión política, que es disputa de sentidos, hizo posibles numerosas acciones que se han plasmado en la realización de ciclos de conversatorios, la escritura de artículos, la generación de espacios de intercambio y debate, la elaboración de proyectos de investigación orien-

tados y la formación de recursos humanos. A lo largo de este año dramático y por momentos desolador, hemos encontrado fortaleza en los proyectos colaborativos y en la construcción de redes interdisciplinarias, institucionales y territoriales. Y junto a otras y otros colegas hemos diseñado acciones de evaluación y propuestas de intervención vinculadas a los impactos que la pandemia ha tenido, tiene y seguramente tendrá en relación a nuestros campos de interés y objetos de estudio.

Reflexionamos en diferentes claves y construimos objetos de indagación específicos en cada caso, pero situados en ese campo de conocimiento común que se pregunta por los modos en que se traman comunicación, cultura y ciudadanía, particularmente en relación a las disputas por una amplia trama de derechos humanos en el marco de los cuales se construyen y revisan cotidiana y dinámicamente los derechos a la comunicación.

Una de las cuestiones que emergió como núcleo de interés fue la pregunta por los modos en que la ciudadanía en tanto públicos y audiencias ha transitado la crisis ocasionada por la pandemia. ¿Qué medios se consumieron? ¿Por cuántas horas al día? ¿En qué situaciones y modalidades? ¿Bajo qué motivaciones, necesidades, intereses y expectativas? ¿Qué contenidos –y, entre ellos, qué informaciones– se recibieron? ¿Quiénes produjeron esas informaciones? ¿A qué fuentes acudieron? ¿Quiénes ayudaron a procesar esas informaciones? ¿Cómo se relacionaron los consumos de medios con el ejercicio de otros derechos, como el derecho a la educación?, siguiendo la provocación de Herbert Schiller, nos interrogamos: ¿Cuál fue la información socialmente relevante para enfrentar la pandemia? Los medios tradicionales y digitales, comerciales, públicos o no lucrativos produjeron y transmitieron información según lógicas diferenciadas; si bien al inicio de la pandemia tuvieron algún punto consensual en términos de agenda, estas se polarizaron rápidamente con el correr de los meses.

La inflación del uso de redes digitales conformó, asimismo, una escena inédita en la que se gestaron campañas de odio, muchas de ellas alimentadas a base de noticias falsas. En este cuadro distópico, hecho de caos e incertidumbre, los ciudadanos y las ciudadanas no estuvieron en igualdad de condiciones para ejercer sus derechos a

la comunicación. Mientras algunas personas se adecuaron rápidamente a las demandas de la excepción, muchas otras quedaron a la deriva. Desconectadas, aisladas o aún peor, sufriendo los efectos de lo que UNESCO ha denominado «desinfodemia» —esto es, una mezcla de información errónea y desinformación— que se extendió por todo el mundo y sembró discordia y confusión.

Esta inflación en el uso de redes se vincula a una característica central de nuestra sociedad en tiempos de pandemia: nos referimos a una marcada modificación en los modos de vinculación y participación de la vida social signada por la pérdida de la co-presencia. Esto se evidencia en diversos ámbitos de nuestra vida, entre ellos —y este fue uno de los focos de nuestro interés— el educativo. Pero este desplazamiento de la educación desde el espacio físico de la escuela hacia el hogar se ha realizado sobre la base de determinadas condiciones (tecnológicas, comunicativas, culturales, educativas, entre otras) y particulares mediaciones (espacialidades, hábitos, representaciones, afectos, entre otros). Al respecto, identificamos como una preocupación central la existencia de dificultades para continuar con la escolaridad por falta de equipamiento y de conectividad a internet en el hogar, a lo que se suman las limitaciones experimentadas por los/as adultos/as responsables para poder acompañar los procesos de enseñanza-aprendizaje de los/as niños/as y adolescentes (Comisión de Ciencias Sociales de la Unidad Coronavirus COVID-19, 2020: 9).

En este escenario, hemos podido observar cómo se fueron desarrollando acciones transitorias que, recurriendo a los medios de comunicación tradicionales, se propusieron continuar los procesos de enseñanza-aprendizaje en los niveles educativos obligatorios. Entre ellas, existe el programa *Seguimos Educando* (propuesta emprendida por el Ministerio de Educación de la Nación y el Sistema Nacional de Medios Públicos), como así también otras acciones desarrolladas por los medios no lucrativos (comunitarios, cooperativos, populares, entre otros) las cuales han desempeñado un rol estratégico para acompañar los procesos educativos de manera solidaria y complementaria con la institución escolar. Todo ello torna evidente la vigencia de los medios tradicionales y nos plantea la necesaria reflexión en torno a su lugar en la configuración de las tramas socia-

les contemporáneas y de los proyectos políticos que se configuran al interior de estas.

En efecto, y como hemos sostenido en investigaciones anteriores, no podemos acordar con la idea de un proceso homogéneo de desplazamiento de los medios audiovisuales tradicionales por parte de los emergentes de tipo digital. Aún atravesados por la concentración empresarial de medios, nuestro país acuna una importante cantidad de escenarios mediáticos regionales y locales estructurados históricamente de modos diversos. Dicha historia de diversidad y diferencia también habla de consumos y audiencias que deben ser reconocidos en sus particularidades para no realizar generalizaciones engañosas producidas desde las urbes metropolitanas. En este sentido, observamos que, frente a una estructura mediática nacional y global extremadamente concentrada –cuyas agendas tienden a encontrarse reñidas con la pluralidad informativa de temáticas, actores y ámbitos geográficos–, los medios locales, aún tradicionales, se consolidaron como lugares de reconocimiento que el consumo nombra (Martínez Luque y Morales, 2020).

Por otra parte, la pandemia amenaza transformarse además –especialmente en América Latina–, en una crisis alimentaria, humanitaria y política de grandes dimensiones (CEPAL-OPS, 2020) y en una profunda crisis cultural. La vida cotidiana se ha visto alterada, lo que generó nuevas formas de incertidumbre y expandió la experiencia del riesgo a espacios impensados de una manera inusitada. Se han puesto a prueba los sistemas de valores, las relaciones de confianza mutua, los vínculos de solidaridad y la capacidad de imaginar colectivamente horizontes de futuro. Se reconfiguran, en ese plano, cuestiones sustantivas para la constitución de las ciudadanías, donde emergen nuevas preguntas: ¿Cómo se reactivan y actualizan en este contexto las tensiones entre individuo y comunidad, entre interés general e interés particular, propias de las formas de vida democráticas?; ¿Cómo se reinterpretan las intervenciones deseables y posibles desde el Estado y se posibilitan cuestionamientos a la razón neoliberal?; ¿Encontrarán las opciones tecnototalitarias una contraposición política poderosa y democratizante? ¿Cómo se integran hoy la solidaridad y la responsabilidad, las emociones y los afectos en la configuración de subjetividades? Las identidades, las experiencias y los dis-

cursos en torno a la pandemia y la pospandemia van obteniendo un espesor político y cultural que conmueve de manera completa la escena contemporánea y todo nuestro porvenir. Ojalá podamos, desde las ciencias sociales, sumar claves potentes para su comprensión.

2. Una agenda de investigación e intervención frente a la pandemia

La pandemia que aún transitamos requiere producir claves analíticas sofisticadas en relación a la información que se produce y consume, a los actores y prácticas que esto involucra y al conjunto de mediaciones que intervienen, configurando, la dimensión comunicativa de la vida social.

Desde nuestra área consideramos, en este sentido, que era prioritario producir investigación y trabajo en red, a partir de articulaciones situadas, tanto en el ámbito local como nacional, para el abordaje de las múltiples problemáticas emergentes.

La reestructuración del sistema capitalista en curso desde hace casi tresdeceniosha dado lugar a una mayor incorporación de los conocimientos científicos y tecnológicos a la dinámica del sistema. Esto ha permitido el surgimiento de un nuevo paradigma basado en esas tecnologías, que también han contribuido a la globalización del capital y a la apertura de una nueva frontera de acumulación, en particular en relación con los activos intangibles e inmateriales y con toda la nueva dinámica económica basada en los procesos de digitalización, datificación, procesamiento inteligente de algoritmos e inteligencia artificial.

Los impactos de estas transformaciones son diversos. En la economía, es ilustrativo que pocas empresas transnacionales –a saber, Google, Amazon, Facebook, Apple y Microsoft– figuren a la cabeza de la lista de las bolsas de valores más importantes. El mundo del trabajo se ha reconfigurado gracias a la mediación de las plataformas digitales, que han permitido nuevas formas de explotación y precariedad. La conversación social, intensa en las redes sociales, está atravesada por campañas de desinformación que han marcado la actividad política y que ahora han sido señaladas como infodémi-

cas. Campañas de desinformación que incluso han ayudado a elegir a políticos de extrema derecha y a sostener regímenes autoritarios. De hecho, la participación ciudadana en la política está estrechamente vinculada a su capacidad de incidencia en los medios de comunicación, en particular los digitales. Son ejemplos que ponen de relieve la nueva dinámica económica y la estructura de la mediación social que se han forjado en la actualidad.

Si bien estos cambios ya han reconfigurado la dinámica social, se han acelerado en el contexto de la pandemia de coronavirus, ya que la principal medida de protección de la salud adoptada en todo el mundo, el aislamiento social, ha aumentado la necesidad de utilizar plataformas digitales para las más diversas actividades de educación, trabajo, ocio, etc. Las desigualdades en este escenario, se han presentado de forma dramática. Como señalamos anteriormente, tener o no acceso a las computadoras y a la Internet se ha convertido –en gran medida– en el diferencial entre quienes pueden o no pueden continuar la educación escolar. En otro aspecto, las tecnologías de la información y las comunicaciones también se utilizaron en la lucha contra la pandemia, como la vigilancia de las personas mediante la localización de dispositivos móviles, mostrando los posibles usos, pero permitiendo también la expansión de la vigilancia por parte de los Estados y las empresas.

La incidencia de este nuevo entorno tecno informativo en la organización de la experiencia de los individuos en su doble condición de públicos y ciudadanos es central. En términos hipotéticos postulamos cambios significativos en al menos tres dimensiones relevantes en la modelación de la experiencia sociocultural y ciudadana: 1) la modificación de las prácticas de consumo informativo, 2) la creación de nuevas relaciones entre información, conocimiento y realidad, y 3) la producción de nuevos sentidos sobre cómo se construye y se es parte de lo común y lo colectivo.

En relación a estas dimensiones se articulan las diferentes líneas de investigación que nuestra área lleva adelante y que exponemos a continuación.

3. Sobre las iniciativas de investigación en curso

El lugar de las ciencias sociales y la investigación social en el mapa científico tecnológico es siempre un territorio de disputa. En el contexto de la actual pandemia ha resultado prioritario reconocer y proponer líneas de indagación propiciadas desde nuestras áreas de trabajo que puedan mostrar y dilucidar aspectos de este acontecimiento que complementaran las cuestiones biomédicas o epidemiológicas.

Atendiendo a las convocatorias específicas realizadas desde diversas agencias de ciencia y tecnología, nos dispusimos a trabajar articuladamente con equipos y colegas en proyectos que atendieran a preguntas urgentes. Sin dejar de avanzar en nuestras investigaciones en curso¹, nos abocamos al diseño de proyectos que fueron presentados, evaluados, aprobados y financiados y que queremos compartir en este espacio porque consideramos que dan cuenta de nuestro posicionamiento ético como investigadoras de la universidad pública en esta coyuntura.

3.1. La convocatoria PISAC COVID-19

En esta sección agrupamos y presentamos un conjunto de proyectos de investigación que fueron aprobados y obtuvieron financiamiento en el marco de la Convocatoria PISAC COVID-19 *«La sociedad argentina en la postpandemia»* llevada a cabo por el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación, Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación (2020). La preocupación por los temas, objetos y preguntas que ellos plantean se vincula, por cierto, a la trayectoria de trabajo de nuestro programa, razón por la cual nos hemos involucrado activamente en su diseño y actual implementación.

3.1.1. *«Las radios y la continuidad educativa en el contexto de aislamiento social: relevamiento, diagnóstico y orientaciones para repensar la comunicación, la educación y la conectividad en Argentina»*

Este proyecto² tiene origen en un conjunto de reflexiones y acciones

(centralmente, de investigación, extensión y transferencia) que venimos produciendo en el Programa de Estudios sobre Comunicación y Ciudadanía en articulación con radios públicas y no lucrativas de Argentina y con las redes e instituciones que las nuclean.

Focalizando en el análisis y la comprensión del rol de estos medios en nuestra sociedad atendiendo a la situación de pandemia actual, el proyecto se propone indagar sobre las experiencias educativas desarrolladas a través de las radios públicas y las radios comunitarias, populares, alternativas, cooperativas y de pueblos originarios (CPACyPO, en adelante) en el contexto de ASPO y DISPO por la pandemia de covid-19, como una herramienta eficaz para el diseño de políticas públicas cuyo propósito sea garantizar condiciones, procedimientos y prácticas que potencien este tipo de experiencias y sus actores protagonistas, promoviendo el ejercicio de los derechos a la educación y la comunicación de la ciudadanía argentina.

En el contexto del aislamiento social –y luego, de distanciamiento social– se fueron desarrollando acciones transitorias para dar continuidad a los procesos de enseñanza-aprendizaje en los niveles educativos obligatorios aunque, en gran medida, esto ha sido sin planificación previa, con condiciones deficientes y con las propias limitaciones que derivan de esta situación. Entre ellas, existe el programa *Seguimos Educando* (propuesta emprendida por el Ministerio de Educación de la Nación y el Sistema Nacional de Medios Públicos), como así también otras acciones desarrolladas por los medios comunitarios, las cuales han desempeñado un rol estratégico para acompañar los procesos educativos de manera complementaria a la institución escolar.

Al tiempo que se tornan evidentes las heterogéneas y desiguales realidades asociadas al proceso de digitalización y convergencia tecnológica en nuestro país (ENACOM, 2020), cobra relevancia el rol desempeñado por los medios tradicionales en diversos sectores de nuestra sociedad y su articulación con instituciones de otros ámbitos –entre ellos, el educativo– para garantizar el desarrollo de la vida social local. En este marco, la presencia de la radio como medio a través del cual se producen prácticas y procesos educativos, se destaca en cuanto a las principales características y potencialidades de este medio: a) una amplia cobertura en todo el país, con un alto

desarrollo de propuestas locales que permiten una estructuración de audiencias construidas sobre tramas culturales locales; b) una gran disponibilidad de artefactos receptores y un uso que no requiere gastos asociados a costos de conexión; c) su escucha se sostiene en un tipo de relación que no requiere saberes y competencias específicas sino que se articula sobre aquellas fuertemente sedimentadas en la experiencias social; d) finalmente, una trama de sustentabilidad que se regenera a partir de un fuerte vínculo con las necesidades de las comunidades en las que están insertas (Villamayor, 2017; Iglesias, 2015; Morales, 2020).

En este marco, entonces, el proyecto se propone producir una base de datos de las iniciativas impulsadas desde el gobierno nacional y/o desde las radios públicas y del sector comunitario en Argentina para sostener, acompañar y/o fortalecer los procesos educativos en sus comunidades en la situación de aislamiento social por la pandemia covid-19. A su vez, intenta analizar el rol desempeñado por las radios públicas y CPACyPO en el desarrollo de proyectos y procesos educativos en el contexto de ASPO por el covid-19, identificando las prácticas y discursos generados por dichos medios, las vinculaciones que se producen con otras instituciones y actores sociales, las relaciones comunicativas que establecen con sus audiencias y la incidencia en sus trayectorias formativas, en términos de una potencial contribución al acceso y ejercicio del derecho a la educación. Y finalmente, aportar al desarrollo de iniciativas en el ámbito estatal que busquen fortalecer el rol de las instituciones públicas para garantizar el reconocimiento y ejercicio de derechos de la ciudadanía argentina en el escenario actual y futuro.

3.1.2. «Fuerzas de seguridad, vulnerabilidad y violencias. Un estudio interdisciplinario, multidimensional y comparativo de las formas de intervención de las fuerzas de seguridad y policías en contextos de vulnerabilidad en la Argentina post pandemia»

Este proyecto³ se enmarca en la línea de trabajo que desarrollamos en nuestro programa de investigación sobre medios de comunicación y seguridad. Es dirigido por el Dr. José Garriga Zucal y aborda las particularidades que tomó la intervención y desempeño, así como

todo otro tipo de relaciones e interacciones entre miembros de las fuerzas de seguridad, las policías y las poblaciones en condiciones de vulnerabilidad. (Garriga Zucal, 2020: 31) en el contexto de las medidas sanitarias para la prevención del covid-19.

Esta iniciativa se emprende a través de una red que articula investigadores de 19 ciudades de las siete regiones definidas por la convocatoria: CABA y Gran Buenos Aires (Región Gran Buenos Aires); La Plata y Mar del Plata (Región Pampeana); Córdoba, Santa Fe y Rosario (Región Centro); Corrientes, Resistencia, Posadas y Puerto Iguazú (Región Noreste/Litoral); San Salvador de Jujuy, La Quiaca, Salvador Mazza y San Miguel de Tucumán (Región Noroeste); Mendoza y San Juan (Región Cuyo); Bariloche y Cipoletti (Región Patagonia). Y nuestro equipo asume el desafío de llevar a cabo el trabajo de investigación que permitirá registrar y analizar las valoraciones, apreciaciones y argumentos en torno a las intervenciones de las fuerzas de seguridad que alimentan/contribuyen tanto a las legitimidades de las violencias policiales para con las poblaciones en foco, como a su desaprobación o impugnación. Para ello se consideran no sólo las representaciones de las fuerzas de seguridad y policiales sobre sus acciones sino también las interpretaciones de las diferentes poblaciones y grupos sociales. Además, se analiza de manera comparativa cómo los medios de comunicación presentan los casos de violencia y cómo éstos son área de debate en algunas redes sociales. En particular, porque resulta necesario indagar y reconocer comparativamente si los criterios de legitimidad de las violencias se han modificado en nuestro presente pandémico, para así proyectar y aportar, desde nuestro conocimiento, a lo que será una sociedad post pandémica.

3.1.3. «Identities, experiences and social discourses in conflict in relation to the pandemic and the post pandemic: a multidimensional study on uncertainties, hatreds, solidarities, care and unequal expectations in all the regions of Argentina»

Esta es una investigación de carácter interdisciplinaria⁴, dirigida por el Dr. Javier Balza, que se propone conocer cómo la ciudadanía en general y los sectores de educación y salud, en particular, percibie-

ron y se representaron la irrupción de la pandemia en sus vidas y en la dinámica colectiva, en términos de confianza, solidaridad, miedos, prejuicios y cuidado y reconocer de qué manera la ciudadanía proyecta su inserción individual y colectiva en la Argentina de la post pandemia.

En este proyecto partimos del supuesto de que inclusive bajo la hipótesis sanitaria más optimista, debemos pensar a la pospandemia como un proceso lento y complejo, que demandará a las sociedades grandes esfuerzos para reconstruir la confianza y para lidiar con los costos de la reconstrucción económica. En un escenario menos optimista, una concatenación de crisis sanitaria, económica y social puede transformarse en una crisis en la que se intensifiquen fenómenos como el autoritarismo social, el crecimiento de los prejuicios y las discriminaciones, y la desconfianza con respecto a la ciencia y las instituciones públicas. En cualquiera de estos escenarios, consideramos que habrá una serie de cuestiones críticas de la vida cultural en las que las representaciones sociales, las creencias y los discursos públicos jugarán un papel central en los desafíos que enfrentarán las sociedades democráticas. De allí la importancia de conocer cómo experimentaron la pandemia los distintos sectores de la ciudadanía, cuánto adhieren y resignifican las distintas y opuestas interpelaciones presentadas desde el discurso público y, sobre todo, de qué maneras están proyectando su futuro. En este contexto, signado por la fragmentación y el individualismo, la educación y el sistema de salud funcionaron, dentro de sus limitaciones, como espacios de integración y cuidado. Por este motivo, consideramos importante combinar un estudio general de los/as argentinos/as, con una indagación específica sobre cómo transitaron esta experiencia el personal de salud y los/as docentes, así como sobre las tensiones y posibles salidas que vislumbran para la pospandemia. Para poder captar esta complejidad, la estrategia metodológica se basa en una triangulación entre distintas técnicas de producción y análisis de datos, tanto cualitativas como cuantitativas y se conformó para ello un vasto equipo de investigación con nodos en las siete regiones del país, con una gran diversidad generacional y disciplinar. Las integrantes del Programa de Estudios sobre CyC que participamos del proyecto estamos aportando especialmente al relevamiento de la configuración de series

discursivas y formas de interpelación que operan predominantemente en los discursos info-comunicacionales.

3.2. Proyectos institucionales a temas estratégicos SeCyT UNC

La investigación de la que participamos se enfoca en la interrelación entre desigualdades y acceso a derechos desde una perspectiva interseccional. Se pregunta por el acceso efectivo a derechos de la población de la ciudad de Córdoba —específicamente en el ámbito de la salud, la educación, el trabajo, la conectividad y la información pública—, y por las acciones que los actores despliegan para hacer frente a los obstáculos y exclusiones en el acceso a esos derechos. La investigación es desarrollada por trece equipos de la Facultad de Ciencias Sociales, aportando cada uno desde sus especificidades. Para el caso de nuestra área, desde los equipos dirigidos por la Dra. Monje y la Dra. Córdoba hemos integrado las variables de acceso a la conectividad y acceso a la información pública como dimensiones de indagación.

Como ya es obvio, la pandemia deja a su paso un incremento exponencial del uso de conectividad para todos los planos de la vida pública y privada, incluso allí donde aún no se alcanza de un modo adecuado, la conectividad es un imperativo que llegará a generalizarse más temprano que tarde, y la ciudadanía debe poder ejercerse en el siglo XXI desde un lugar de conciencia de las complejidades de lógicas y actores que construyen nuestras redes de interconexión, ya que es el modo de poder tomar decisiones racionales.

En Argentina, aun cuando se identifican índices de conectividad a banda ancha superiores al promedio regional (19/100 frente un promedio de 13,9/100), las asimetrías en conectividad son significativas particularmente en lo relativo a las velocidades con las que se presta el servicio y a los territorios rurales y barrios populares en los que el servicio se presta con mucha dificultad o directamente no llega. La penetración de internet de banda ancha a nivel nacional es del 66,31 por ciento tomada en su conjunto pero desagregada por provincias indica que más de la mitad está debajo de este número.

Con relación a la asequibilidad, según las mediciones comparativas realizadas por la UIT en 2019, el pago de un paquete básico

de Internet, telefonía móvil y TV de pago insumía entre un 10 y un 15 % de los ingresos familiares de un grupo familiar correspondiente a cuarto o quinto quintil.

En lo relativo a educación, si se consideran los resultados de la encuesta administrada por el Ministerio de Educación, en 2020 existió una gran disparidad en el acceso en tanto 3 de cada 10 hogares no contó con acceso fijo a internet, el 27 % solo accedió a la educación mediante el uso de celular y más del 50 % no contó con computadoras en su domicilio para uso estrictamente educativo. Las disparidades se enfatizan en el territorio: 20 puntos porcentuales de diferencia entre Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) y Patagonia con relación al Noreste y Noroeste argentinos.

Identificamos en esta investigación una distinción significativa entre acceso y asequibilidad: el primero enunciado en términos de un derecho que debe garantizarse y cierta provisión de infraestructura disponible, el segundo, en cambio, vinculado a las reales condiciones de oferta y demanda de un servicio de determinadas características y un costo justo y razonable para acceder a él. Se observa que existe un rubro de comunicación y telecomunicaciones que durante décadas no fue siquiera considerado en las mediciones de organismos públicos como INDEC respecto de lo que se denomina «canasta básica». Esta situación se empieza a revertir sólo hace un par de años. En 2018, las mediciones de INDEC desagregan por primera vez los rubros Comunicaciones y Recreación en correspondencia con el COICOP⁵ con algunas adecuaciones efectuadas para el caso Argentino. Pese a ello, se identifica un área de vacancia en torno a la medición específica de lo que proponemos llamar una Canasta Básica de Telecomunicaciones (CBTel) a la que definiremos de un modo provisorio como el conjunto de bienes y servicios destinados a satisfacer las necesidades de comunicación y conectividad de un ciudadano⁶.

Por otra parte, la demanda de información para la medición del cumplimiento de las obligaciones estatales en materia de derechos económicos, sociales y culturales es creciente por su necesidad de articulación con el campo de las políticas públicas. Son evidentes los déficits en la producción de información certera, amplia y empática en nuestra realidad. Es clara la dependencia que tenemos de

plataformas comerciales para la distribución de información de interés público. El Estado y las instituciones públicas han perdido terreno frente al mundo comercial, al tiempo que hoy afrontan una oportunidad y urgencia ineludible de retomar la producción de información socialmente relevante para el diseño de políticas públicas, al tiempo que de mecanismos y medios que permitan asistir con información imprescindible para la vida de la población en estas circunstancias.

4. Reflexiones finales

La pandemia, como tragedia sanitaria global, trajo aparejados, en tanto epifenómenos, la incertidumbre y el desasosiego, al tiempo que puso de relieve cuestiones de carácter histórico y estructural preexistentes en nuestras sociedades: la desigualdad, las restricciones en el acceso a derechos, la ubicuidad de las mediaciones técnicas en todos los ámbitos de lo social, la fragmentación de nuestras identidades, las disputas políticas, económicas y culturales en torno al desarrollo tecnológico, la devastación ambiental planetaria y, de manera general, la crisis de un modelo de desarrollo y de humanidad frente al cual se requieren nuevos lenguajes de la crítica.

En el campo de los estudios de comunicación hemos caracterizado, durante años, la creciente participación de medios y tecnologías de la información y la comunicación en la configuración de las democracias y las ciudadanías como un proceso de mediatización de la vida política y cultural.

Hoy, resulta evidente que esa categoría ya no alcanza, ella sola, para dar cuenta de la profunda imbricación de las tecnologías en nuestra humanidad. El covid-19 es también, como dice Berardi, un virus semiótico que modifica rotundamente el contexto de nuestra acción.

Resulta necesario trabajar en varias direcciones, a partir de una agenda de investigación situada en términos históricos, definida en relación a las epistemologías que queremos transitar y comprometida a la intervención política y ciudadana que asumimos desde nuestro trabajo intelectual.

Esperamos que el conjunto de las investigaciones que hemos presentado aquí y actualmente estamos desarrollando en el marco de redes interdisciplinarias e interinstitucionales nacionales aporten a una comprensión más profunda de esta situación, así como a la imaginación de nuevos horizontes posibles para nuestra humanidad. ¿Cuál sería sino el sentido de una intervención académica ética y responsable de y desde la universidad pública en este tiempo?

Notas

¹ Proyecto «Industrias Culturales en la Convergencia: Demandas Populares, Políticas, Economía y Derechos». Directora: Daniela Monje y Proyecto «Ser público hoy: las transformaciones tecno-informativas en la experiencia cultural y ciudadana». Directora: Liliana Córdoba. Ambos aprobados y subsidiados por la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Córdoba. Periodo 2018-2021.

² Este proyecto articula una red de 70 investigadores de Argentina. Dirigido por la Prof. Claudia Villamayor, en el proyecto participan equipos de investigación de la Universidad Nacional de La Plata, la Universidad Nacional de Quilmes, la Universidad Nacional de Tucumán, la Universidad Nacional de Córdoba, la Universidad Nacional de Villa María, la Universidad Nacional del Comahue, la Universidad Nacional del Nordeste y la Universidad Nacional de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, junto con FARCO (Foro Argentino de Radio Comunitarias), ARUNA (Asociación de Radio-difusoras Universitarias), el Instituto de Capacitación e Investigación de los Educadores de Córdoba perteneciente a UEPC (Unión de Educadores de la Provincia de Córdoba) y la Defensoría del Público de Servicios de Comunicación Audiovisual. Participan de este proyecto las/os investigadoras/es del Programa de Estudios sobre Comunicación y Ciudadanía: Daniela Monje, Valeria Meirovich, Susana Morales, Magdalena Doyle, Cecilia Culasso, Rocío Marruco y Santiago Martínez Luque.

³ El proyecto integra cerca de 200 investigadores de todo el país, integrados en 17 equipos de trabajo pertenecientes a la Universidad Nacional de San Martín, Universidad Nacional de Misiones, Universidad Nacional de Río Negro, Universidad Nacional de Rosario, Universidad Nacional de La Plata, Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de Córdoba, Universidad Nacional de Litoral, Universidad Nacional de Mar del Plata, Universidad Nacional de Villa María, Universidad Nacional de Quilmes, Universidad Nacional de Cuyo, Universidad Nacional Arturo Jauretche, Universidad Nacional de Jujuy y el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS). Participan de este proyecto las investigadoras del Programa de Estudios sobre Comunicación y Ciudadanía: Susana Morales, Valeria Meirovich y Magdalena Doyle.

⁴ El proyecto, dirigido por Javier Balza (UNQ), cuenta con 21 nodos en diversas UUNN e instituciones de investigación que agrupan a más de 200 investigadores. Del nodo Córdoba participan investigadores de la FCS, entre ellos la Dra. Liliana Córdoba

y las lic. Josefina Pivadori y Ana Nuñez, ambas integrantes del Programa sobre Estudios de Comunicación y Ciudadanía.

⁵ Clasificación del Consumo Individual por Finalidad (Classification of Individual Consumption According to Purpose) COICOP, por sus siglas en inglés.

⁶ Se observan asimetrías persistentes sobre desigualdad en conectividad que requieren resolución inmediata. Concomitantemente se identifica la necesidad de trabajar en la alfabetización mediática e informacional de la ciudadanía, tal como se propone a nivel internacional desde UNESCO respecto de estas temáticas. Aun cuando las políticas del Estado nacional se han encaminado hacia la consideración de la conectividad en tanto bien público y se ha declarado a los servicios TIC como servicios públicos esenciales, consideramos que este derecho a la comunicación no puede ser meramente declamativo y que por tanto requiere de acciones de política que articulen con el campo académico para vehicular su efectivo cumplimiento.

Bibliografía

Comisión de Ciencias Sociales de la Unidad Coronavirus COVID-19. Disponible en: https://www.conicet.gov.ar/wp-content/uploads/Informe_Final_Covid-Cs.Sociales-1.pdf

ENACOM (2020). «Acceso a internet». Disponible en <https://datosabiertos.enacom.gob.ar/dashboards/20000/acceso-a-internet/>

Garriga Zucal, J. (2020). «El baile, el verdugueo y el sacrificio. Sobre la legitimidad de las violencias policiales». *Revista de la Escuela de Antropología*, N. XXVII, Universidad Nacional de Rosario.

Iglesias, M. (2015). *A contramano: modelos de gestión, modos organizativos y estrategias económicas de las emisoras comunitarias argentinas en búsqueda de la sustentabilidad (2005-2015)*. Tesis de la Maestría en Industrias Culturales de la Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.

Martinez Luque, E. Santiago; Morales, Susana (2020). «Aportes al debate sobre convergencia tecnológica en las prácticas de consumo audiovisual». *Revista Científica de la Redcom*. Fadeccos. La Plata, Argentina.

Morales, S. M. (2020). «Estudios de audiencias y medios comunitarios: apuntes para un reencuentro necesario». *Anagramas Rum-*

bos y Sentidos de la Comunicación, 18 (36), enero-junio, pp. 57-76.

Villamayor, C. (2017). «Comunicación popular y alternativa. Radios Comunitarias gestoras de procesos Comunicacionales». En L. Lizondo y C. Pleguezuelos (Comps.), *Vivencias y experiencias de comunicación comunitaria en el norte salteño*. Salta: Universidad Nacional de Salta.

De los autores

Waldo Ansaldi. Es, formalmente, doctor en Historia (Universidad Nacional de Córdoba), pero por concepción y práctica ha devenido un latinoamericanista híbrido que trabaja recombinando fragmentos de la ciencia de la política, la historiografía y la sociología, un campo que denomina análisis sociohistórico crítico de procesos de larga duración, amén de análisis de coyuntura. Ha investigado y/o investiga cuestiones tales como mecanismos de dominación político-social, ciudadanía y derechos humanos, dictaduras y democracias, violencia política. Fue Investigador Principal del CONICET con sede en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (Facultad de Ciencias Sociales-UBA), del cual fue director (2009-2011). Profesor titular consulto en la misma Facultad. Ha sido y es profesor de grado y/o posgrado en varias universidades del país y del exterior. Fue director de la Maestría en Estudios Sociales para América Latina (UNSE, 1996-1999) y de la Maestría en Estudios Sociales Latinoamericanos, UBA (2011-2017), en la cual es profesor. Lo es también en la Maestría en Estudios Latinoamericanos (UNCuyo). Fue Coordinador Académico de la Maestría en Procesos de Integración Regional-Mercosur (UBA, 2005-2011). Actualmente es, además de profesor, Coordinador Académico de la Línea Sociología del Doctorado en Estudios Sociales Latinoamericanos (FCS-UNC).

Adrián Carbonetti. Licenciado en Historia (1991) por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, magister en Demografía (1997) por el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba y doctor en Demografía (2003) por la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad

Nacional de Córdoba. Realizó un posgrado en el Centro de Estudios Avanzados (2007). Profesor adjunto en la Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC (2004), profesor titular en la Facultad de Ciencias Sociales, UNC (2005) y profesor titular en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral (2013). Ha dictado numerosos cursos de posgrado en diversas universidades como UNL, UNC, UNJU. Es investigador principal de la carrera de investigador científico del Consejo Nacional de Investigaciones Científico Tecnológicas (CONICET) y director del Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (CIECS). Tiene numerosas publicaciones entre libros, capítulos de libros y artículos en revistas especializadas relacionadas a la historia social de la salud y la enfermedad, historia de la medicina e historia de la ciencia. <http://orcid.org/0000-0002-2093-2046>
acarbonetti2012@gmail.com / adrian.carbonetti@unc.edu.ar

Carlos Juárez Centeno. Abogado, Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba. Especialista en Derechos Humanos, Universidad Complutense de Madrid. Especialista en Ciencia Política y Derecho Constitucional, Centro de Estudios Constitucionales del Reino de España. Diploma de Altos Estudios Internacionales, Sociedad de Estudios Internacionales de España. Director de la Maestría en Relaciones Internacionales, profesor titular y coordinador del Área de Estudios Internacionales del Centro de Estudios Avanzados de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba. Profesor titular de Derecho Político en la Facultad de Derecho de la UNC; profesor titular en Ciencia Política y Derecho Constitucional, Universidad Blas Pascal; vicepresidente del COFEI (Consejo Federal de Estudios Internacionales); miembro de SAAP (Sociedad Argentina de Análisis Político); miembro de la Asociación Argentina de Derecho Constitucional; miembro de FLAEI (Federación Latinoamericana de Estudios Internacionales); investigador categoría I en el Programa Nacional de Incentivos de la Secretaría de Política Universitarias del Ministerio de Educación de la Nación; asesor del Honorable Senado del Congreso de la Nación Argentina, 2010-2016; asesor de gabinete del intendente de la Ciudad de Córdoba, 2014-2019; consultor CONEAU. Asesor/consultor para la reforma del Plan

de Estudios del Instituto del Servicio Exterior de la Nación, Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto de la República Argentina. 2020.

Liliana Córdoba. Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Especialista en Investigación de la Comunicación por el Centro de Estudios Avanzados (CEA) de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) y licenciada en Comunicación Social por la misma universidad. Se desempeña como profesora adjunta regular en el Área de Estudios Sociales de la Comunicación del CEA de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNC y en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la UNC. Dicta clases de grado en la Licenciatura en Sociología, Ciencias Políticas y Comunicación Social. Se desempeña también como docente estable de carreras de posgrado en la UNC y como docente invitada en otras universidades del país. Dirige la Especialización en Gestión y Producción de Medios Audiovisuales del CEA y es co-directora del Programa de Estudios sobre Comunicación y Ciudadanía del mismo centro. Participa como evaluadora de proyectos y programas de investigación, además de integrar tribunales de tesis en diversas instituciones. También participa como evaluadora de artículos de revistas nacionales e internacionales de su área. Tiene publicaciones en revistas científicas, capítulos de libros y artículos de divulgación y opinión en medios locales y nacionales. Ha ocupado diversos cargos de gestión institucional. Actualmente se desempeña como Secretaria de Investigación de la FCS-UNC.

liliana.cordoba@unc.edu.ar

María Teresa Dalmaso. Doctora en Lingüística por la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Profesora emérita por la Universidad Nacional de Córdoba. En el nivel de grado se ha desempeñado como profesora titular de la cátedra de Semiótica en la carrera de Ciencias de la Información de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, donde ha tenido a su cargo, además, distintos seminarios enfocados al Análisis del Discurso y a la Semiótica de los Medios. También ha sido profesora en la carrera de Comunicación Social de la Universidad Nacional de Río Cuarto.

En cuanto a la docencia de posgrado, ha sido cofundadora de la Maestría en Sociosemiótica del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, donde se desempeñó sucesivamente como vicedirectora y directora. Posteriormente fundó y dirigió el Doctorado en Semiótica en la misma unidad académica. Actualmente, dirige el Programa de investigación sobre Discurso Social, con sede en el Centro de Estudios Avanzados de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNC. Sus publicaciones dan cuenta de sus investigaciones en torno a sociosemiótica y discurso social.

Magdalena Doyle. Doctora en Antropología (UBA) y Magíster en Comunicación y Cultura Contemporánea (UNC). Se desempeña como docente de grado y posgrado en la Facultad de Ciencias Sociales y la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la UNC; es coordinadora académica de la Maestría en Comunicación y Cultura Contemporánea del CEA, FCS, UNC e integra el Programa de Estudios sobre Comunicación y Ciudadanía del CEA, FCS, UNC, dirigido por la Dra. Daniela Monje. Ha sido becaria doctoral y posdoctoral de CONICET, con investigaciones sobre derechos a la comunicación de pueblos originarios. Es investigadora categoría III en el programa de incentivos. Integra el proyecto «Las radios y la continuidad educativa en el contexto de aislamiento social: relevamiento, diagnóstico y orientaciones para repensar la comunicación, la educación y la conectividad en Argentina», dirigido por la Mgter. Claudia Villamayor, acreditado por la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación, en el marco de la Convocatoria PISAC-COVID-19; es investigadora responsable en el proyecto «Ser público hoy: las transformaciones techno-informativas en la experiencia cultural y ciudadana», dirigido por la Dra. Liliana Córdoba, con subsidio de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UNC (2018-2021).
magdalena.doyle@unc.edu.ar

Gonzalo Ghigino. Doctor en Estudios Globales por la Universidad de Shanghái 2019, master en Relaciones Internacionales por el Centro de Estudios Avanzados de la UNC (CEA-UNC) 2014, y licenciado en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) 2009.

Becario en la Universidad China de Leyes y Ciencias Políticas de Beijing en 2012. Ha sido miembro investigador en el CIMI-SHU (Centro de Investigación Mixto Internacional Globalización y Sociedad) entre la Universidad de Shanghai y el CEIL-CONICET. Su campo de estudio abarca los estudios sobre las relaciones entre Argentina, América Latina y China, así como también la globalización el rol de China y los impactos en los países emergentes. Es autor de numerosas publicaciones sobre la Integración latinoamericana, las relaciones entre China, América Latina y Argentina en el contexto de cambio en el escenario internacional desde el fin de la Guerra Fría. Ha participado de congresos y conferencias en Estados Unidos, China, España, Chile y Argentina al tiempo que ha dictado seminarios sobre China y América Latina tanto en China como en Argentina.

Leandro M. González. Licenciado en Ciencia Política (Universidad Católica de Córdoba, 1993). Magister y doctor en Demografía (Universidad Nacional de Córdoba, 1999 y 2007). Investigador independiente de CONICET y profesor adjunto de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNC desde 2005. Director de la Maestría en Demografía 2014-19, coordinador del Programa sobre Vulnerabilidad Social del Centro de Estudios Avanzados 2005-15. Consultor de CEPAL-CELADE, BID y OPS en proyecciones de población. Docente regular de Proyecciones de Población, Seminario de Vulnerabilidad Socio-Demográfica en carreras de posgrado de Argentina, Colombia y Paraguay. Profesor de Sociología Política en la Universidad Empresarial Siglo 21 (Córdoba, 2000-04). Ha coordinado un curso a distancia sobre medición de la desigualdad social en CLACSO (Cátedra CLACSO-CROP, 2008). Vicepresidente de la Asociación de Estudios de la Población Argentina 2018-19. Participa en las Redes de Investigación en Proyecciones de Población y Vulnerabilidad Social de la Asociación Latinoamericana de Población y AEPa. Integra el Consejo Académico del CEA (FCS-UNC) y del Instituto Superior de Estudios Ambientales (SECYT-UNC). Investiga sobre dinámica demográfica argentina reciente, proyecciones de población y vulnerabilidad sociodemográfica.

ORCID <https://orcid.org/0000-0002-7320-9812>

leandrogonzalez@yahoo.com.ar

Santiago Martínez Luque. Magíster en Comunicación y Cultura Contemporánea. Especialista en Investigación de la Comunicación. Integrante del Programa de Estudios sobre Comunicación y Ciudadanía del Centro de Estudios Avanzados (CEA-FCS-UNC). Investigador, docente de grado y posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Facultad de Ciencias de la Comunicación, UNC.
santiagomartinezluque@gmail.com

Valeria Meirovich. Licenciada en Comunicación Social y magíster en Comunicación y Cultura Contemporánea por la UNC. Desde 2010 es docente e investigadora del Área de Estudios de la Comunicación del CEA (Facultad de Ciencias Sociales, UNC), donde integra y actualmente coordina el Programa de Estudios sobre Comunicación y Ciudadanía. Desde 2018 es profesora adjunta del «Seminario de Sistematización y Redacción de Tesina» y el «Seminario de Diseño de Estrategias de Intervención Profesional», de la Licenciatura en Trabajo Social; y de «Metodología de la Investigación Social II» de las licenciaturas en Sociología y en Ciencia Política (Facultad de Ciencias Sociales, UNC). Desde 2017 coordina el Instituto Varsavsky de ADIUC (Gremio de las y los Docentes e Investigadores de la UNC). Desde 2020 integra la Defensoría del Público de Servicios de Comunicación Audiovisual, desempeñando funciones en la Dirección General de Planificación Estratégica.
valemeirovich@gmail.com

Daniela Monje. Nació en la ciudad de Córdoba en 1970. Es doctora en Comunicación (UNLP), magíster en Comunicación y Cultura Contemporánea (CEA-UNC) y licenciada en Comunicación Social (UNC). Profesora regular adjunta del Seminario sobre Políticas de Comunicación y Cultura y de la cátedra Teorías de la Comunicación III del Instituto Académico Pedagógico de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Villa María (IAPCS-UNVM). Profesora regular adjunta del Área de Estudios sobre Comunicación del Centro de Estudios Avanzados de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba. En este Centro dirige actualmente la Maestría en Comunicación y Cultura Contemporánea y el Programa de Comunicación y Ciudadanía. Dirige equipos de investiga-

ción en ambas universidades. Ha publicado libros, resultados de investigaciones y numerosos artículos y capítulos de libro para publicaciones nacionales y extranjeras referidos a políticas de comunicación, derechos a la comunicación y ciudadanía. Es vicepresidenta de la Federación Argentina de Carreras de Comunicación Social (FA-DECCOS). Es directora de Relaciones Internacionales de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC). Coordina desde 2019 junto a César Bolaño e Isabel Ramos el Grupo de Trabajo sobre Economía Política de la Información la Comunicación y la Cultura en CLACSO. Coordina junto a Daniel Valencia y Anderson Santos el GT de Economía Política de ALAIIC.
danielamonje@unc.edu.ar

Susana M. Morales. Licenciada en Comunicación Social, especialista en Investigación de la Comunicación y magíster en Comunicación y Cultura. Desde 2008 desarrolla su trabajo de investigación en el Área de Estudios Sociales de la Comunicación del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba como integrante del Programa de Estudios sobre Comunicación y Ciudadanía. Docente de las carreras de Ciencia Política y Sociología, en Metodología de la Investigación Social I (cuantitativa) y II (cualitativa) de la Facultad de Ciencias Sociales. Como docente de posgrado ha dictado cursos en la Especialización en Gestión y Producción de Medios Audiovisuales y en la Maestría en Comunicación y Cultura Contemporánea. Trabaja en líneas de investigación sobre medios, derechos a la comunicación y audiencias. También desarrolla investigaciones sobre políticas de seguridad y derechos humanos. Ha participado de estudios teóricos y empíricos en el campo de la sociología de la comunicación, articulando estrategias metodológicas cuantitativas y cualitativas, utilizando diversas técnicas (encuestas poblacionales, entrevistas, grupos focales, análisis de contenido, entre otras).

susanamoralesar@gmail.com

Patricia Morey. Doctora en Filosofía. Profesora titular de la cátedra Epistemología de las Ciencias Sociales y profesora de Teoría del Conocimiento, Escuela de Filosofía y Escuela de Trabajo Social, UNC.

Ha dictado de cursos de posgrado. Directora y co-directora de numerosos proyectos de investigación financiados por Secyt, Conicet, Fundación Antorchas, Conicor. Ha publicado libros y artículos en revistas especializadas. Directora Escuela de Filosofía, Secretaria de Postgrado de la Facultad de Filosofía y Humanidades (FFyH), secretaria Académica del Centro de Investigación (FFyH). Directora de tesis de licenciatura, maestría y doctorado y de becarios. Feminista, ha tenido participación en numerosas actividades de ONG a nivel local, nacional e internacional.

Cecilia Moreyra. Doctora en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba. Investigadora adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas con lugar de trabajo en el Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad. Profesora adjunta del Área de Población del Centro de Estudios Avanzados (UNC) y profesora asistente de Historia de la Cultura y Demografía Histórica en la Facultad de Filosofía y Humanidades (UNC). Líneas de investigación: historia cultural; historia de la vida cotidiana; estudios de cultura material.

cecilia.moreyra@unc.edu.ar

María Teresa Piñero. Profesora titular por concurso Facultad de Ciencias Sociales y Derecho, UNC. Docente de grado y posgrado. Investigadora categoría I. Ministerio de Educación de la Nación. Pro secretaria de Relaciones Internacionales de la FCS-UNC. Directora de programas y proyectos de investigación subsidiados por organismos oficiales. Acredita líneas de trabajo en relaciones internacionales de América Latina y construcciones neoliberales.

Bruno S. Ribotta. Licenciado en Psicología (1998), magíster en Demografía (2005) y doctor en Demografía (2010), por la UNC. Investigador adjunto del Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Argentina (CONICET), con lugar de trabajo en el Centro de Investigaciones y Estudio sobre Cultura y Sociedad (CIECS, unidad ejecutora de CONICET y la FCS/UNC), y profesor titular del Área de Población del Centro de Estudios Avanzados de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNC. Director alterno de la Maestría en

Demografía del CEA/UNC (2015-2020) y actual director de la misma. Desde 2018 es integrante del Comité de Carrera del Doctorado en Demografía de la FCE/UNC. Su área de investigación se refiere a la evaluación de fuentes de datos y estimaciones demográficas.
brunoribo@yahoo.com.ar

Darío Sandrone (Arroyito, 1983). Es profesor y doctor en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba, donde actualmente es docente en la Escuela de Filosofía y en la Maestría en Tecnología, Políticas y Culturas del Centro de Estudios Avanzados de la Facultad de Ciencias Sociales. Es coautor del libro *Tecnologías entrañables* (Catarata, 2017) y columnista de medios gráficos (*La Voz del Interior*, *Hoy Día Córdoba*). También ha sido columnista en medios radiales (Vortex Córdoba, Radio Universidad 580) sobre tecnología y cultura. Recientemente ha publicado el libro *Selva Artificial. La vida entre las máquinas* (UNC, 2015).

Silvia Servetto. Licenciada en Ciencias de la Educación, magister en Investigación Educativa con orientación socioantropológica, doctora en Ciencias de la Educación, por la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Profesora regular de las cátedras de Sociología de la Educación (FFyH) y Sociología Sistemática (FCS) de la UNC. Directora alterna de la Maestría en Investigación Educativa con orientación socioantropológica (CEA-FCS-UNC, Argentina). Directora del proyecto de investigación «Transformaciones de los procesos de escolarización y experiencias estudiantiles (Córdoba, mediados del siglo XX a la actualidad)». Investigadora del proyecto de investigación «La reconfiguración de las desigualdades vinculadas a la educación secundaria argentina en situación de pandemia/pospandemia» (Nodo FCS-UNC) PISAC-covid19. FONCyT-MINCyT, Argentina. Entre sus publicaciones se destacan *Experiencias juveniles en escuela secundaria: avances y desafíos de un estudio socioantropológico* (2015) coautoría con Maldonado, M.; Molina, G., en Pinkasz, D. (Compilador) *La investigación sobre Educación Secundaria en la Argentina en la última década*. FLACSO. Argentina; «La escuela secundaria en contextos de desigualdad. Estudio etnográfico en una escuela de la provincia de Córdoba», publicado en *Cuadernos de Educación*. CI-

FFyH-FFyH-UNC, Argentina. Año XVII N° 18, en coautoría con Bosio, Adriana (2019); «Las escuelas confesionales católicas. Crónica de su desembarco en Córdoba a principios del siglo XX» en Revista *Estudios*, CEA-FCS-UNC, Argentina. Nro. 42 (2020)

Esteban Torres. Actualmente es investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y director del Programa «Cambio Social Mundial» en el Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), República Argentina. Asimismo, se desempeña como profesor a cargo de la cátedra «Teorías y procesos de cambio social» de la Facultad de Ciencias Sociales (FCS) de la UNC, y de la cátedra «Sociología» de la Escuela de Historia de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la misma universidad. Desde 2016 es coordinador del Grupo de trabajo «Teoría social y realidad latinoamericana», del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). En los últimos años, ha sido profesor visitante de varias universidades, entre ellas la New York University (EE.UU.), la University of Cambridge (Reino Unido), la University of Wisconsin/Madison (EE.UU.) y la Friedrich Schiller-Universität Jena (Alemania). Los últimos libros publicados por Torres son *La Gran transformación de la sociología* (2021, FCS-UNC/CLACSO); *Hacia una nueva sociología del capitalismo: un diálogo con Alemania* (2021, CLACSO-Friedrich Schiller University Jena); *Hacia la renovación de la teoría social latinoamericana* (ed., 2020, CLACSO) y *Marx 200: presente, pasado y futuro* (eds., 2020, CLACSO).